
ERRANTES en el
INFINITO
por ALF. REGALDIE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

Sarita Naranjo dejó descansar su cabeza sobre el pecho de Luis Arana, quien, inundado de suave felicidad, acarició con delicia los sedosos cabellos de la joven. Y ella levantó su mirada hasta encontrarse con la de él, resplandeciente de dicha.

Errantes en el infinito

Alf Regaldie

Errantes en el infinito

Luchadores del Espacio, 19



Alf. Regaldie

ERRANTES EN EL INFINITO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Luis Arana. —Comandante de la Policía Exterior de la Federación de Estados Hispanoamericanos.

General Lomas. —Ayudante del Viceministro de Policía Exterior.

Javier Buitrago. —Primer teniente de la Policía Exterior.

Joaquín Prast —Primer teniente de la Policía Exterior.

Benito Oramas. —Segundo teniente de la Policía Exterior.

Sarita Naranjo. —Linda prometida de Luis Arana.

Don Damián Naranjo y doña Sara Lomas. —Padres de Sarita.

Dom-Ashar. —Caudillo de los hombres sintéticos de Sambia.

Rosa van Doen. —Holandesa, libertada de Sambia.

Doctor Kamoto. —Japonés, libertado de Sambia.

CAPÍTULO I


ERRANTES en el INFINITO
por
Alf. Regaldie

CAPÍTULO I

SABOTAJE

Sarita Naranjo dejó descansar su cabeza sobre el pecho de Luis Arana, quien, inundado de suave felicidad, acarició con delicia los sedosos cabellos de la joven. Y ella levantó su mirada hasta encontrarse con la de él, resplandeciente de dicha.

—Deberé dar gracias, después de todo, a Ammón-Sha. A no ser por él, seguramente no nos hubiéramos vuelto a unir —suspiró ella con expresión de dicha, continuando:

—Ahora todo será más fácil. Tú has ascendido y papá y mamá te deben algo más que la misma vida. No creo, después de todo esto, que se opongan a nuestra boda.

El joven comandante del *Escorpión Azul* tendió la vista ante sí, dejándola perdida en el infinito del espacio sideral, considerando por unos instantes la magnitud de la nada, en la que los astros, imponentes en sus dimensiones, quedaban reducidos a pequeños accidentes perdidos en aquella inmensidad. Mecánicamente, sin llegar a proponérselo, comparó la insignificancia física del ser humano ante tanta grandeza; sus pasiones, sus miserias, quedaban reducidas, por comparación, a la nada. Pese a ello, como ser consciente de su insignificancia, no se sintió abrumado. El era una parte de aquel todo y ella otra parte. Y todo era lo mismo desde el principio hasta el fin, la naturaleza se repetía constantemente y en eso mismo estaba la razón de su supervivencia: neutrones, protones, electrones... Electrones, protones, neutrones... Asociación desde la más simple a la más complicada. Carbono, oxígeno, silicio, zirconio... Nombres, sólo nombres para distinguir las diversas asociaciones atómicas. Eso era la parte material de la vida. ¿Pero era eso todo? No. Había algo impalpable, sutil, pero que, sin embargo, era más fuerte que todo; algo que se imponía, que dominaba; algo que hacía que el hombre se convirtiera en gigante y que, en ocasiones, llegara a dominar a las fuerzas de la naturaleza, al tiempo y al espacio. También se le ponían nombres, pero ¿qué más daba? ¿Qué importancia tenía el vocablo?

Y Luis Arana sentía que esa fuerza le poseía, que era tal fuerza la que le había llevado al triunfo haciendo funcionar su razón y sus otras facultades. ¿Qué mérito le podía caber a él? Ninguno. Si no le hubiesen asistido tales fuerzas, tampoco hubiera sido responsable de la derrota; como el jorobado no tiene por qué avergonzarse de su joroba ni la bella enorgullecerse de su belleza. La forma, el fondo... Todo realidades, pero ¿qué parte ni qué responsabilidad tenía de todo

aquello el combinado atómico hombre?

Sarita, un tanto inquieta, apremió:

—¿Es que no me respondes?

Él la atrajo con fuerza hasta percibir sus latidos y sentirse rondado por la tentación. Los ojos de ella, como iluminados, parecían suplicar.

—¿Por qué piensas en eso ahora? ¿Por qué se habían de oponer? Ellos, según debe ser, sólo quieren tu felicidad... y si tu felicidad es casarte conmigo...

—Tal vez ellos vean la vida de otra forma. Son del siglo pasado, no comprenden las aspiraciones de la juventud...

—Es el eterno problema. A veces temo que pueda ser una realidad que lleguemos a vivir hasta trescientos o cuatrocientos años. Si hoy, que el término medio de una vida es el siglo, existen esas incomprensiones, ¿qué no ocurrirá luego? Si de generación a generación no llegamos a entender los problemas que se nos plantean, ¿qué puede ocurrir entonces? Nos estamos enorgulleciendo de nuestro progreso material, sonreímos un tanto conmiserativamente cuando volvemos la vista nada más que hasta el siglo XIX, total, cinco siglos, anteayer como si dijéramos, y, sin embargo, nos ocurren las mismas cosas, tenemos los mismos problemas, con la única diferencia que antes se planteaban y resolvían en un espacio reducido y hoy podemos tener por escenario esta inmensidad sin horizontes visibles.

—Todo esto me da miedo, Luis. Tengo ganas de verme instalada en mi casa de Madrid, haciendo los preparativos de nuestra boda. Aguardar a que regreses de tu oficina en el Ministerio...

—¿Oficina en el Ministerio? ¿Es que has empezado ya a pensar en protegerme?

—Tú no necesitas protección, querido —respondió ella dulcemente—. Pero imagina que, después de lo que has hecho, deberán darte un puesto cómodo, y desde el cual, con tu experiencia, puedas dirigir a los demás...

—¡Hola! Vas volviéndote hipocritilla... Estás pensando en que, con la influencia de tu tío, podrás estar cerca de tus padres siempre y tenerme contigo, ¿no es eso? Pues hazte a la idea de que no pienso admitir regalos de esa índole, de que no ocuparé destino alguno que no me corresponda... Y si es verdad que me quieres, debes hacerte a la idea también de que no debes contar con más medios de vida que los que yo aporte. No admitiré un céntimo de tus padres, ¿está claro?.. Tendrás que amoldarte a mi sueldo de comandante si, cuando lleguemos a la Tierra, tu tío no se ha vuelto atrás en lo del ascenso...

Sarita, a medida que hablaba Arana, iba sintiéndose ganada por una sorda irritación, pese a comprender que las reservas del joven estaban justificadas; a no impedírselo él se habría retirado, huyendo al

contacto que ella misma había buscado, y en su ofuscación le pareció percibir que la atmósfera entre los dos parecía cargarse de electricidad. Un gesto duro se dibujó en su rostro y Arana inició una sonrisa burlona cuando se vieron sorprendidos por el radiotelegrafista de a bordo que tendió al comandante una comunicación.

—Algo grave ocurre, señor. Termino de recibir esta comunicación de la isla interplanetaria de Sambia. Parece que la situación es difícil...

Arana leyó el mensaje que su subordinado le tendía y que estaba concebido en estos términos: «S.O.S. Graves averías en la dirección de la isla hacen a ésta ingobernable. Marchamos a la deriva sin que, por el momento, vea solución alguna. —Oramas.»

El rostro de Arana reflejó la inquietud que le dominó al conocer la noticia y Sarita, al notarlo, depuso su actitud violenta para interrogar:

—¿Qué ocurre? ¿Están en peligro, verdad? ¡Mis padres! ¡Sálvalos!

—¡Tus padres! ¿Acaso crees que los demás no corren el mismo peligro? No piensas más que en ellos... ¿Crees que si vine a Sambia fue por ellos? En estas cuestiones me importa el caso en sí, la cosa general, sin importarme quién o quiénes son los que se hallan en peligro...

Sin aguardar la respuesta de la joven, Arana tomó el telescopio y lo dirigió hacia el punto brillante que era la isla interplanetaria, cuyo gran espejo destellaba en el espacio dando la sensación de que se trataba de un minúsculo sol.

Sin hacer el más leve comentario, Arana se dirigió al oficial de derrota:

—Transmita situación y dirección exacta, así como velocidad a que marchamos, y haga lo mismo en lo que a la isla planetaria «S» se refiere...

—A la orden, señor.

La pantalla de televisión quedó por unos instantes en blanco para, a poco, aparecer en ella un planisferio con las situaciones y velocidades pedidas.

Arana comprobó que la isla planetaria se desviaba cada vez más sensiblemente de la ruta de Júpiter, e hizo un gesto de contrariedad, gesto que fue inmediatamente captado por Sara; pero la muchacha no se atrevió a interrumpir al joven. Lo iba conociendo sobradamente y no deseaba por nada del mundo verse de nuevo recluida en la cocina del navío sideral.

Austin, el electrorrobot de la cabina de mando, recibió los datos que Arana había solicitado, y en breves instantes dio la solución que se le pedía, a la vista de la cual el comandante se dirigió al micrófono de órdenes:

—¡Velocidad, cero, coma, noventa! ¡Presión progresiva hasta cero, coma, noventa y dos!

A continuación colocó personalmente la dirección sobre el cuadro automático y la nave elevó la proa treinta y ocho grados, manteniéndose así durante escasos segundos, según se pudo comprobar en la pantalla de televisión por medio del teleran, vástago del radar, que superpone las imágenes aisladas para reunirlas sobre el cuadro general de un mapa o un plano. La nave se estabilizó de nuevo y navegó entonces en el mismo plano de la isla interplanetaria, virando con precisión en dirección a ésta, corrigiendo automáticamente su rumbo en razón a la mayor velocidad que llevaba para salirle al encuentro en el punto predeterminado por Austin, el maravilloso electrorrobot.

Logrado esto se dirigió al radiotelegrafista:

—Comunique a la isla planetaria «S» que nos reuniremos a ella en el punto H-37. Que mantengan, si les es posible, la misma velocidad que llevan. Y que preparen todos los aparatos de que dispongan para evacuar hacia Júpiter la gente que no sea útil.

—A la orden, señor.

Y mientras el radiotelegrafista transmitía el mensaje. Arana, sonriente, sereno el gesto, se volvió hacia Sarita, que permanecía en la cabina.

—¿Decías algo, querida?

—No decía nada... Me limitaba a admirarte, a comprender que siempre tienes razón. Dominas todas las situaciones y no pierdes los nervios jamás. Siempre ves con claridad, justamente, lo que hay que hacer y lo ejecutas con envidiable seguridad. Eres un hombre perfecto...

La voz de Sarita, a medida que hablaba, se iba haciendo fosca y sus últimas palabras, dichas apenas sin abrir la boca, salían como mordidas. Su gesto, el ademán, el tono de voz, querían ser mordaces sin llegar a conseguirlo, dando en cambio una impresión dolorosa que fue percibida por Arana, quien, sin embargo, no quiso interrumpirla cuando ella continuó:

—Sí, perfecto, y estás tan seguro de ti que llegaré a odiarte. Y creo que te odio ya porque resultas un monstruo, un verdadero monstruo, tanto como Ammón-Sha o más aún...

Al terminar de hablar, la joven sollozaba y, habiendo avanzado hasta colocarse frente a Arana, descargó sus puñitos con terrible furia sobre el pecho de éste. Pero el joven comandante no se sintió irritado lo más mínimo, sino que, sujetándola por las muñecas, la contuvo a la vez que le dirigía una sonrisa amplia, plena de indulgencia y comprensión.

—Está bien, muñeca. Tienes los nervios excitados y te voy a dar un calmante... aunque tal vez te fuesen mejor unos azotes. Me agradaría que te desahogases llorando un rato sobre mi pecho, pero no

tengo tiempo de proporcionarte ese alivio, ni de proporcionarme yo tal placer. El imperativo del deber es así de tirano…

La tranquilidad de su prometido hizo que Sarita, se sintiera un tanto vejada y sintió tentaciones de estrangularlo, tal vez lo hubiese intentado de no verse tan en inferioridad física con respecto a él, que sin hacer demasiado caso de los esfuerzos de ella, extrajo rápidamente una tableta de un tubo y le obligó a ingerirla.

—Toma. Eso te calmará en segundos. Y ahora descansa, pues posiblemente habrás de ir a Júpiter en alguno de nuestros aviones y el viaje es más cansado que en el *Escorpión Azul*.

Al terminar de hablar atrajo hacia sí a la muchacha con dulce ademán y la besó en la frente primero, luego en los ojos, buscando seguidamente con sus labios la boca de ella, besándola con avidez a tiempo que la estrechaba frenético entre sus brazos.

—Yo te quiero inmensamente, Sarita, más de lo que tú imaginas, pero tengo la responsabilidad de salvar a todos, de asegurar unas rutas por bien de todos, y de no actuar como lo hago, comprenderás que hubiese fracasado, y nosotros, los que ya estaban y los que hubiesen venido detrás, no seríamos más que unas estatuas de vidrio destinadas a saciar el ansia de sensaciones estéticas de Ammón-Sha.

—Tienes razón, perdona. Pero comprende que es difícil someterse cuando toda la vida no he hecho más que mis caprichos. Ahora comprendo que ha sido una educación equivocada.. aunque no debo reprocharles nada a ellos…

—No debes hacerlo. Ellos lo hicieron porque te querían, eras su ídolo viviente y debes mostrarte comprensiva con sus cosas…

—¿Qué debo hacer, ¡Luis? Me agradaría ser útil, hacer algo de provecho, ser como un tripulante más del *Escorpión Azul*…

—Está bien. Me dijiste en cierta ocasión que eras un buen sanitario, ¿no es eso? Pues pasa al botiquín, revisa todo lo que hay allí y tenlo en condiciones por si: llegásemos a necesitar algo. Es posible también que los electrodetectores clínicos necesiten una limpieza exterior. Hazla, pero con mucho cuidado. Ten en cuenta que son aparatos ultrasensibles y que cualquier anormalidad puede estropearlos…

—Descuida. Tendré cuidado con todo. Hasta pronto, Luis. No sabes lo feliz que me haces. Creí que nunca llegarías a confiarme nada…

—¿Por qué has llegado a pensar eso? Sabes que estoy dispuesto, desde el primer momento, a confiarte mi vida.

—Eso es diferente. Tú estimas tu vida menos que al *Escorpión Azul*…

—No es eso. Tal vez algún día llegues a comprender el fenómeno. Yo me he entregado al servicio de la humanidad, de su progreso moral

y material. Se me ha asignado un puesto y lucho en él con absoluta entrega sin preocuparme los particularismos, obediente a las exigencias del fondo. Sería absurdo que, por preocuparme excesivamente de un árbol, se me perdiera el bosque. Es el bosque en sí lo que tiene importancia... —respondió Luis accionando con amplitud, tal que si con el ademán pudiese abarcar la totalidad del horizonte.

—Sí. Creo que te voy entendiendo. No eres un hombre vulgar y tal vez por eso te seleccionó mi instinto; pero eso no quita para que a veces me enfade contigo, porque me abrumas. Quiero que tengas un poco de paciencia conmigo...

Y sin aguardar respuesta, ganada por una dulce emoción, Sarita echó a correr, saliendo de la cabina de mando para tomar posesión de su puesto en el botiquín de la aeronave.

Una vez en el pequeño departamento que le serviría en adelante de lugar de trabajo y que, desde aquel instante comenzó a considerarlo como de su absoluto dominio, recorrió con la vista los delicados mecanismos electrónicos que le habían sido confiados. Dos de ellos eran como médicos, ya que, aplicándolos sobre el paciente, detectaban las enfermedades, haciendo un diagnóstico seguro de ellas, lo cual permitía atajar el mal rápidamente.

Sentíase Sarita inundada de dicha, y dejándose caer en uno de los asientos volvió la vista hacia su pasado. En rápida sucesión pasaron las imágenes de su infancia, transcurrida entre mimos, y en la cual, cuantos la rodeaban hallábanse pendientes de sus menores deseos. Igual sucedió en la época del colegio y en su adolescencia.. Luego, mujer en embrión, vino el primer choque al encontrarse con Luis y enamorarse de él de la forma un tanto caprichosa a que estaba acostumbrada. Fue el primer disgusto serio de su vida, ya que sus padres se lo negaron, y llegaron los viajes, la separación forzosa, el confinamiento de Luis, por la influencia de su tío, destinándolo a prestar servicio a la Isla planetaria número 3. Y ya casi lo había olvidado ella cuando él regresó; pero la noticia de su llegada no le produjo la más mínima emoción, si acaso un poco de curiosidad, que no pudo satisfacer porque él huyó de ella, de los lugares y hasta de la ciudad donde podía encontrarla.

Pero vino la desaparición de sus padres en los espacios siderales, cuando se dirigían a Júpiter, y tanto su tío, el general Lomas, ayudante del viceministro de Policía Exterior, como ella misma, se habían dirigido a Luis Arana, seguros de que era el único miembro de la Policía Exterior capaz de salir triunfante en una empresa que se presentaba rodeada de misterios, que se adivinaba de difícil solución.

Recordó sus choques con Arana, cuando él la descubrió en su navío sideral *Escorpión Azul* en que ella se había introducido. La

accidentada llegada a Sambia, el diminuto planeta de los hombres sintéticos, la perfidia de Ammón-Sha y la reacción de Luis Arana que pareció someterse. El dolor y el desprecio que sintió por él cuando había vuelto a quererle locamente…

Y después, su vuelta a la vida gracias al triunfo de Arana sobre Ammón-Sha, triunfo logrado en inferioridad de condiciones, con todas las probabilidades en contra, cuando nadie, a excepción de Oramas, tenía fe en él…

Ella se había sentido humillada…, pero lo había querido más que nunca, porque además, Rosa van Doen, aquella holandesa que había permanecido cinco lustros vitrificada adornando uno de los parques de Sambia, se acercaba demasiado a él. Sarita había notado que la linda holandesa, tan linda o aún más que ella misma y bastante más desenvuelta, se había enamorado de Arana y trataba de arrebatárselo. ¿Por qué se había ido a enamorar precisamente de él habiendo en la expedición otros jóvenes valerosos, hermosos, agradables? Allí estaba Oramas y Javier Buitrago, y Joaquín Prast y otros.

El corazón de Sarita experimentó entonces un vivo sobresalto. Se dio cuenta de que el *EscorpiónAzul* picaba de proa y la observación de tal maniobra la arrancó a sus pensamientos, volviéndola al presente. Ignoraba cuál era el peligro que acechaba porque no había leído el parte del radiotelegrafista, ni Arana le había dicho nada, pero fuese lo que fuese, intuía que les aguardaban días de prueba, días angustiosos. Pero sucediese lo que sucediese no se separaría de Luis, aunque sus padres y él mismo se lo ordenasen…

Mientras tanto, Luis Arana, en su cabina de mando, ordenaba la maniobra para que el *Escorpión Azul*, una vez alcanzada la isla «S,» se situara en posición que pudiera observarla, entrando en comunicación con Oramas, comandante accidental de la misma.

—¿Qué ha sucedido, Oramas?

—Algo terrible, señor. Los tubos de expulsión de gases han sido averiados y no funcionan. Los mecánicos los han revisado y están totalmente destrozados. Los destrozos son de tal magnitud que carecemos de medios para repararlos…

—¿Cómo se ha podido producir eso?

—No lo sé exactamente. Estoy tratando de averiguarlo. Temo que haya sido un sabotaje…

—¿Hay algún lugar donde pueda posarse nuestro *Escorpión Azul*?

—No. Únicamente podremos sujetarlo por medio de cables…

—Está bien. Ahora tenderemos unos cuantos. Yo mismo descenderé llevando conmigo algunos de los tripulantes del *Escorpión Azul*. Es necesario que en las máquinas haya gente de nuestra absoluta confianza, que nadie que no esté autorizado por nosotros pueda pasar a ellas ni a lugares donde un sabotaje pueda producir un grave daño.

—Ya he tomado algunas medidas de ese tipo, poniendo guardias en los accesos a tales lugares.

—Perfectamente. Dispónganse a enganchar los cables...

Personalmente, desde su cabina, por medio de los mandos electrónicos, realizó Luis Arana la maniobra precisa, situándose casi rozando el «techo» transparente de la isla interplanetaria y, una vez en posición, ordenó soltar los cables, manteniéndolos en posición favorable, pese a la velocidad que llevaban los dos colosos del espacio, gracias a las ondas electromagnéticas emitidas por el *Escorpión Azul*.

Varios hombres, vestidos con escafandras especiales de zirconio G, flexibles y provistos de motores a reacción personales, emergieron por una escotilla de la isla y asieron los cables. Por unos instantes dio la sensación de que el impulso iba a vencer la fuerza de los hombres y que éstos iban a ser lanzados violentamente al espacio infinito, pero los motores personales comenzaron a funcionar siguiendo la marcha de ambos colosos y el equilibrio fue restablecido.

Con el ánimo en suspenso presenciaba Arana desde su cabina la difícil maniobra y se dio cuenta de un nuevo peligro. Aquellos hombres, pese a vestir escafandras de zirconio, se hallaban expuestos a la lluvia de meteoritos, de partículas cósmicas y de otras materias que cruzaban el espacio a velocidades fantásticas, partículas capaces de atravesar las escafandras de bastante menos espesor que el material de que estaba construido el *Escorpión Azul*, o de pulverizarlos en un duro choque si no lograban atravesarlas. Rápidamente se dirigió al micrófono de órdenes.

—¡Protejan a esos hombres con una cortina de rayos «G-Z»!

La primera emisión de rayos fue percibida por Arana al sentir cabecear ligeramente al *Escorpión Azul*, y tranquilizado ya pudo ver cómo los hombres tras recoger los cables, los fijaban electromagnéticamente a la estructura de la isla flotante, volviendo, una vez efectuada la maniobra, a penetrar en ella por la misma escotilla, que los depositó en un compartimiento estanco hasta que la misma escotilla quedó herméticamente cerrada.

Realizada la difícil maniobra, hizo llegar Arana a la cabina de mando a su segundo, el atlético vasco Javier Buitrago, en quien duraba aún la confusión que la falta de confianza hacia su jefe le había producido.

—A la orden, señor.

Arana hizo como que no se daba cuenta de la actitud de su subordinado y amigo y le respondió con sencillez, en el mismo tono de camaradería que siempre empleara con él.

—Voy a descender a la isla. Te harás cargo del mando del *Escorpión Azul*, manteniendo el rumbo y velocidad que llevamos ahora a menos que recibas contraorden.

Buitrago vaciló unos instantes antes de responder:

—Sí... señor.

—Debes saber que en la isla ha ocurrido algo grave. Seguramente a consecuencia de un sabotaje, ha quedado ingobernable, y según comunica Oramas no tenemos medios para repararla. Esto quiere decir que debemos evacuarla cuanto antes, enviando a la gente a Júpiter en las zapatillas volantes de que disponemos, y si después de todo ello no logramos dominar la isla o reparar las averías, tendremos que destruirla y lo siento. Ya me ha dolido bastante tener que destruir Sambia

—Lo comprendo.

—El hecho de que se hayan podido producir unos sabotajes quiere decir que tenemos enemigos sueltos, emboscados entre los amigos Si tenemos en cuenta que, a excepción de los hombres sintéticos con su jefe Dom-Ashar, todos los demás son gentes libertadas por nosotros de su condición de vitrificados, debemos pensar que los que sean no merecen que se les haya salvado.

—¿No pueden haber sido Dom-Ashar o sus hombres?

—No puedo pensar que Oramas sea tan ingenuo que los haya dejado en condiciones de poder hacerlo. Piensa, además, que los hombres sintéticos no razonan, a excepción de su jefe Dom-Ashar, y aun éste de forma bien limitada. En fin, cuando esté allí procuraré llegar cuanto antes al fondo de la cuestión, si bien la evacuación la iniciaré enseguida, ya que por instantes nos vamos separando de la trayectoria de Júpiter y cada minuto que pasa será más difícil de resolver la papeleta. Hay demasiada gente allí.

—¿Qué piensas hacer con los hombres sintéticos?

—Me agradaría poder salvar unos cuantos para que los estudiasen nuestros científicos en la Tierra. Ha sido la más sorprendente experiencia que he conocido en mi vida. A mi juicio, más sorprendente aún que la vitrificación... Aún no he podido interrogarte. ¿Qué sensación percibiste al ser vitrificado?

—Casi no hay tiempo de percibir sensación alguna. Cuando inyectan el primer líquido se percibe instantáneamente un frío agudo que lo paraliza a uno totalmente, aunque se perciben aún las propias ideas; pero inmediatamente el frío invade el cerebro y entonces no se nota ya nada, suspendiéndose totalmente toda clase de reflejos nerviosos. Queda uno sumido en una muerte absoluta... Es una interesante experiencia de la que prefiero no acordarme...

—Perdóname No he querido despertar en ti recuerdos dolorosos... Sólo me resta decirte que debes mantenerte vigilante. No sé lo que puede surgir y no me extrañaría que los que han sido capaces del sabotaje producido en la isla, intentasen destrozar nuestro *Escorpión Azul* o desposeernos de él. Ocurra lo que ocurra estaré en continuo

contacto contigo…

—De acuerdo. Que tengáis suerte…

El hielo había quedado roto entre los des amigos, y antes de salir Arana de la cabina de mando se abrazaron estrechamente, y Javier Buitrago se sintió entonces más dueño de sí.

—Puedes irte tranquilo, Luis. Sabré responder debidamente en todo momento Me has dado la mejor lección que podía haber recibido.

—No tiene importancia, muchacho. Cada cual tiene sus cosas, y si tú pecaste fue por exceso de entereza. Sinceramente te digo que me hubieses defraudado si tu reacción, no comprendiendo como no comprendías mi idea, hubiese sido otra…

CAPÍTULO II

EL INVISIBLE ASESINO

Luis Arana, con Sarita Naranjo y diez hombres seleccionados de la tripulación del *Escorpión Azul*, pilotando tres aviones de la dotación del poderoso navío sideral, descendieron hasta la isla planetaria, en cuya pista de aterrizaje le aguardaba el segundo teniente Benito Oramas, en cuyo rostro observó Arana muestras de viva inquietud.

—¿Ha logrado saber de dónde ha partido el golpe? —interrogó al saltar sobre la pista de aterrizaje.

—¡No, señor, pero según el informe de los técnicos que han hecho una nueva revisión, el sabotaje es indudable. Y esto me tiene francamente preocupado. Además, han intentado producir otros, pero les fallaron los explosivos desintegradores que habían colocado.

—¿Hay aquí un buen laboratorio?

—Sí, señor. Hemos analizado los restos de los artefactos explosivos y son producidos en Sambia, no hay duda. La envoltura es de un material similar a nuestro cobalto, pero no exacto. Aguardo el último informe. Se han examinado detenidamente las inmediaciones de donde se han producido las explosiones y no se ha podido lograr el menor indicio que pueda descubrirnos al ser que ha realizado el atentado. Tampoco ha dejado el menor rastro en el depósito de explosivos, ni los interrogatorios llevados a cabo entre las personas que podían haberle visto por los lugares que ocupan, ha dado resultado alguno.

—¿Qué hay de los prisioneros?

—¿Dom-Ashar y sus hombres? No han tenido ocasión de realizar nada, pues no han podido abandonar el lugar en que están confinados bajo severa vigilancia, sobre todo, Dom-Ashar...

—Está bien, teniente. Los diez hombres que he traído conmigo son para que los que se hallan en el departamento de máquinas puedan descansar sin que la vigilancia sufra lo más mínimo. ¿Han empleado hombres sintéticos en el trabajo?

—No. Tan pronto como los nuestros se percataron de cuál era su labor, los relevé. Pese a su carencia de inteligencia y su falta de facultades para obrar por cuenta propia, no he querido arriesgarme. Tal vez se hallen acostumbrados a obedecer a Dom-Ashar y esto podía resultarnos fatal.

—No ha sido mala medida. Y de las personas reincorporadas a la vida en Sambia, así como de los técnicos que trabajan allí, ¿qué me dice?

—Tengo empleados algunos.

—Pues de momento, por doloroso que resulte, habremos de relevarlos. No podemos fiarnos de nadie.

—Sería un duro golpe para los que actúan honradamente. Yo he preferido dejarlos en su sitio discretamente vigilados.

—Pero eso obliga a nuestros hombres a un doble esfuerzo.

—Al contrario, porque se ven libres del trabajo mecánico para dedicarse casi exclusivamente a la vigilancia.

—Tiene razón, teniente. Disponga a su conveniencia de los hombres que le he traído y reúna en algún lugar adecuado a la gente que evacuamos de Sambia. Además, necesito saber la cantidad de aparatos y plazas de los mismos de que disponemos para la evacuación a Júpiter de la gente.

—¿Piensa evacuarlos a todos?

—Al máximo, dando preferencia a las personas de edad y a las mujeres. Temo que puedan producirse cosas desagradables y no quisiera tener demasiado lastre...

—Entendido, señor. A la orden.

Al alejarse el teniente Oramas con los diez hombres que Arana le había traído, Sarita se dirigió a este último:

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Luis?

—Algo bien desagradable.

Y refirió a la joven lo del sabotaje.

—¿Y no tiene solución?

—Por lo que me han dicho, temo que no...

—¿Y no sería posible colocarle un gran timón, como los de los aviones?

—Es posible, pero dudo de su efectividad. Tal idea, hace cinco siglos, hubiera hecho reír a los hombres de ciencia que pretendían que el espacio por donde avanzamos estaba totalmente «vacío». Ahora bien, aunque el espacio no está vacío, la materia que lo llena es tan poco densa que no ofrece casi resistencia alguna. El aire, tal como nosotros lo percibimos en la tierra, es tan denso, comparado con la materia que puebla estos espacios, que un centímetro cúbico de él pesa tanto como aquí un cubo que tuviese cien metros por cara. Ello nos permite avanzar casi sin desgaste de energía a estas velocidades meteóricas; pero, sin embargo, en un caso como este, nos imposibilita para emplear su resistencia para la maniobra. Por eso, en estos lugares maniobramos dando al escape de los gases, que salen con una extraordinaria potencia, la dirección necesaria para la maniobra. Y precisamente es tal mecanismo de dirección el que nos han inutilizado en la isla planetaria.

—¿Y qué va a ocurrir ahora?

—No lo sé aún exactamente. Cuando te vayas puedes llevarte la

satisfacción de que me has victo dudar por unos momentos.

—¿Irme yo? Ni lo pienses. Yo soy un soldado más y no pienso abandonar mi puesto.

—No abandonas ningún puesto y llevas una grave responsabilidad. Cuidar de las personas que evacuamos. Algunas de ellas tienen bastante edad, y pueden necesitar tus cuidados... Formaremos una especie de caravana aérea bajo la dirección de uno de los oficiales del *Escorpión Azul* y tú irás con ellos.

—Eso es un subterfugio tuyo para alejarme de aquí; pero no lo lograrás. Puedes enviar con esa misión a Rosa van Doen...

—Rosa van Doen será una de las primeras personas que saldrá evacuada...

—¿Es así como pagas la ayuda que te prestó en Sambia y el interés que muestra por ti...?

Arana pensó en tal momento que le hubiera agradado darle un buen par de azotes a Sarita, pero tuvo suficiente energía para no exteriorizar su estado de ánimo.

—Te agradeceré que no me crees problemas, querida. Tengo que resolver cosas de bastante envergadura y necesito tiempo y tranquilidad. Tú debes ayudarme, no ser un obstáculo...

—Precisamente es lo que quiero hacer y no me dejas.

—No puedes ayudarme aquí, y tu presencia, en cambio, sería un motivo de preocupación más, entiéndelo. Reúnete con tus padres y estate dispuesta para cuando yo lo ordene, que no voy a tardar mucho...

—Está bien, me iré. Pero no volverás a saber de mí, y si llegásemos a encontrarnos algún día, no te miraré a la cara...

—Bien. No dejará de ser una suerte para mí... —respondió Arana con acento socarrón, sonriendo al ver que Sarita, tras resoplar de ira, le volvía la espalda bruscamente y se alejaba con viveza.

Arana se rascó la cabeza haciendo ademán y gesto de cómica resignación:

—¡Bien! Parece que no he logrado domarla aún y que en este momento me odia tan «cordialmente» que me estrangularía...

Rápidamente, el comandante del *Escorpión Azul* se dirigió a la cabina de comunicación en el puesto de mando de la isla, estableciendo comunicación con el *Escorpión Azul*.

—Sin novedad, capitán.

—De acuerdo, Buitrago. Ten los aviones dispuestos para lanzarse a la menor orden mía e incluso sin mi orden en caso de que ocurriese alguna anormalidad evidente.

—De acuerdo.

El teniente Oramas llegó en aquel momento a reunirse con Arana.

—A la orden, señor. He ordenado todo de la forma más

conveniente para que todo esté controlado y nadie ajeno a nosotros pueda llegar a lugares vulnerables.

—Está bien. ¿Qué hay de la evacuación?

—Podemos disponer de cincuenta aeronaves de diversos tipos con una totalidad de doscientas ochenta plazas. Se está confeccionando una especie de censo de la gente que hay en la isla, dando preferencia como es natural a las personas de más edad, a las mujeres... y a aquellos que por una u otra circunstancia puedan parecernos sospechosos.

—Perfectamente. ¿Alguna novedad más?

—Uno de los técnicos que se hallaban en la isla como auxiliares de Dom-Ashar ha solicitado por medio de uno de nuestros hombres una entrevista con nosotros. He ordenado que lo traigan inmediatamente, pues dijo que debía revelarnos cosas del mayor interés.

—Es posible que él pueda decirnos algo. ¿Relacionó algo en el recado que dio?

—Nada. Escuetamente que debía hablar...

Viéronse interrumpidos entonces los dos oficiales por un sargento de su propia tripulación que penetró en la oficina como una tromba, expresando su rostro el desconcierto y el temor de que se hallaba poseído.

—¡Señor...! ¡Perdón! ¡Ese hombre estaba carbonizado cuando hemos ido a buscarlo!

Los dos hombres saltaron de sus asientos al unísono, como movidos por un mismo resorte. Ambos reflejaban idénticas sensaciones de incredulidad y asombro en sus rostros curtidos.

—¡Cómo es posible!

—¡Síganme, por favor! Ustedes mismo lo verán. He puesto una guardia allí para que nadie pueda tocar nada ni cambiar nada...

Los tres hombres salieron corriendo, pasando de la cabina donde se hallaban a la extensa cubierta de la isla, dirigiéndose por ella hacia una escotilla por la que descendieron a las entrañas de la isla. Siempre conducidos por el sargento llegaron hasta una pequeña cabina, a la puerta de la cual había un hombre de guardia.

Saludó el centinela al ver llegar a sus tres superiores y se hizo a un lado para dejarlos entrar, ofreciéndose a los ojos de los mismos un espectáculo desagradable. En el suelo, completamente acurrucado, inmóvil yacía el cuerpo de un hombre cuyas vestiduras, del estilo de las empleadas en Sambia, así como el mismo cuerpo, se hallaban totalmente carbonizados. En la estancia se percibía aún un olor característico de carne quemada.

Los dos oficiales se inclinaron sobre el cadáver, pero sin tocarlo, examinándolo cuidadosamente, y Oramas señaló hacia el rostro, en el

que había quedado impresa una expresión de profundo pánico.

—Fíjese en esto.

—Pánico. Un pánico invencible cuando le ha sobrevenido la muerte.

—Sí. Sin embargo, seguramente no ha podido hacer nada por evitarla...

—Tal vez el ataque ha sido demasiado rápido. ¡Sargento!

—A la orden, señor...

—Entérese de si alguien le ha oído gritar. Por aquí cerca debo haber gente. Entérese también de si este hombre tenía amigos y quiénes eran y lo mismo en lo que a enemigos se refiera.

—Sí, señor.

Mientras el sargento se dirigía a cumplir las órdenes recibidas, Arana señaló hacia el pecho del muerto.

—Fíjese, teniente. Es ahí donde ha recibido la descarga, completamente de cara. Y a no dudar, ha sido una descarga eléctrica.

—Pero las pistolas eléctricas que tenían en Sambia no producían estos efectos.

—Ya lo sé, porque recordará que experimenté una descarga de ellas. Puede ser otro modelo cuya descarga sea mucho más potente. Al menos, no se me ocurre que pueda ser otra cosa...

—Así ha de ser forzosamente, comandante —respondió Oramas —. Sin embargo, ignoro que existan aquí tales armas. Y puedo asegurarle que cuando asaltamos la isla, no se defendieron con ellas, ni luego, en los registros, que se hicieron, apareció ninguna.

—Pues es para preocuparse, teniente. ¡Vamos!

Salieron los dos hombres, y tras ordenar Arana al centinela que no se moviera del sitio, tornaron rápidamente al puesto de mando de la isla.

Una vez en él, Arana paseó por unos instantes, dando muestras de viva preocupación.

—No sé qué hacer, Oramas. Y es la primera vez que ocurre esto en mi vida. Tenemos un enemigo, pero un enemigo solapado entre nosotros.

—¿Y qué piensa hacer?

—Estoy pensando en esos hombres sintéticos. ¿Hasta dónde podemos considerarlos como peligrosos?

—Pero ellos están bien guardados, y por peligrosos que sean... Además, durante el asalto a la isla y en las horas que siguieron, me convencí de que eran por un estilo de los que conocimos en Sambia. Tal vez el único que difería un tanto fuese el propio Dom-Ashar. Éste parecía bastante más inteligente que los otros cinco generales que tenían en Sambia los hombres sintéticos.

—¿Hasta qué punto?

—No he logrado saberlo porque me dio la impresión siempre de que se reservaba. Por eso lo inutilicé inmediatamente.

—Ya le veré más adelante. Ahora se debe preparar la evacuación.

—¿Y no teme que entre los que evacuemos escape el que haya matado a ese hombre?

—En absoluto. El que haya matado a ese hombre tratará de quedarse por todos los medios a su alcance. No creo que la muerte haya sido por motivos de índole particular, sino por el hecho de que deseaba hablar con nosotros.

Pidió permiso en aquel momento el sargento que había recibido el encargo de Arana, penetrando, al recibir la autorización para ello, acompañado de otra persona, uno de los técnicos esclavos de Ammón-Sha y que se hallaba directamente bajo las órdenes de Dom-Ashar. El sargento fue el primero en hablar.

—A la orden, señor. Nadie ha oído grito alguno, pese a que algunos reconocen que se hallaban cerca del lugar donde se produjo la muerte de ese hombre. En cuanto a amistades o enemistades, no se le conocen. El régimen de vida establecido en la isla por Dom-Ashar impedía que los extranjeros pudieran comunicarse entre sí. Parece que el ambiente no era el más favorable para que surgiesen amistades, pero tampoco enemistades. Los extranjeros mantenían una especie de secreta alianza, pero más a base de señas y miradas que de palabras. Esto, al menos, es lo que dice este señor que me acompaña.

Arana se dirigió entonces al acompañante del sargento, un hombretón de tipo nórdico y aspecto juvenil.

—¿De dónde es usted?

—Sueco, señor.

—¿Llevaba mucho tiempo en la isla?

—Haciendo el cómputo del tiempo con arreglo a nuestros calendarios en la Tierra, calculo que unos cinco años. Pero he estado vitrificado aproximadamente unos cincuenta años... Sufrí un castigo a poco de estar en Sambia por rebelarme.

—Así, pues, tiene usted ahora...

—Noventa años. Nadie lo diría, ¿verdad?

—Así es. ¿Conocía usted al muerto?

—Sí. Aunque raramente tuve ocasión de comunicar con él. Era médico y compatriota mío. La última vez que hablé con él fue en ocasión de un pequeño accidente que sufrí. Pese a la vigilancia pudo decirme, más por señas que de palabra, que no tardaría en ocurrir algo grave y que tal vez entonces fuera ocasión de escapar...

—¿Le dijo de qué se trataba?

—No exactamente. Parece que Dom-Ashar...

Un fuerte resplandor se produjo a espaldas del sueco, resplandor que cegó por unos instantes a Arana y Gramas que se hallaban de

frente. En el sueco se reflejó un gesto de profundo terror, algo similar al otro compañero muerto, e inmediatamente se derrumbó de bruces, cayendo carbonizado al suelo, quedando flotando en la estancia el mismo característico olor que ya antes habían percibido.

Por unos instantes Arana, Oramas y el sargento quedaron indecisos, para luego saltar hacia la puerta del departamento. Al llegar al vano de ella vieron que el centinela que se hallaba de puesto les salía al encuentro:

—¿Ocurre algo, señor? Me ha deslumbrado un fuerte fogonazo.

—¿No ha visto a nadie?

—A nadie, señor. Y casualmente me hallaba mirando hacia la puerta...

Los tres hombres se miraron sorprendidos y a un gesto de Arana se dividieron, marchando cada cual por su lado, tras ordenar al centinela:

—Usted, no se mueva de aquí.

Con sus armas dispuestas rodearon la cabina que servía de puesto de mando, pero no encontraron a nadie, ni pudieron apreciar la menor huella. Arana se enfrentó de nuevo con Oramas y el sargento al terminar la ronda y pudo apreciar que sus subordinados se hallaban tan preocupados como él mismo.

—Estamos colocados ante algo de suma gravedad. Volvamos a la cabina.

Una vez en ella, Arana se dirigió al aparato de transmisión, estableciendo contacto con Buitrago,

—Atención, Buitrago. Temo que estemos ante un fenómeno de invisibilidad. Que vigilen bien los detectores, sobre todo los electromagnéticos y a la menor señal de alarma, tiende una barrera de rayos «G-Z» que protejan al *Escorpión Azul* y comunica.

—Entendido. Se hará como dices. ¿Necesitas ahí algún refuerzo?

—Nada de momento. Corto.

Seguidamente se volvió hacia Oramas.

—¿Desde dónde se maniobran las entradas y salidas de la isla?

—Desde la sala de máquinas y desde aquí.

—¿Aisladamente un señor o un grupo de señores no pueden maniobrarlas?

—En absoluto. Para entrar o salir de aquí sin pasar por el control de las salidas que están en nuestras manos, deberían atacar con aparatos desintegradores el doble techo o el casco de la isla. Es lo que hice yo cuando ataqué por sorpresa...

—Está bien. Que no quede solo ninguno de nuestros hombres, sino que hagan las guardias por parejas o situándose de forma que cada hombre sea visto por otros dos o, al menos por uno. Al menor accidente que se produzca, que den la señal de alarma. Cada cinco

minutos debe comprobarse que las comunicaciones internas en la isla no han sufrido avería y con el mismo lapso de tiempo se llamará repetidamente al *Escorpión Azul* pidiendo novedades. Se encargará de ello el radiotelegrafista.

—Sí, señor...

—Usted, sargento, se encargará de que retiren inmediatamente de aquí el cuerpo de este hombre.

—A la orden —respondió el sargento saludando a tiempo que salía.

Oramas había comunicado al radiotelegrafista las órdenes de Arana y se había reunido de nuevo con éste:

—Diga, Oramas. ¿Sabe si tenemos en la isla aparatos de rayos infrarrojos?

—Sí, señor.

—Pues sitúenlos estratégicamente en los lugares de acceso a la sala de máquinas y al lugar donde se hallan prisioneros los hombres sintéticos, en particular Dom-Ashar. Y ordene también que dispongan todos los aparatos y las personas que deben ser evacuadas. Antes de una hora tienen que haber abandonado la isla. Deseo tener esto completamente despejado y así el enemigo resultará más visible, sea quien sea y escóndase como se esconda.

—Comprendo, señor. Quedará todo dispuesto inmediatamente.

Una vez se hubo alejado Oramas, Arana se dirigió al punto de observación de la cabina de mando dispuesto a que no se le escapara ninguno de los movimientos que se produjesen en la inmensa plataforma que formaba la isla.

Llevaba escasos minutos de observación cuando vio que los aparatos iban quedando dispuestos en la zona de despegue y que los mecánicos se iban haciendo cargo de ellos para la puesta en marcha de los mismos...

* * *

Sarita Naranjo, al separarse de Luis Arana, se había dirigido hacia el lugar donde sabía se hallaban sus padres con muchos otros de los liberados en Sambia. En su rostro se observaba el enfado, la viva contrariedad que en ella había producido la decisión de Arana y ella misma sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas y que estaba deseosa de desahogarse con sus padres, aunque estaba segura de que ellos aprobarían también la decisión de Luis.

Pero una figura se interpuso en su camino y una voz dulce, melodiosa, se dirigió a ella con acento de profunda conmiseración.

—¿Puedo saber qué le sucede, señorita Naranjo? ¿Podría servirla en algo?

Era Rosa van Doen, la que ella consideraba su rival y que se había detenido frente a ella, cerrándole el paso y contemplándola con cariñosa expresión.

—¿Usted? ¡Precisamente usted! Creo que es a la última persona a quien me confiaría —respondió Sarita con sinceridad un tanto brusca, deseosa de herir a la linda holandesa.

—¿Y por qué? —respondió Rosa van Doen con dulzura—. Yo soy su amiga aunque usted no lo quiera ser mía. Si tiene alguna contrariedad, confíemela. Tal vez yo pueda ayudarla. Es Luis Arana quien la ha enfadado, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Basta con verla. Yo sé que usted le quiere. Pero no tema: Él la quiere a usted también. Me consta...

—Le consta... y le duele.

—No se equivoca, señorita Naranjo. No me duele que la quiera, aunque hubiera preferido que me quisiera a mí, Como verá, soy sincera como usted, pero sin dureza. Vamos, confíese. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Qué le sucede?

—No creo que pueda hacer nada.

—¿Se ha enterado de que nos sacan de la isla a todas y nos llevan a Júpiter? —interrogó Rosa van Doen.

—¿Cómo lo sabe? ¿Y a usted también? —interrogó Sarita con ansiedad.

—Le contestaré a las preguntas una por una. Sé que ha ocurrido algo y que se nos llevan, y conmigo, no tiene por qué hacer una excepción. Pero yo conozco esto lo suficiente para esconderme si quiero evitar irme —añadió la holandesa en tono misterioso.

—¿Usted puede lograr eso? —interrogó Sarita vivamente interesada.

—Naturalmente que sí, pero no tengo motivo alguno que me retenga aquí y no lo haré...

—¿Y no lo haría por mí? —interrogó Sarita suplicante.

—¿Qué quiere? ¿Que incurra en el enojo de Luis Arana? —interrogó a su vez Rosa van Doen.

—Y a usted, ¿qué más le da? El no sabrá que ha sido usted quien me ha proporcionado el escondite Además, cuando él llegue a enterarse usted estará ya lejos, tal vez en Júpiter y camino de la misma Tierra.

Rosa van Doen pareció meditar, tal que si considerase a lo que se exponía, y Sarita la apremió:

—¿No decía usted que era mi amiga y que podía ayudarme? Usted se ofreció espontáneamente y ahora... No está bien que, después de dejarme entrever la solución, me abandone.

—Tiene usted razón —respondió la holandesa lentamente,

mirando ante sí—. Sígame, pero a cierta distancia. Tenga en cuenta que si nos ven juntas podrían sospechar y llegar a descubrirnos. Y me ha de prometer que, suceda lo que suceda, no le dirá a Luis ni a nadie que he sido yo quien le ha ayudado.

—Se lo prometo. Yo no traiciono a los amigos.

—Así me gusta. Yo soy también incapaz de cometer una felonía con un amigo —respondió Rosa van Doen—. Vamos y ya sabe que le he dicho. Sin perderme de vista, pero guarde una distancia prudencial, porque además, si me perdiera de vista, volvería por usted. Ahora ya estoy decidida a ayudarla y no me vuelvo atrás.

—Gracias. No olvidaré lo que hace por mí. No sé si volveremos a vernos, pero si algún día necesita de mí, no vacile en acudir. Piense que siempre lo tendré en cuenta... Pero no hablemos más...

CAPÍTULO III

PERFIDIA

El grupo expedicionario que iba a ser evacuado había salido de las entrañas de la isla dirigiéndose hacia las pistas de despegue, según las indicaciones que iban recibiendo de los oficiales encargados de su embarque, cuando se produjo la primera señal de alarma.

Arana, que desde su punto de observación asistía al embarque, viendo con satisfacción que, al menos en sus preliminares, se llevaba a efecto dentro del mayor orden, dio un salto, retrocediendo hasta el mismo puesto de mando.

En el cuadro de control pudo ver que la alarma se había producido en el pasillo que conducía al lugar donde se hallaban los prisioneros y conectó los altavoces, dando órdenes a la sala de máquinas.

—¡Atención! ¡Del puesto de mando a la sala de máquinas! ¡Cierren rápidamente las compuertas número 6 y 7 y aíslen tales departamentos! ¡Refuercen la guardia a la salida de la última compuerta!

Con mano febril desconectó, estableciendo la comunicación con los departamentos 6 y 7.

—¡Atención, departamentos 6 y 7! ¿Qué ha ocurrido?

La respuesta no tardó en llegar.

—Han sido desintegrados los dos aparatos de rayos infrarrojos, señor. No hemos podido localizar a la persona que ha realizado tal acto. En los departamentos donde se hallan los prisioneros se ha producido bastante agitación.

Arana tornó a interrogar:

—¿Ha quedado allí alguno de los nuestros?

—Sí, señor. Han quedado dos hombres.

—Que se retiren rápidamente si aún es tiempo. Protéjanlos ustedes y resistan ahí hasta nueva orden. Doy orden de que abran la compuerta número seis...

Dada la nueva orden por Arana, llegó inmediatamente la respuesta.

—Compuerta número 6 abierta...

Con la respuesta llegó apremiante otra comunicación del departamento número 6.

—Ya se han reunido con nosotros... Cierren inmediatamente la compuerta... Los hombres sintéticos se lanzan en avalancha hacia aquí...

Arana se apresuró a ordenar:

—¡Cierren rápidamente compuerta número 6! ¡Abran compuerta número 7 después y desalojen el departamento número 6! Una vez abandonado y cerrada la compuerta número 7, que inunden el compartimento…

—Sí, señor… A la orden.

Arana respiró satisfecho. Por el momento, se hallaba conjurado el peligro. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Cómo habrían conseguido los hombres sintéticos salir de sus encierros? Seguramente que la invisible mano que había cometido las dos muertes andaría en ello.

A oídos de Arana llegaba el burbujear del agua al llenar el departamento número 6. El micrófono transmitía el ruido que era recogido por el altavoz. Los hombres sintéticos quedaban así aislados, y aunque lograsen perforar las compuertas, caso de poseer armas atómicas, la avalancha de agua los haría retroceder.

Conectó entonces Arana con la pista de despegue, poniéndose en contacto con Oramas para hacer le ver la necesidad de que se apresurase el reembarque, cuando se produjo una explosión horrorosa. Había sido en la plataforma, precisamente en las pistas de aterrizaje y despegue, y Arana corrió a su puesto de observación recientemente abandonado y aún llegó a tiempo de ver cómo la gente corría atropelladamente sin que sus hombres pudiesen contenerla y cómo otro de los aparatos que se hallaban dispuestos para emprender el vuelo explotaba también, expandiendo por el aire sus restos con inusitada violencia. El mecánico, que se hallaba aún en las proximidades del aparato, desapareció con la explosión, y los que estaban con otros aparatos se apresuraron a correr, separándose de la peligrosa zona.

Las explosiones fueron sucediéndose con simultaneidad y Arana sintió el peso de su propia impotencia para evitar el desastre. Se quedaba sin uno solo de los aparatos que debían llevar el pesado lastre de la gente no apta para la lucha. Comprendió que debía buscar otra solución y en el ínterin se dirigió al micrófono de órdenes:

—¡Atención a las pistas de despegue!

Su voz, aumentada de volumen por los altavoces, dominé por unos instantes el tumulto, imponiéndose a la gritería de la gente que pugnaba por meterse por las escotillas para penetrar de nuevo hacia las entrañas de la isla.

—¡Atención a las pistas de despegue! ¡Cierren las escotillas!

Las explosiones habían cesado y la voz de Arana por tal motivo, logró imponerse totalmente. Vio Arana los rostros, descompuestos por el espanto, vueltos hacia el lugar donde él se hallaba y continuó:

—Atención, teniente Oramas. ¡Que se concentren los viajeros en las casamatas de popa y que no salga nadie de ellas hasta que yo dé la

orden! Recojan a los heridos y trasládenlos hacia el mismo lugar. Que nadie pierda la serenidad...

La oficialidad había logrado que los ánimos se serenasen; las órdenes de Arana fueron cumplidas dentro del mayor orden, y el comandante del *Escorpión Azul* se dirigió entonces a la sala de máquinas:

—¡Atención a la sala de máquinas! Cierren compuerta número 5 y dispónganse a inundar dicho departamento tan pronto lo ordene.

—A la orden, señor. El compartimiento número 6 está lleno...

Conectó entonces Arana con el departamento número 5 y los ruidos que de él le llegaron le permitieron comprender que tal departamento se hallaba ocupado por los rebeldes que, aunque en silencio, no cesaban de moverse, posiblemente, tratando de evitar que la compuerta número 5 se cerrase o tratando de dejar el compartimento libre comprendiendo lo que podía suceder. A oídos de Arana llegaron algunas voces guturales. Los hombres sintéticos hablaban entre sí, lanzaban exclamaciones de contenido furor, rompiendo el silencio que habían guardado. A través del altavoz llegaron entonces ruidos del golpear sobre los tabiques, sonando los golpes cada vez más apremiantes.

No obstante, sabía Arana que no podía confiarse y estudió concienzudamente el plano de la isla. Sabía que si los hombres sintéticos disponían de armas atómicas no podría reducirlos a permanecer en los lugares en que se hallaban, pero quería estar en condiciones de diezmarlos lo más posible antes de que pudieran llegar a chocar contra sus hombres.

Oramas se reunió con Arana una vez que los expedicionarios quedaron tranquilos, y tras un minucioso examen en conjunto del plano, el segundo señaló uno de los compartimientos lindantes con la sala de máquinas.

—Sí inundáramos este compartimiento, la sala de máquinas quedaría a salvo de un asalto directo, pero, sin embargo, cualquier accidente podría resultar fatal porque la inundaría y podríamos pagar cara la medida.

—Eso puede orillarse dividiendo el compartimento con una cortina central. Está previsto un caso de éstos. Yo lo ignoraba, pero uno de los técnicos me lo hizo ver hace unos instantes

—En tal caso sólo les quedaría una salida hacia el almacén de víveres.

—Esa no les resultaría practicable, pues hay apiladas contra el mamparo que podrían atacar una gran cantidad de cajas. Naturalmente, también les quedaría para escapar el techo.

—Ya lo he calculado, pero eso es fácilmente controlable. Dos hombres podrían frenar sin dificultad el ataque que se produjera por

ese lado.

Ordenó Arana entonces tender la cortina metálica en el centro del compartimiento, que debía aislar a los hombres sintéticos de la sala de máquinas e inmediatamente la cámara más próxima a los rebeldes fue inundada.

Al recibir la comunicación de la sala de máquinas de que su orden había sido cumplida, comenzó a sentirse tranquilo.

—Bien; ya los tenemos cercados. Ahora situaremos unos grupos de los nuestros, bien armados de fusiles desintegradores y pequeñas granadas atómicas, y si producen alguna perforación en el techo o en los suelos, que también debemos pensar en ello, les atacaremos, lanzándoles unas cuantas granadas de mano en el lugar donde están y acabaremos con ellos. Y Dom-Ashar, si desea conservar la vida, que se rinda ya de una vez...

Una carcajada, llegada por los altavoces, fue el colofón a las palabras de Arana, colofón puesto por Dom-Ashar, quien una vez hubo terminado de reír, habló con expresión desafiadora, insultante:

—Tú no harás eso, comandante Arana. A menos que quieras que los rehenes que tengo en mi poder sean ejecutados inmediatamente y sus hermosos cuerpos te sean lanzados...

Ni Arana ni Oramas podían esperar semejante salida y por unos instantes permanecieron en suspenso, mirándose recíprocamente sin saber qué decir ni qué pensar, y la voz de Dom-Ashar tornó a escucharse:

—Te ha sorprendido la noticia, ¿eh? No sospechabas un Dom-Ashar capaz de pensar, de razonar, de hacerte frente y arrollarte. El factor sorpresa no siempre había de estar de tu lado.

Arana sintióse inquieto e interrogó a Oramas con la mirada, encogiéndose éste de hombros para mostrar su ignorancia. Arana respondió entonces:

—Es lo mismo, Dom-Ashar. Con rehenes o sin ellos, no tienes solución. Tú podrás sacrificar a dos, a cinco de los míos; pero al final caerás con todos los que te rodean, sin que uno tan sólo de ellos pueda escapar a la muerte, si no os entregáis inmediatamente. Puedes decírselo a tu gente.

—Sabes perfectamente que mi gente no entiende eso. Mi gente no sabe ni entiende más que de luchar y el espectáculo de la muerte les deja indiferentes. No es posible asustarlos ni desmoralizarlos. Y si en el plazo de una hora no habéis abandonado nuestra isla flotante, los lanzaré al asalto por donde menos puedes imaginar. Aquí las ventajas están de mi parte, pues conozco la isla palmo a palmo, mientras tú, apenas si la conoces superficialmente; yo sé que los que tengo a mi lado son absolutamente leales; tú no puedes, sin embargo, estar seguro de los que te rodean, de una parte al menos.

—Es igual, Dom-Ashar. He venido aquí a luchar y no a charlar. Entregaos o iniciaré yo el ataque…

—¿Sin que te detengan los rehenes que tengo en mi poder? ¿Has echado un vistazo a tu gente y te has dado cuenta de quién te falta?

La interrogante quedó suspensa en el aire, tal que si Dom-Ashar midiera sus efectos, y Arana, sin dejarse impresionar, aunque comenzó a temer lo peor, guardó silencio hasta que instantes después se oyó un quejido largo, doloroso, correspondiente a una voz femenina en la que el comandante del *Escorpión Azul* reconoció inmediatamente la de Rosa van Doen, la linda holandesita.

Un violento estremecimiento sacudió el cuerpo de los dos hombres y Arana se dirigió al monstruo sintético:

—Eres una bestia, Dom-Ashar, pero una bestia cobarde. Yo te creía un guerrero, pero eres sólo un monstruo. Los guerreros no toman como rehenes a débiles mujeres.

—Puedes empezar a desahogarte, comandante Arana; pero tus insultos no me harán retroceder. Si los hombres que tenéis alma sois capaces de las mayores crueldades, ¿qué puedes esperar de un ser como yo? Pero aún no has oído todo. Te voy a mostrar otro de los triunfos que tengo en mis manos.

Y sin aguardar a que la respuesta de Arana se pudiera producir, se oyó otro grito escalofriante, de persona a la que están atormentando. Era la voz de Sarita Naranjo, y pese a que Arana lo esperaba, no pudo evitar que los cabellos y el vello que cubría su piel se erizaran. Gramas, dando la sensación de que los ojos se le iban a escapar de las órbitas, exclamó:

—¡Es Sarita! ¡Su prometida!

—Exactamente —respondió la burlona voz de Dom-Ashar—. Es la prometida del comandante Arana. No está demasiado a gusto entre nosotros, debo reconocerlo; pero la tendré aquí hasta que abandonen la isla o hasta que ataquen o me decida a atacar, en cuyo caso la devolveré inmediatamente junto con la otra, pero muertas las dos., ¿Qué me dices, comandante? Te doy un rato para pensarlo.

Pero Arana había recobrado el absoluto dominio de sus nervios y asombró a Oramas con su respuesta, que tardó en producirse, tal que si hubiese necesitado meditar.

—Si haces daño a uno sólo de los cabellos de esas mujeres, te arrepentirás, porque no habrá perdón para ti. Estoy dispuesto a que vengas tú mismo o a que me mandes un emisario para discutir las condiciones en que debemos solucionar esto. Ten en cuenta que en mi *Escorpión Azul* no puedo llevarme a toda la gente que tengo en la isla. Otra cosa sería si no hubiesen destruido los aviones.

—No había pensado en que te llevases a nadie más que a tus hombres, a tu prometida y si tenías especial capricho con alguien. Ten

en cuenta que yo necesito técnicos. Debo continuar en algún lugar la labor de Ammón-Sha. Deseo vivir y que vivan los que me rodean, los que me ayuden. Pero yo no soy un desequilibrado como Ammón-Sha y formaré un verdadero pueblo…

—Está bien. Envíame un emisario con tus condiciones.

—Sabes de sobra que no dispongo de seres que puedan desempeñar esa misión, a menos que vaya yo mismo, y no estoy dispuesto a entregarme estúpidamente.

—No estoy tan seguro de que no tengas con quién enviarlo. Han ocurrido demasiadas cosas raras para poder tragarme esa píldora.

Se oyó por el altavoz una risa plena de matices irónicos y después de ella, la respuesta:

—Está bien, tienes razón. Pero es que no quiero desprenderme de ninguno de tan útiles auxiliares. Los necesito junto a mí… Pero estoy dispuesto a enviarte con el mensaje a uno de mis rehenes. Me siento liberal… y como me quedo aquí el que te resulta más caro, no creo que seas capaz de cometer una pifia.

—Concrétale bien tus proposiciones y las estudiaré. Ahora ordenaré achicar el departamento numero 6 y podrá pasar tu mensajera.

Sin aguardar a más, Arana desconectó, rompiendo la comunicación con Dom-Ashar. Inmediatamente se dirigió a la sala de máquinas y ordenó que achicasen el compartimento número 6, que se hallaba inundado y que era por donde los rebeldes tenían una única salida normal, una única comunicación con el resto de la isla.

—No acabo de comprender lo que pretende, señor —manifestó Oramas mientras se terminaba de achicar el compartimento.

—Pretendo una primera victoria: conocer al enemigo. Tengo la idea de que está tratando de ganar tiempo.

—Si desea salvar a Sarita, temo que tenemos la partida perdida.

—Naturalmente que deseo salvar a Sarita o a cualquiera de los nuestros que pudiera caer en las garras de ese monstruo. Pero, además, necesito vencerle. La monstruosa creación de Ammón-Sha no puede quedar libre en el espacio para continuar sus piraterías. Tenemos que cumplir nuestra misión hasta el fin… aunque para ello hubiera de sacrificar a Sarita —añadió con bronca voz—, si bien espero que no será necesario.

De la sala de máquinas llegó finalmente la comunicación de que el compartimiento número 6 estaba achicado y Arana hizo vestir rápidamente a Oramas una de las escafandras de zirconio, vistiendo él otra, empuñando con una mano una linterna de bolsillo de «luz negra» y con la otra una pistola eléctrica, haciendo que Oramas le imitara;

—¿Qué teme? —interrogó Oramas.

—Que con el mensajero traten de filtrarnos a alguien más,

vistiendo trajes invisibles. No olvide que dos reflectores de «luz negra» han sido desintegrados ya. ¿Por qué? Él necesita tomar posiciones entre nosotros, pues no esperaba que actuáramos con la rapidez que lo hemos hecho. Sus planes son bastante más vastos de lo que nos ha dicho. Nos acompañarán cinco hombres armados con fusiles desintegradores por si Dom-Ashar, al ver frustrados sus planes, tratase de emplear la violencia. Avise también en la sala de máquinas para que, tan pronto escuchen mi señal, se apresuren a bajar las compuertas 5, 6 y 7. Y tan pronto las hayan cerrado, que vuelvan a inundar el departamento número 6.

—Sí, señor. A la orden.

—Yo, mientras tanto, voy a conversar unos momentos con Dom-Ashar.

Salió Oramas dispuesto a cumplir personalmente las órdenes recibidas de Arana y éste tornó a establecer comunicación con los departamentos ocupados por los hombres sintéticos.

—¡Atención, Dom-Ashar!

—Te escucho, comandante Arana.

—Debes tener dispuesto al emisario en la compuerta número 7. Le recogeremos antes de cinco minutos; pero ten en cuenta que debe estar solo; no quiero que trates de infiltrarnos algún espía y ten en cuenta que atacaré al que intente pasar con el emisario.

Dom-Ashar dejó oír una risita irónica.

—Descuida, comandante Arana. Ya te dije que no estoy dispuesto a desprenderme de ninguno de los míos.

—Ya... Pero es que como la guerra tiene sus ardides, y yo he querido advertirte.

Sin aguardar a más, cortó Arana la comunicación con los hombres sintéticos y se dirigió a donde Oramas le aguardaba. Ambos oficiales, dentro de la armadura de zirconio, ofrecían un extraño aspecto, pero sabían que ni aun esto impresionaría a los hombres sintéticos, que una vez lanzados, sólo eran detenidos por la muerte.

Tornó Arana a dar instrucciones a los cinco hombres que debían acompañarles y poco después, una vez situados ante la compuerta del departamento número 6, dio la orden de que fuera levantada.

Iban provistos los dos oficiales de gafas especiales que les permitía ver con «luz negra», y apenas la compuerta comenzó a alzarse enfocaron las dos linternas de la invisible luz contra la abertura, recorriéndola continuamente de lado a lado para que no se les pudiera escapar nadie

De improviso la puerta se abrió rápida y uno de los hombres que acompañaban a los oficiales tomó rápidamente de la mano a Rosa van Doen y tiró de ella al mismo tiempo que Arana descubría con su luz negra a un guerrero que, vistiendo traje invisible, trataba de

infiltrarse.

El guerrero, al sentirse descubierto, intentó retroceder a tiempo que disparaba el subfusil eléctrico con que iba armado; pero la escafandra de zirconio, con grueso forro de caucho, que vestía Arana, le sirvió de aislante, neutralizando los mortales rayos eléctricos. Coincidiendo con el disparo del hombre sintético, disparó a su vez Arana, y el hombre, alcanzado por el latigazo eléctrico, se desplomó de bruces a los pies del comandante español.

A tiempo que el hombre caía hacía Arana la señal para que las tres compuertas que habían sido abiertas tornasen a ser cerradas, cayendo las tres al unísono y casi de golpe, comenzando seguidamente a gorgotear el agua que debía inundar el departamento número 6.

Arana, antes de que el guerrero caído a sus pies pudiera rehacerse del choque recibido, sin dejar de enfocarle con los rayos de «luz negra,» se apresuró a desarmarle y desposeerle de la parte de traje invisible que le cubría la cabeza

Una exclamación de asombro acogió la aparición de la cabeza del hombre sintético, cuyo cuerpo permanecía invisible tras su vestido de negro purísimo que no reflejaba en absoluto la luz, dando la sensación tal cabeza de que había sido separada del tronco a que perteneciera y que danzaba fantasmagóricamente suelta en el espacio.

Rápidamente trabó Arana las manos del vencido, obligándole a levantarse, haciendo luego que lo condujeran entre dos de los hombres que les habían acompañado.

—Llévenlo hasta el puesto de mando y no vacilen en romperle la cabeza si trata de huir.

—Descuide, señor. No huirá.

Dirigióse entonces Arana al teniente Oramas:

—Refuerce la guardia en este punto. No sé cómo reaccionará Dom-Ashar y no debe pillarnos desprevenidos. Es una pena que no dispongamos de suficientes escafandras de zirconio G, porque podría vestir una cada hombre; pero al menos, que en cada grupo de vigilancia, la vista uno. Comprende la idea, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Le aguardo en el puesto de mando tan pronto haya cumplido mis instrucciones —manifestó Arana, volviéndose luego a la señorita van Doen—. Vamos, señorita van Doen. Al menos, una de las dos ya está libre. ¿Cómo pudieron cazarlas?

—A mí, por querer meter la nariz donde no me importaba. A ella, lo ignoro. Ella cayó poco después que yo. ¡Pobrecita, está asustadísima! Supongo que hará lo posible por salvarla.

—Me agradaría salvarla, Rosa —respondió Arana suspirando—. Y la salvaré siempre que ello no implique una falta a mi deber. Por encima de todo debo terminar la labor que inicié. Nuestro Ministerio

de Policía Exterior no puede estar a expensas de los caprichos de una señorita, aunque sea mi prometida, y hemos arriesgado demasiado y conseguido bastante para luego, por temor a perder una vida, ponerlo en peligro.

Rosa van Doen dirigió a Arana una mirada indefinible y ambos, uno junto a otro, continuaron caminando en silencio hasta llegar al puesto de mando donde, custodiado por los dos hombres, se hallaba el guerrero de Dom-Ashar. El hombre había vuelto en sí y miraba fijamente a su aprehensor, sin demostrar miedo ni abatimiento alguno.

Arana hizo sentar a la señorita van Doen, y tras despojarse de su traje y escafandra de zirconio se dirigió al prisionero, cuyos ojillos, de extraordinaria viveza, no cesaban de mirarle, siguiéndole en todos sus movimientos. Al llegar a él, le tomó bruscamente dé la cabeza, apartándole mechones de cabellos hasta descubrir diversas cicatrices, interrogándole a continuación:

—¿Cuánto tiempo hace que le han operado?

El hombre sintético no respondió, pero lo hizo Rosa van Doen por él.

—No creo que lo sepa. Sólo tienen memoria a raíz de la última operación y, además, no conocen su idioma.

—¿Tiene muchos hombres así? —interrumpió Arana, pero dirigiéndose directamente a la holandesa.

—Son diez. Ahora sólo tendrá nueve.

—¿Quién les operó?

—Un médico sueco.

—¿El mismo que han matado?

—Sí. Creo que sí —respondió Rosa van Doen.

—¿Qué es lo que pretende Dom-Ashar?

—Quiere que os marchéis todos los del *Escorpión Azul*, dejando todo lo que tenía la isla, inclusive el armamento. Quiere, además, que queden con él toda la gente que residía en Sambia, sin importarle edad ni sexo. Quiere que, puesto que para evitar el traslado de los técnicos a Júpiter ha tenido que destrozar todos los aviones de que se disponía, que le dejéis dos aviones de los del *Escorpión Azul* para poder aprovecharlos para hacer reconocimientos. Dice que necesita hallar un mundo donde recalar y crear un pueblo.

—¿Sabe que Sambia ha sido desintegrado?

—Sí. Y le ha afectado bastante. Te odia por eso.

Arana pareció meditar unos instantes y comentó al fin:

—Ha sido un error dejarlos vivos. Debimos haberlos aniquilado. ¿Poseen mucho armamento?

—Temo que sí. Yo he visto que la mayoría están armados de fusiles atómicos o eléctricos y parece que poseen otras armas más efectivas aún... Me ha dado la sensación Dom-Ashar que tiene en sus

manos más triunfos de los que dice. Ya ve usted los trajes invisibles. En Sambia no eran conocidos ni aun remotamente por Ammón-Sha...

Oramas penetró en el puesto de mando y tras saludar a su jefe se mantuvo a una distancia discreta de éste. Pero Arana se volvió a él:

—¿Cómo se explica usted, teniente Oramas, que unos hombres que están encerrados y severamente vigilados hayan logrado apoderarse de armamento y otros efectos, saliendo, además, de su encierro?

—Lo he pensado mucho, señor, y no acierto a explicármelo. Le aseguro que, por nuestra parte, no ha habido negligencia y sí tal vez algo de desconocimiento de esta endiablada isla...

—Algo de eso hay —respondió Arana—. Pero lo que les ha permitido llegar a crearnos esta difícil situación es la ayuda que han recibido. Alguien llegó hasta ellos. ¡Y ese alguien ha sido usted, Rosa van Doen...! ¡No se mueva!

CAPÍTULO IV

MINUTOS DE ANGUSTIA

El índice acusador del comandante del *Escorpión Azul* señaló implacable para el rostro de Rosa van Doen, quien, cogida por sorpresa, fijó sus miradas con asustada expresión en el rostro del acusador.

Oramas mostrábase también sorprendido, sin saber si su jefe decía lo que sentía o únicamente representaba una comedia.

Pero Luis Arana hablaba completamente en serio y tornó a acusar, haciendo retroceder instintivamente a Rosa van Doen, que estuvo a punto de caer del asiento que ocupaba.

—¡Ha sido usted, Rosa van Doen! Usted quien, por motivos que no puedo explicarme, ha puesto en manos de Dom-Ashar la posibilidad de rebelarse: usted quien le señaló a Sarita como el mejor de los rehenes para atarme, para obligarme a ceder.

—¡Se ha vuelto usted loco, Arana! —murmuró entonces Rosa van Doen.

—No es necesario que continúe la comedia y se lo voy a demostrar.

Arana conectó con el lugar donde se hallaban los rebeldes y llamó:

—¡Atención, Dom-Ashar!

—Te escucho, comandante Arana.

—Ya tengo rehenes tuyos en mi poder. Me refiero a Rosa van Doen, Dom-Ashar.

—¡Tú no puedes hacer eso! ¡Los emisarios han sido respetados siempre por las leyes de guerra...!

—¡No necesito saber más, Dom-Ashar. Gracias.

Arana cortó la comunicación y se volvió con gesto de triunfo a Rosa:

—¿Qué me dice usted ahora? Dom-Ashar la aprecia a usted y ha caído en la trampa. Debiera hacerla ejecutar, señorita van Doen, pero quiero ser clemente y se salvará si se porta bien.

—Usted no es clemente ni con usted mismo, Luis Arana, y si lo es conmigo es porque me necesita.

—Le voy a demostrar que no la necesito. Yo solo sabré descubrir a sus cómplices. Antes de iniciar la lucha quiero tener mis filas absolutamente limpias. ¡Teniente Oramas!

—A la orden, señor.

—Haga venir dos hombres y vigíleme bien a esta pareja. Será

conveniente que los aten para mayor seguridad. Usted quedará aquí con ellos y se preocupará de que nadie pueda hablarles.

—Sí, señor.

Sorprendió Arana una sonrisa de la holandesa, pero la atajó con ironía:

—Ya sé que necesitan ustedes ganar tiempo y es a lo que usted ha venido aquí; pero necesitarán correr mucho y ya veremos lo que logran...

—No sé lo que lograremos —respondió ella con rencor—. Pero si nosotros hemos de resultar vencidos, les arrastraremos a ustedes en nuestra derrota. No lo olvide, Luis Arana. Están ustedes a merced nuestra.

Al ver llegar a Oramas con la vigilancia que había pedido abandonó Arana el puesto de mando y se dirigió hacia la popa de la isla, a las casamatas donde había hecho que se refugiaran las gentes liberadas en Sambia y en la propia isla. Una vez en ellas se dirigió a uno de los oficiales encargados de su custodia.

—Comunique a estas gentes que la situación en la isla es grave; que los que estén dispuestos para quedarse aquí a nuestro lado, se dirijan a mí. El resto, que estén dispuestos a ser evacuados...

—A la orden, señor.

Mientras el oficial cumplía las órdenes recibidas. Arana observaba a las gentes que habían salido a las puertas de las casamatas y las cuales demostraban la ansiedad y el miedo de que se hallaban poseídos. Arana procuraba no perder las reacciones que se iban produciendo y vio que mientras unos retrocedían volviendo a las casamatas, otros se destacaban, los menos, dirigiéndose hacia el lugar en que él se hallaba.

Ante sí llegó a tener un grupo de cuarenta hombres, muchos de cuyos rostros le eran conocidos. Eran de los que habían luchado en Sambia y luego habían subido con Oramas a la isla, derrotando a Dom-Ashar. A éstos los fue apartando, haciéndoles breves preguntas que fueron respondidas a satisfacción, y cuando hubo terminado con ellos se dirigió a los doce restantes, sometiéndoles uno por uno a un interrogatorio más severo sobre sus actividades en la isla, sus relaciones con Dom-Ashar, el conocimiento de los planes de éste con respecto a Sambia. Al final, dirigió cinco de ellos con el grupo de veintiocho y a los siete restantes se los llevó consigo al puesto de mando, al entrar en el cual se dirigió a Rosa van Doen.

—Señorita van Doen: Aquí tiene usted a sus «amigos». Como verá, no ha sido demasiado difícil seleccionarlos.

Los siete hombres separados por Arana, a excepción de dos japoneses, pertenecían a otros planetas y se miraban entre sí con estupor, mirando también hacia Rosa van Doen sin acabar de

comprender lo que sucedía.

Arana los volvió a señalar con una calma que tenía algo de terrible:

—Ahí los tiene usted, Rosa van Doen. Y no vacilaré en ejecutarlos...

—Usted no hará eso, Luis Arana. No tiene nada concreto contra ellos.

—¿Y qué importa eso? Tengo la seguridad de que son culpables y eso me basta. Mis jefes, allá en la Tierra, aprobarán lo que haga con tal de que la piratería en los espacios siderales sea suprimida. No puedo tener compasión ni con los piratas ni con sus colaboradores... Lo que no acabo de comprender es cómo unos hombres pueden aliarse con semejantes bestias; cómo ustedes, que han padecido bajo la dominación de Ammón-Sha, pueden aliarse contra nosotros, que hemos venido a liberarlos, a favor de Dom-Ashar.

Los siete hombres aparecían consternados y Rosa van Doen esbozó una risita irónica:

—La ambición, amigo Arana, la ambición. Dom-Ashar es bastante inteligente y sabe que estamos podridos, y que con tal de sobresalir por encima de los demás, somos capaces de todo Debe comprender también que estos hombres, que han llevado años y años esclavizados por Ammón-Sha, veían en Dom-Ashar una especie de libertador. Por eso le ayudaban y le ayudan, porque Dom-Ashar se hallaba dispuesto a saltar sobre Ammón-Sha para destrozarlo y establecer una sociedad de tipo más normal, en la que estos hombres que ve aquí hubieran sido figuras preeminentes, lo hubieran tenido todo...

—Dom-Ashar hubiera, sido destrozado por Ammón-Sha.

—No lo crea. Hubiera vencido, como te vencerá a ti, hagas lo que hagas. Dom-Ashar pudo ser vencido únicamente por sorpresa... —afirmó rotunda.

—¿También es la ambición la que te ha movido a colocarte al lado de Dom-Ashar? —interrogó Arana a la holandesa.

—No. A mí no es la ambición. Es otra cosa que tú no entenderías...

—Lo entiendo sin necesidad de que lo digas. Es el despecho, Rosa van Doen, lo que te ha movido. Eres un verdadero diablo y hubiera hecho mejor si te hubiera dejado vitrificada para siempre, porque no posees hermoso más que el físico y comprenderás que eso es bien poco para ir por la vida. ¡Teniente Oramas!

—A la orden, señor.

—Incomuníquelos a todos y antes de que el enemigo pueda rescatarlos, o si tratan de escapar, no les tenga compasión, mátenlos.

—¡Entiendo, señor.

Salió Oramas con los prisioneros, entregándolos a la custodia de

otro oficial, y cuando regresó al puesto de mando halló a Arana terminando de vestir el traje invisible que le habían arrebatado al prisionero.

—¿Qué va a hacer, señor?

—Tratar de rescatar a mi prometida. No puedo dejarla en manos de esas bestias.

—Lo comprendo, señor; pero debiera ser otro el que lo intentara. Yo mismo estoy dispuesto.

—Ya lo imagino, Oramas; pero es una cosa tan personal que no se le puede dar a nadie, Manténganse en continuo contacto con el *Escorpión Azul* y adviértales para que no se dejen sorprender. Controlemos nuestros relojes

Mostró Oramas el suyo a Arana, y tras ponerlos de acuerdo, continuó el comandante:

—Dentro de cinco minutos, exactamente, la sala de máquinas deberá abrir la escotilla número 11-B y seguidamente darme salida por tal compartimento. Das minutos después abrirá el ojo de buey correspondiente al departamento 4-II. Inmediatamente usted llamará desde aquí a Dom-Ashar y procurará entretenerlo. Puede decirle que no debe contar con sus aliados, ya que éstos han sido descubiertos. Y estén preparados por sí se deciden a atacar; cosa que no me extrañaría. Actúan con energía y no les detenga el hecho de que yo pueda estar entre ellos.

—Sí, señor. Le deseo mucha suerte.

—Gracias, Oramas. Hasta pronto.

El comandante Arana, provisto de su motor a reacción personal y de una pistola desintegradora que escondió dentro del traje invisible, se dispuso a salir.

—Señor. Tenga en cuenta que el motor se verá solo en el aire y les hará entrar en sospechas. Ellos no desconocen que poseemos un traje invisible.

—Procuraré esconder el motor con mi cuerpo...

La inmensa plataforma que era la superficie de la isla interplanetaria se hallaba casi totalmente desierta y fueron pocos los que lograron ver cómo se abría la escotilla 11-B, cerrándose inmediatamente, sin que se viera salir aparato alguno por ella, y cómo luego el compartimento estanco a que aquélla pertenecía dejaba paso libre al exterior de la isla, abriendo su compuerta de material transparente sin que al parecer saliese nada por ella.

Luis Arana, en lugar de llevar adosado el motor personal lo cubría casi totalmente con su cuerpo y se necesitaba estar avisado para poder ver la pequeña parte de motor que quedaba al aire y que parecía flotar misteriosamente sola en el espacio.

Una vez fuera de la isla, el comandante español fue graduando su

velocidad, controlándola con su reloj para no llegar al lugar de penetración de la zona dominada por el enemigo antes del tiempo señalado. En el instante preciso llegó ante el orificio de entrada, en el momento que el mismo se abría y Arana maniobró rápidamente, penetrando por él y sintiendo cómo se cerraba inmediatamente a sus espaldas.

La gente de máquinas había ido cumpliendo con precisión sus instrucciones y había sido tan rápido el abrir y cerrar del ventanillo, que podía dar como seguro que sus enemigos no se habían apercibido de su entrada. No obstante ello, detuvo el motor apenas tomó contacto con el piso del departamento en que había entrado y se mantuvo quieto, agazapado, sintiendo que, pese al dominio que sobre sí mismo tenía, le latía el corazón con extraordinaria violencia.

Con la retirada cortada por las órdenes que él mismo se había visto obligado a dar, su situación, en pleno avispero de enemigos, no tenía nada de envidiable. Sin más armas que su cuchillo, una pequeña pistola desintegradora y sus sólidos puños, debía mantenerse allí dentro hasta lograr arrancar a Sarita de manos de sus enemigos, dependiendo exclusivamente de su propia iniciativa, si bien sabía que tanto Oramas como la sala de máquinas estarían pendientes de él, aguardando cualquier señal, el menor aviso para, de una forma o de otra, acudir en su socorro.

Durante aquellos instantes en que permaneció agazapado para asegurarse de que su entrada no había sido advertida, buscó con la vista un lugar adecuado donde dejar el pequeño, pero potente motor personal, y una vez lo hubo escondido abandonó el departamento donde se hallaba, especie de camarote, de los que habían servido para mantener prisioneros a los hombres sintéticos y en el cual se podían apreciar el mayor desorden y repetidas muestras de bestialidad de tales seres, ya que la mayoría de los útiles del departamento yacían destrozados por el suelo.

—Seguramente han desahogado así su furia —comentó para sí.

Sin producir el menor ruido, deslizándose como un fantasma, sin tocar la entreabierta puerta para no llamar la atención, salió el comandante español a un pasillo largo y estrecho, por el que apenas si podían circular dos personas, y a un lado y a otro del cual se alineaban pequeños camarotes como el que acababa de abandonar.

Hallábase el pasillo desierto y hasta el oído de Arana llegaron violentos rumores, gritos guturales, sonidos casi inarticulados, producidos por los hombres sintéticos y que él ya conocía. Con creciente ansiedad fue revisando Arana uno por uno los camarotes a lo largo del pasillo, confiando a cada momento que en uno de ellos podría hallar a Sarita Naranjo, sintiéndose defraudado cuando al llegar al final llegó a la convicción de que la muchacha debía estar

vigilada de cerca, entre las recelosas hordas dirigidas por Dom-Ashar.

Conducido por los rumores que iban siendo más violentos por momentos, abandonó el pasillo, atravesando un pequeño departamento y se encontró de lleno entre los hombres sintéticos que ocupaban casi por completo una vasta sala. Notó Arana que los extraordinarios seres sentíanse presa de la más violenta inquietud, que les dominaba la excitación, que se hallaban deseosos de lucha y que únicamente les contenía la suprema autoridad de Dom-Ashar.

Los hombres sintéticos formaban una especie de muralla impenetrable ante el paso a otro compartimento contiguo, el compartimento central de aquella serie, y Arana adivinó que era aquel el lugar donde se hallaba Dom-Ashar con los que se podían considerar seres superiores al resto de la horda y que con ellos tendrían a Sarita Naranjo.

Dom-Ashar era lo bastante astuto para no perderla de vista y ya pensaba Arana que no tendría más remedio que aniquilar aquella barrera de carne para llegar hasta ella, lo cual le resultaría muy problemático, pese a contar a su favor el factor sorpresa, cuando vio que entre la barrera de hombres sintéticos se producía un movimiento de fondo, que la compacta masa que formaban se abría y que, finalmente, aparecía entre ellos, abriéndose paso con vigorosos movimientos, el propio Dom-Ashar.

El comandante español no le conocía, no le había visto jamás, pero, sin embargo, adivinó que era él: lo proclamaban la seguridad con que se abría paso, el gesto de respetuoso temor, la expresión de fanatismo de sus subordinados, su forma de proceder un tanto despótica... Dom-Ashar era de elevada estatura, bien constituido, de cabeza pequeña, de rasgos correctos, aunque un tanto agudos, guardando cierta similitud con los de las aves de presa y ojillos pequeños, vivos y que demostraban inteligencia, y por encima de la inteligencia, la astucia. Vestía una ceñida malla de metal que Arana adivinó forrada interiormente de caucho para aislarlo de las descargas eléctricas y protegía su cabeza con un casco del mismo metal, un metal bastante parecido al zirconio G, que usaba el propio Arana y que posiblemente le protegería de la emisión de proyectiles o rayos de tipo atómico.

Por unos momentos pensó Arana en dirigirle una ráfaga; si le acertaba, aquello significaría el fin de las inquietudes; pero también caería él y con él la muchacha; y la masa de hombres sintéticos se pondría en marcha, y aunque fuesen aniquilados, antes de caer el último, habrían hecho una terrible masacre con las gentes libertadas en Sambia y con los propios tripulantes del *Escorpión Azul*. Así, pues, desistió y se mantuvo a la expectativa, observando los movimientos de Dom-Ashar, el cual marchaba rodeado de un grupo cuyos

componentes, al igual que el prisionero capturado por Arana, mostraban en la expresión de sus rostros unas luces, una inteligencia de la que los componentes de la masa carecían.

Dom-Ashar se precipitó hacia el pasillo por donde Arana había venido. En idioma sambio reprendía a sus hombres, y al llegar a la hilera de camarotes, cuyos ventanillos daban al exterior de la isla, y comprobar que no había centinela alguno ante ellos, armó un verdadero alboroto.

Los hombres sintéticos que le seguían aparecían apesadumbrados, y los que no se habían atrevido a seguirle se desparramaron por la sala en que el mismo Arana se hallaba. Esto permitió al español divisar a Sarita que se hallaba arrinconada en uno de los ángulos de la sala. El corazón de Arana latió violentamente al apercibirse, por las señales que cruzaban el rostro de la muchacha, de que ésta había sido maltratada. Sin embargo, su rostro no demostraba miedo alguno y su gesto era más bien entre altanero y despectivo, tal que si tratase de hacer pesar sobre la horda la inmensa distancia que les separaba su gran superioridad.

Tales ideas estuvieron a punto de hacer reír a Arana, pese a lo dramático de la situación, mas, afortunadamente, supo contenerse.

Desde el punto en que se hallaba pudo apreciar Arana que Dom-Ashar establecía centinelas y que advertía severamente a uno de sus colaboradores para que mantuviera estrecha vigilancia sobre ellos, obligándoles a permanecer en sus sitios.

—Cuando sea el momento de atacar —añadió— necesitaré a todos y se les llamará, pero ahora que permanezcan ahí sin impaciencias. El enemigo no es tonto y puede atacarnos por la espalda...

Arana estaba con el alma en vilo por si descubrían su motor personal y al mismo tiempo porque no veía la manera de sacar de allí a su prometida a menos que presentara lucha abierta en la que, pese a resultar invisible, debido a su inferioridad numérica llevaba las de perder.

Al regresar Dom-Ashar, después de dejar situados convenientemente los centinelas, cortando la retirada al comandante español, se impuso un mejor orden entre los hombres sintéticos que, en vez de aglomerarse, siguiendo las instrucciones dadas por Dom-Ashar a sus ayudantes, se dividieron en pequeños grupos que se situaron estratégicamente en disposición de lanzarse a un ataque, próximos a la compuerta número 5, una de las tres que les separaban de sus enemigos.

En aquel momento se produjo la llamada que Arana ordenó hacer a Oramas, y el español observó cómo el jefe enemigo se acercaba al micrófono, respondiendo en irónico tono primero, despectivamente

después a las frases de Oramas.

Todos los hombres sintéticos se hallaban pendientes de la conversación de su jefe, tal que si la entendieran, sintiendo que de ella podía partir la orden de ataque, y Arana consultó su reloj apercibiéndose que el tiempo pasaba sin una decisión efectiva, tiempo que iba dando unas ciertas posibilidades a Dom-Ashar.

Afortunadamente, en la pieza en que se hallaba existía otro micrófono. Se dirigió a él pensando que podía ser escuchado por los suyos, pero sufrió un desengaño al notar que no le respondían, que la comunicación no estaba conectada y lamentó su imprevisión.

Un ruido que hasta el momento no había percibido, un ruido lejano, llegó a sus oídos. Comprendió que procedía de la sala de máquinas y se dirigió rápidamente hacia el departamento más próximo a tal instalación. Allí el ruido se oía con mayor precisión y aquello dio una idea al español. Rápidamente extrajo su cuchillo y con el mango del mismo golpeó en la cañería del agua caliente, la cual llegaba hasta la caldera. Al golpear señaló con precisión las tres letras, en sistema Morse, de la petición de socorro, el clásico y alarmante «S.O.S.» Por unos instantes temió que su llamada fuese escuchada antes por sus enemigos que por sus amigos, ya que hubo de insistir varias veces, pero al final se tranquilizó comprendiendo que los hombres sintéticos se hallaban pendientes de la conversación Dom-Ashar —Oramas. Y perdía ya la esperanza de ser escuchado cuando llegó la respuesta en el mismo lenguaje Morse: «¿Qué podemos hacer?»

Arana sintióse ganado por viva emoción que dominó pronto y respondió con seguridad: «Establezcan comunicación departamentos 2 y 3. Atención señales propias». La respuesta: «Entendido». Cerró la breve comunicación y el español se dirigió entonces al primero de los departamentos señalados, acercándose al micrófono y modulando junto a él, con suavidad pero marcando bien las sílabas:

—Atentos. Tan pronto oigan mi silbido, cierren la compuerta 4 y 3 por este orden e inunden rápidamente, a máxima presión, el compartimento número 3. Cuarenta segundos después abrirán el ventanillo 4-II.

—«Entendido, señor...»

Con el mismo sigilo que había empleado para llegar allí, volvió Arana sobre sus pasos y cruzó el departamento número 3, llegando hasta la entrada del número 4, y una vez en él estudió la disposición de los personajes, viendo la mejor forma de sorprenderlos, fijándose en cuáles tenían las armas mejor dispuestas para elegirlos como primeros blancos. Rápidamente se trazó un audaz plan de ataque y se dispuso a ponerlo en práctica sin pérdida de tiempo. No ignoraba que su acción iba a desencadenar una violenta reacción por parte de sus

enemigos, pero cuando ésta se produjera, algunos de ellos estarían fuera de combate, y los otros, divididos, alejados de sus jefes, no resultarían excesivamente peligrosos. Aquello significaba, además, que Dom-Ashar vería quebrados sus planes y que debía aceptar la pelea en el momento y lugar que a él le interesaba.

Con extremada cautela mezclóse Arana entre los hombres sintéticos que, tal que si presintiesen su presencia, se mostraban inquietos. Alguno dio la sensación de que lo venteaba y todo, levantando sus afiladas narices al aire, aspirando ansiosamente, con muestras de vivo recelo reflejadas en su rostro.

Comprendió Arana que si dilataba la iniciación de su acción acabaría por ser descubierto y legó hasta el lugar donde se hallaba Sarita, situándose a su lado, colocando su boca cerca del oído de ella, conteniendo la respiración para no provocar una sorpresa prematura.

La tensión del momento, para el español, era extraordinaria. No ignoraba que el menor gesto de ella, tan vigilada, podía significar la perdición de ambos y posiblemente de todo lo que había tras ellos.

—Por favor, disimula. No hagas el menor gesto ni el menor ademán. Estoy a tu lado y voy a. salvarte. Mantente exactamente como estás.

Mientras hablaba, notaba Arana cómo el sudor brotaba ardiente por sus poros, discurriéndole por el cuerpo.

Algunos de los nombres sintéticos no apartaban su vista de Sarita y Arana sentía la sensación de que le veían a él también y de que, de un momento a otro, se iban a lanzar en su contra. Pero continuó dando instrucciones a la muchacha, alegrándose al comprobar que ella dominaba sus emociones, sin exteriorizarlas lo más mínimo, sin dar pábulo a que sus enemigos llegaran a sospechar.

—Estate dispuesta para levantarte rápidamente y salir corriendo delante de mí, pero sin perder el contacto. Si alguien te saliera al encuentro apuntándote con su arma, no vaciles en arrojarte al suelo. Yo te recogería. Ten en cuenta también que tras nosotros se cerrarán rápidamente la próxima compuerta y la siguiente…

Observó Arana entonces que Sarita se colocaba en situación de poderse levantar con más facilidad, y cuando la vio dispuesta a saltar, dio la orden a tiempo que empuñaba su pistola desintegradora:

—¡Vamos!

Uniendo la acción a la palabra, ayudó Arana a levantarse a Sarita, y mientras ella corrió, él disparó contra el hombre que tenía más próximo, desintegrándolo ante el estupor del resto. Rápido, tornó a disparar Arana cubriendo la retirada de Sarita, y apenas ella hubo transpuesto la puerta, lanzó la señal para la sala de máquinas y de dos saltos se unió a la muchacha, atacando a los hombres sintéticos que intentaron salirle al paso, desintegrando algunos, derribando a otros

de certeros puñetazos o simplemente haciéndoles perder el equilibrio con rápidas llaves de «jiu-jitsu».

La puerta, a espaldas de los dos fugitivos, cayó con estrépito, y Arana, tras desembarazarse rápidamente de los enemigos más próximos, evitando que pudiesen hacer uso de sus armas, saltó, arrastrando consigo a la muchacha y rebasando la segunda compuerta que ya había comenzado a descender y que se cerró tras ellos con impresionante fuerza, estando a punto de aplastarlos.

A sus espaldas quedaba una masa vociferante, furiosa, sanguinaria, pero que, a despecho de sus deseos, no podían emplear sus armas desintegradoras contra la nueva compuerta que les separaba de los fugitivos, ya que se veían atacados por fuertes chorros de silbante agua que, entrando a gran presión, iba llenando rápidamente el compartimento, imposibilitándolos para toda acción, derribándolos unos contra otros a los que intentaban oponerse.

Pero Arana no podía pensar en lo que quedaba a sus espaldas y se adelantó a la muchacha, atacando con fiereza a los enemigos que hacían centinela en la puerta de algunos de los camarotes y que, atraídos por el tumulto, acudieron, disponiéndose a cerrar el paso a la fugitiva. Dos de ellos quedaron desintegrados de forma fulminante, y en un momento de peligro hubo de ser el mismo Arana quien empujara al suelo a la muchacha a tiempo que él mismo se lanzaba para esquivar una emisión de rayos eléctricos, disparando contra su enemigo desde tal posición, desintegrándole.

Con rapidez de vértigo tornó a alzarse, ayudando a hacerlo a Sarita, consultando a su vez el reloj. Apenas si les restaban quince segundos y ambos corrieron en un alarde de facultades, dispuestos a vencer. Un nuevo obstáculo fue destrozado antes casi de que se diera cuenta de lo que sucedía, y Arana requirió el motor, poniéndolo en marcha, mientras la muchacha atrancaba la puerta del departamento. Era el límite de los cuarenta segundos pedidos por Arana y el ventanillo se abrió, y cuando tal cosa se produjo, ya estaba Arana en el aire llevando consigo a la muchacha, venciendo las últimas dificultades para lograr salir juntos por el angosto paso.

Un suspiro de satisfacción escapó de los pechos de ambos al sentir que el ventanillo volvía a cerrarse tras ellos y que el mayor peligro había quedado vencido.

Y perdida la tensión, que el difícil momento había exigido, la muchacha se desmayó en brazos de su prometido.

CAPÍTULO V

AISLADOS EN EL ESPACIO

Dom-Ashar carecía de las poderosas instalaciones de que Ammón-Sha disponía para interceptar y absorber las emisiones de radio, y su máxima preocupación era en aquellos momentos el poder aislar a los que él consideraba como extranjeros e invasores de sus dominios, de los núcleos lejanos desde los cuales podían recibir auxilio. Después, fijo en sus planes, se proponía su aniquilamiento total, aniquilamiento que le asegurara de que no podrían llegar las noticias de su existencia a aquellos mundos desde los cuales podía ser atacado.

Apenas si había despachado a Rosa van Doen con la misión de ganar el máximo de tiempo y de tratar de llegar hasta los colaboradores que tenía comprometidos y que ya le habían ayudado, dándoles órdenes concretas de cual había de ser la actuación de cada cual, cuando dispuso la salida de dos elementos más, con la exclusiva misión de destrozar las emisoras de radio, tanto de la isla interplanetaria como del navío sideral. Pero aún no habían salido tales guerreros cuando ya había llegado a su conocimiento el completo fracaso de la misión que había encomendado a la holandesita. Tal fracaso enfureció al monstruo, pero sin llegar a hacerle perder el dominio de sus nervios y así preparó concienzudamente la salida de sus dos hombres, haciéndoles ver toda ciase de peligros que les podían asaltar en el cumplimiento de su misión y la mejor manera de evadirlos.

Sabía Dom-Ashar que para lograr lo que se proponía debía sacrificar una parte del precioso material de que disponía; pero hombre de realidades, no vaciló, y junto con los dos seres inteligentes envió, como explorador, a otro de sus guerreros de la masa, ataviado también con su correspondiente traje invisible y con el motor personal adosado a la espalda, dándole instrucciones de la dirección de vuelo a seguir para evitar ser descubierto desde el *Escorpión Azul*.

Dispuestos los tres expedicionarios, dos especialistas, por medio de un soplete de alta potencia desintegraron parte de la estructura exterior de la isla, y por el orificio practicado salieron rápidamente los tres guerreros, apresurándose los especialistas a soldar la pieza para evitar el enrarecimiento del aire interno de la isla flotante, mantenido artificialmente.

Dom-Ashar había jugado una de sus más importantes bazas, baza del resultado de la cual no estaba seguro; pero sin mostrar la inquietud que vivía en él, se dispuso a preparar otra de las fases de la

batalla, aquella en la que debía lanzar a sus hombres a la conquista de la isla, comenzando por la sala de máquinas. Y en la fase preparatoria se produjo el ataque relámpago del comandante del *Escorpión Azul*, que dio como resultado la liberación de Sarita Naranjo y la merma de posibilidades de victoria del caudillo de los hombres sintéticos. Y aún no se había terminado de producir la audaz maniobra de Arana cuando ya Dom-Ashar era informado por Oramas de que los siete colaboradores que mantenía entre los hombres de la Tierra habían sido descubiertos y apresados.

Todas sus esperanzas quedaron cifradas por el momento en los expedicionarios, y sin perder la línea se dispuso a seguirlos, pendiente del radio teléfono que le unía a ellos, lamentando carecer de los elementos que le podían dar una rápida victoria, como el emisor de ondas electromagnéticas, capaces de detener la emisión de los rayos «G-Z.» Pero el aparato de ondas electromagnéticas de que se disponía en la isla se hallaba en poder de sus enemigos.

Los tres hombres sintéticos habían logrado en tanto situarse debajo del *Escorpión Azul*, fuera de las emisiones de rayos «G-Z,» y el explorador se lanzó primero, siendo bruscamente rechazado por los rayos, arrancando el negativo resultado una maldición de las gargantas de los tres expedicionarios. De improviso, ante el fracaso a qué se veían abocados, el que dirigía el grupo tuvo una idea, una idea que ni al propio Dom-Ashar se le había ocurrido y que le hizo sentirse orgulloso de ella. Haciendo seña a sus compañeros puso su motor al máximo de velocidad e inició la ascensión con relación a los planos horizontales que ocupaban la isla y el navío sideral y dejaron que ambos se alejasen, ganando una considerable altura sobre ellos hasta sentirse totalmente fuera del alcance de los rayos «G-Z.» Y una vez en el lugar que consideró adecuado para la iniciación de la maniobra, dio rápidamente instrucciones a sus compañeros y se lanzó en vertiginoso picado, dando el máximo de velocidad a su motor, pero deteniéndolo y haciendo seña a sus compañeros para que le imitaran cuando calculó que podían estar a punto de penetrar en el radio de acción de los rayos «G-Z»; continuando su veloz progresión por el impulso adquirido y evitando toda clase de detección por parte del *Escorpión Azul*, debido a la posición de picado que llevaban, y que, con su cuerpo, ocultaban el motor a los detectores y vigías de la nave.

Y únicamente cuando se hallaban encima de la aeronave dio la señal de alarma uno de los detectores electromagnéticos, excitado por la parte metálica de los motores entrados ya en su campo de acción.

La alarma fue dada precipitadamente en toda la aeronave, y en las pantallas de televisión aparecieron las fugaces imágenes, no detectadas correctamente por su misma proximidad, cuando ya los tres hombres sintéticos, con sus armas desintegradoras, abrían brecha

en el techo transparente del *Escorpión Azul* y se precipitaban como rayos contra la cabina de mando, sin dar tiempo a que la sorprendida tripulación pudiera oponerse a su penetración. Como halcones que caen sobre su presa se lanzaron ávidos sobre los aparatos de emisión, cayendo fulminado el atacante que abrió brecha por los disparos de Javier Buitrago, pero cayendo éste a su vez destrozado por una ráfaga de sus atacantes. Igual suerte que Buitrago corrió el sorprendido radiotelegrafista, que no llegó a ver cómo los instrumentos de emisión eran bárbaramente destrozados en breves segundos, sin tan siquiera darle tiempo a lanzar un «S.O.S.»

Los dos hombres sintéticos supervivientes sentíanse maravillados de su propia suerte, pero logrado el primer objetivo, no dudaron un segundo y se lanzaron de nuevo con valor suicida sobre el segundo objetivo: los tubos de escape de gases, base de la maniobra del navío. Aunque el motor les denunciaba, su audacia y su invisibilidad les protegía, y aunque tocado uno de ellos, se dividieron, alcanzando cada cual uno de los tubos base, inactivos en aquel momento, y colocando en ellos sendos paquetes explosivos de extraordinaria potencia.

A pesar de carecer de la inmediata dirección de Buitrago, los tripulantes del *Escorpión Azul*, por propia iniciativa, provistos de motores personales, se lanzaron en persecución de los audaces asaltantes. El choque fue violento y los dos hombres sintéticos fueron desintegrados, pero los hombres de la Tierra no llegaron a tiempo de evitar que se produjera la doble explosión que inutilizó de momento la capacidad de maniobra del *Escorpión Azul*.

Era el momento ansiado por Dom-Ashar, y aún atronaba el espacio el eco de las explosiones, que inutilizaban los dispositivos de maniobra del *Escorpión Azul*, cuando dio la orden de ataque tan esperada por los feroces hombres sintéticos.

Los potentes desintegradores fueron los primeros en entrar en acción practicando un orificio en el piso, tomando casi media puerta e inmediatamente practicaron otro de tamaño similar en la compuerta que estaba echada y que servía de dique a las aguas con que había sido inundado el departamento. Abiertos los dos orificios, el agua se precipitó en tromba, cayendo con estrépito al piso inferior, sin dañar a los guerreros de Dom-Ashar, que ya previamente, y para librarse de la inundación del compartimento número 3, habían efectuado una maniobra similar. Eliminado así uno de los peligros, avanzaron arrolladores, saltando por encima de los orificios practicados en el suelo, lanzándose contra la segunda compuerta que rápidamente ofreció espacio suficiente para la avalancha.

En vanguardia avanzaba el corpulento Dom-Ashar, dando ejemplo de audacia a su gente, dirigiendo las maniobras de los portadores de los desintegradores, y la tercera compuerta cayó ante el violento

empuje, desbordándose entonces la compacta horda, atacando como furias escapadas del Averno. Las señales de alarma, apenas iniciado el ataque, comenzaron a sonar con estrépito en toda la isla, señalando el punto donde se luchaba, y Arana, sin perder la serenidad, comprendiendo cuáles podían ser los objetivos principales de las hordas de hombres sintéticos, dispuso su gente, reforzando los puntos que consideraba delicados y acudiendo personalmente a enfrentarse con Dom-Ashar, sin dejarse impresionar por el desastre que se había producido en el *Escorpión Azul* y del cual se había dado cuenta al ver cómo se producían las explosiones y que no respondían a sus llamadas.

La primera embestida de las hordas fue imponente, y el choque con los hombres de la Tierra, terrible. Dom-Ashar, con justo sentido del momento, lanzó a los seis hombres invisibles que le restaban por delante, tripulando sendos motores personales, y sorprendiendo por el aire a los hombres de la Tierra, que se vieron obligados a retroceder tras dejar unos cuantos muertos. La lucha, sin cuartel, producía una gran cantidad de víctimas con un porcentaje bastante más elevado de hombres sintéticos; pero éstos, sin el exacto sentido de la elasticidad que se precisaba en una lucha como aquella, quemaban sin preocupación cartucho tras cartucho, ganando terreno a fuerza de víctimas, enardecidos por su temperamento guerrero y por el ejemplo que les daba su jefe, siempre en primera línea, y el cual se mantenía en pie gracias a su protección metálica.

Abierta brecha y desparramadas las hordas por los diversos departamentos de la isla, los hombres invisibles los dejaron atrás, continuando veloces su progresión, destrozando lo que hallaban a su paso, seres vivientes o lo que fuera, pero pagando también su tributo al caer fulminados dos de ellos.

Pese a la resistencia ofrecida, la sala de máquinas fue invadida por las hordas, y por unos instantes fue ella el centro de la lucha, derrochando ambos contendientes energías sin límites; pero la dureza de los hombres sintéticos, su testarudez, se fue imponiendo lentamente, obligando a los de la Tierra a ir cediendo lentamente el terreno, aunque sin perderles la cara, causándoles terribles estragos.

Arana llegó a temer por unos momentos que sus fuerzas fuesen dominadas y acudió personalmente a la brecha, entablando feroz combate con el propio Dom-Ashar que, al tener frente a sí un hombre de talla, pero con un valor más sereno, se sintió frenado momentáneamente. Los dos colosos se dirigieron descargas de rayos que dieron la sensación de que los iban a aniquilar, pero ambos iban bien protegidos y las resistieron, atacándose entonces con furiosos golpes, llevados del ánimo de abrir una brecha en la protección metálica para luego colocar por ella las descargas de rayos.

En torno a ellos se luchaba con el mismo encono, y durante unos minutos la suerte de la lucha estuvo indecisa, viéndose sorprendidos en aquellos momentos por una fuerte explosión producida en cubierta.

Inmediatamente diose cuenta Arana que había sido en la cabina de mando, y disponiendo sus fuerzas en el mejor orden, fue cediendo, comprendiendo que las angosturas en que se luchaba más bien podían beneficiar a sus enemigos que a ellos mismos. Retrocediendo lenta y ordenadamente llegaron a cubierta, y una vez allí cedió el mando directo de las fuerzas a Oramas, que se batía con singular denuedo y se dirigió al puesto de mando.

Al llegar a él comprendió que Dom-Ashar había logrado engañarlo, consiguiendo destrozar los aparatos emisores y receptores, aislándoles prácticamente de los lugares de donde podían recibir auxilio. Cuatro de los hombres que vestían el traje invisible habían caído en el logro de la empresa, pero Arana hubo de valerse entonces del antiquísimo heliógrafo para enviarle señales al *Escorpión Azul* en demanda de socorro, dando instrucciones concretas para la acción.

En tanto, la maniobra ordenada por él y realizada por Oramas había dado un magnífico resultado, ya que había atraído sobre la superficie de la isla a la mayoría de las fuerzas de Dom-Ashar, donde los hombres de Arana, bien distribuidos, los habían atacado, cazándolos en muchos de los casos, demostrando su terrible efectividad. El caudillo de los hombres sintéticos comprendió un poco tarde que había cometido un grave error táctico al picar el señuelo que Arana le había tendido, pero hubo de mantenerse firme, mientras parte de sus hombres, en la sala de máquinas, dirigidos por uno de sus colaboradores inteligentes, trataban de poner en marcha un dispositivo de acción del gran espejo. Intentaban con ello centrar los rayos solares sobre los hombres de Arana y aniquilarlos por la concentración de calor, pero el capitán del *Escorpión Azul*, avisado a tiempo por uno de los técnicos que luchaba a su lado, se lanzó a evitar la maniobra.

Los refuerzos pedidos al *Escorpión Azul* avisaron su partida, y tranquilizado Arana a este respecto se lanzó a la sala de máquinas, donde algunos de sus hombres, muy pocos, estratégicamente situados, luchaban aún, impidiendo la maniobra de los hombres sintéticos. De nuevo se trabó el duro forcejeo en el lugar más disputado y más interesante de la isla, pero esta vez la ventaja estaba de los hombres de la Tierra, que no tardaron muchos minutos en hacerse dueños de la situación

Asegurada tal posición, tranquilizado Arana en aquel sentido, volvió a salir a la superficie, llegando en el momento en que los hombres sintéticos, numerosos aún, se veían obligados a replegarse bajo la dirección de Dom-Ashar, que hubo de imponerse con energía

para ser obedecido, retirándose hacia la proa de la isla.

Las «zapatillas volantes» del *Escorpión Azul* habían logrado penetrar, y con sus rápidas maniobras habían logrado dar a las hordas el golpe que resultaba definitivo.

En la parte de popa, donde se hallaban los siete prisioneros y Rosa van Doen, habíase producido un conato de lucha al ser libertados los traidores por los dos hombres invisibles, pero prontamente unos y otros habían sido reducidos sin darles casi opción a luchar, envueltos por los efectivos que Arana, previsor, había dejado allí en reserva.

Y Rosa van Doen, con lágrimas de furor en los ojos, había visto cómo las últimas posibilidades de victoria se esfumaban, sintiendo aún más el dolor de la derrota al ver próxima a ella a Sarita Naranjo que, enterada de su perfidia, la contemplaba con pena, no pudiendo comprender que un ser de su propio planeta hubiese llegado a una alianza con semejantes hordas.

Dueño ya de la situación, Arana intimó a la rendición a Dom-Ashar, que se había refugiado en un extremo de la proa, pero el furioso guerrero rechazó fieramente la idea:

—Sé que estoy vencido, comandante Arana, pero no me entregaré jamás. Sé que estoy vencido, pero óyeme bien: Si intentas acción alguna contra mí o contra los hombres que me rodean, causaré tales destrozos en la isla que pereceréis todos conmigo; todos menos los que logréis pasar al *Escorpión Azul*. Así es que si quieres sacrificar a esa manada que has salvado y que no lo merecen por cobardes, no tienes más que intentarlo. ¡Ja, ja, ja! Veo que has tomado miedo.

La carcajada de Dom-Ashar, insultante, violenta, llevó el pánico al alma de las gentes que no eran luchadores, y Arana sintió sobre sí el peso de sus miradas suplicantes. Sabían unos y otros que el cruel caudillo no vacilaría en cumplir su amenaza si se veía perdido, y Arana sintió que no tenía más remedio, pese a ser el vencedor, que someterse, con la esperanza de que, manteniéndose vigilante, llegase el momento de redondear su victoria.

Aquella cesión momentánea envalentonó a Dom-Ashar, quien tornó a vociferar:

—Y no te atrevas a castigar a esos hombres que tienes ahí prisioneros ni a Rosa van Doen, porque haría lo mismo. Estoy dispuesto a morir matando antes de que me venzas totalmente.

Arana comprendió que no debía ceder, que Dom-Ashar iría tratando de lograr concesión tras concesión y cerrando los ojos a las miradas de súplica que se le dirigían, se adelantó unos pasos hacia donde sus enemigos se hallaban.

—No cederé un ápice más a tus exigencias y haz lo que quieras. Tan pronto como intentes moverte caerán sobre ti y los tuyos todos mis hombres, todos mis aparatos y dirigiré sobre tus fuerzas los rayos

del gran espejo. Seréis aniquilados rápidamente sin conseguir vuestros propósitos.

—Sabes que no es así, comandante Arana. Sabes que antes de que nos aniquilaseis habríamos logrado hacer el daño suficiente para que no tuvieseis salvación.

—Si lo crees así, ¿a qué aguardáis? Estos hombres que tengo prisioneros, igual que la mujer, me pertenecen, son de los míos y debo juzgarlos por traidores sin que nada ni nadie pueda impedirlo.

Arana manteníase arrogante, desafiador y, por unos instantes se produjo en la isla un silencio absoluto, silencio envuelto en angustias, dudas y miedos. Los hombres, dispuestos a luchar, manteníanse en tensión, dispuestos a saltar al menor movimiento que se produjese en las filas contrarias, y al fin Dom-Ashar, comprendiendo que si se lo jugaba todo a la última carta era seguro que perdería sin probabilidad alguna, cedió:

—Está bien, comandante Arana. Comprendo que tienes razón. Son tuyos y te los cedo, pero no olvides que nosotros nos mantenemos vigilantes…

Arana pudo escuchar el suspiro colectivo de alivio que se produjo a sus espaldas los ánimos claudicantes de los no luchadores, pero no quiso darse por enterado y volvió desdeñosamente la espalda a Dom-Ashar, seguro de que por el momento, no intentaría nada más, máxime si se tenía en cuenta que se hallaba privado de los elementos en que más había confiado para el logro de sus planes.

Dispuso Arana entonces una especie de cerco en torno a los vencidos, tomando posiciones también en las entrañas de la isla, en la parte correspondiente adonde se hallaban los pestes de las hordas vencidas, para que no pudieran filtrarse por allí, valiéndose de sus fusiles desintegradores.

Seguidamente se retiró al puesto de mando, reuniéndose en él con los oficiales Joaquín Prast y Benito Oramas.

—Bueno, amigos; tenemos ante nosotros una situación bastante difícil. Ignoro aún los destrozos que los hombres sintéticos han causado en nuestro *Escorpión Azul*. No obstante, sé que han averiado les mecanismos de dirección; allí como aquí, han destrozado también las emisoras, es decir que, aunque hemos vencido, ellos han logrado uno de sus propósitos: aislarnos del resto del universo conocido por nosotros, de aquellos lugares de los cuales podíamos recibir auxilio El problema es de difícil solución, ya que, si no logramos reparar las averías en los mecanismos de dirección de nuestro *Escorpión Azul*, estamos condenados a vagar indefinidamente por el espacio, a menos que tuviéramos la suerte de arribar a algún planeta, cosa no probable, ya que nos hemos salido totalmente de la trayectoria de Júpiter y nos separan demasiados millones de kilómetros de Saturno, Urano,

Neptuno y Plutón. Hemos de tener en cuenta, además, que el más cercano de ellos, según está probado, es aún inabordable y en cuanto a los otros, de los que se ignora aún mucho, por la enorme distancia que los separa del Sol, debemos suponer que la vida en ellos, en el caso de que sean abordables, debe ser imposible.

—¿Qué podemos hacer, pues?

—Primero, conocer exactamente los destrozos causados en el *Escorpión Azul* y si tienen posible reparación. Segundo, disponer la velocidad de la isla y el *Escorpión Azul*, ya que nos vemos obligados a marchar en línea recta, para que, conociendo la trayectoria y velocidad de uno de los planetas, Urano y Neptuno son a mi juicio los mejores, llegar a encontrarnos con ellos.

Oramas intervino entonces:

—La verdad es que no me seduce demasiado la idea de convertirme en habitante de ninguno de esos planetas. Aquello debe ser el límite del reino de las tinieblas; la luz del sol casi no llega a ellos y si llega la luz no debe llegar el calor en absoluto y el frío debe ser horrible.

—Así es —respondió Arana—, pero debemos probar caso que no podamos hacer la reparación en el *Escorpión Azul*. Tenemos unas reservas de víveres, pero estos, aun racionándolos concienzudamente, no nos durarán más allá de cinco o seis meses seguramente. Lo mismo sucede en lo que a combustible se refiere aun administrándolo severamente.

—¿Y qué hacemos con esa gente? Serán unas raciones que podemos necesitar luego.

—Ya he pensado en cercarlos por el hambre, aunque ellos necesitan poco alimento y en su mayor parte sintético.

Arana, sin determinarse a decidir aún, suspiró.

—Ya veremos la decisión que tomamos cuando el caso se plantee. Después de su comportamiento, creo que lo más cuerdo sería ejecutarlos a todos. Pero en todo caso dependerá de las circunstancias. Pienso que puede llegar el momento en que esos seres puedan resultarnos útiles. A quien me agradaría cazar para aislarlo de ellos es a Dom-Ashar. Es él exclusivamente quien puede envenenarlos... —continuó Arana, añadiendo a continuación—: Usted, teniente Oramas, continuará mandando la isla y usted Prast, pasará al *Escorpión Azul*, que quedará bajo su mando directo. Yo iré de uno a otro, aunque posiblemente pasaré más tiempo en la isla. Creo que aquí será más necesaria mi presencia. Estas gentes, tan pronto conozcan la realidad, nos plantearán más de un problema y, aunque nos duela, tendremos que resolver en más de una ocasión con mano dura...

—¿Qué hacemos con los muertos, señor?

—Habremos de arrojarlos al espacio. Han muerto luchando como

héroes y la sepultura sin fin será digna de ellos… Vamos, Prast. Estoy ansioso por conocer nuestra verdadera situación.

Una vez en el *Escorpión Azul* no fue necesario demasiado tiempo para ver que la avería podía ser reparada. Una reparación difícil, costosa, que en la Tierra no se hubiese realizado, ya que era preferible cambiar todo el sistema, pero que allí se debía hacer necesariamente. Pero tal labor les costaría meses, tal vez un año. Prast y Arana quedaron frente a frente.

—¿Qué podemos hacer? —interrogó el primero.

—Yo voto por Urano —respondió Arana—. Aunque con sinceridad, dudo mucho que podamos hacer nada allí. Pero no podemos confesar a la gente nuestra impotencia y menos decirles que no tenemos dónde ir y que debemos resignarnos a morir.

—Pues yo también voto por Urano, qué caramba.

—Entonces encargaremos a don Damián Naranjo la parte industrial de nuestra empresa. Él dirigirá la operación del *Escorpión Azul* Con un poco de suerte, podremos llegar a Urano aproximadamente en cinco meses. Si allí conseguimos algo de comida podremos resistir hasta que la reparación esté ultimada. De no ser así, debemos disponernos a morir tranquilamente…

—¿Y tendremos que resignarnos a eso?

—No. Lucharemos hasta el último extremo. La resignación deberá venir exclusivamente con el último hálito de vida… Le entrego el mando del *Escorpión Azul*, teniente. Preocúpese ante todo de que Austin nos resuelva el problema de la velocidad a que deberemos marchar para encontrarnos con Urano, teniendo en cuenta la posición que éste ocupa.

—¿Y si Urano estuviese precisamente en la dirección opuesta a la que seguimos? La traslación de Urano dura la friolera de 84 años aproximadamente.

—Ya he contado con ello. En ese caso, únicamente nos quedaría ponernos en manos de la divina providencia; por más que —rectificó Arana—, ya llevamos en manos de ella bastante tiempo.

Arana, en una de las «zapatillas volantes», tornó a la isla «S», como había acordado llamar a la isla interplanetaria, y una vez en ella rogó a don Damián Naranjo para que le acompañase a su despacho. Desde la liberación en Sambia no habían tenido ocasión ambos hombres de hablar y ahora se enfrentaban por primera vez después de los avatares vividos.

—Espero que no me negará su colaboración, señor Naranjo. Usted puede ser uno de los artífices de nuestro triunfo o de nuestra salvación, como usted quiera llamarlo. Quisiera que usted se encargase de la dirección de las reparaciones a efectuar en el *Escorpión Azul* que, en su día, puedan permitirnos volver con los nuestros, volver

a nuestra amada Tierra, a nuestro Madrid. ¿Está dispuesto?

—Eso no necesitaba usted preguntarlo siquiera. Estoy dispuesto a ponerme a trabajar en este mismo instante y haré todo lo posible para que, si la reparación debía tardar un año, no tardemos más que siete u ocho meses…

CAPÍTULO VI

EL PLANETA ERRANTE

Apenas si habían transcurrido diez días, mejor aún que diez días, diez períodos de veinticuatro horas, ya que en la isla planetaria computaban el tiempo con arreglo a las divisiones establecidas en la Tierra, cuando ya las gentes de Dom-Ashar, sometidas a un cerco cada vez más estrecho comenzaron a dar señales de agotamiento.

Don Damián Naranjo había transformado los talleres, ya existentes en la isla planetaria, iniciándose en ellos la reparación de los desperfectos habidos en el *Escorpión Azul*, desperfectos en los que se trabajaba febrilmente, habiéndose establecido turnos de trabajo para no cesar un momento, y el primitivo cerrado pesimismo que había sido presa de la mayoría de los involuntarios habitantes de la isla, comenzaba a desvanecerse, abriendo paso a la esperanza, una esperanza débil, remota aún, pero que servía de alivio a aquellos seres tan duramente castigados por la desgracia.

Regresaba Arana de una visita de inspección de las que cotidianamente realizaba a todas las dependencias de la isla, cuando fue abordado por Sarita Naranjo, su bella prometida.

—Deseo hablar contigo unos instantes, Luis.

—Está bien. Pasa. Aquí, en mi departamento, no nos molestarán... Comprendo que no te presto la atención que quisiera, pero las responsabilidades me abruman...

—No es necesario que me expliques nada. Lo comprendo todo perfectamente. No venía a hablarte de eso. Mi padre también está completamente absorbido y mi madre no se queja. Comprendemos que es necesario. Quería hablarte de Rosa van Doen, de los otros prisioneros, de esos hombres, mejor dicho de esos pobres seres que están ahí cercados, medio muertos de hambre, sin posibilidad alguna...

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Ser más clemente con ellos...

Luis Arana saltó de su asiento tal que si le hubiese picado una víbora.

—¿Ser más clemente con ellos? ¿Tú conoces la realidad de nuestra situación? Ser más clemente con ellos significaría vivir constantemente con el temor de que volviesen a rebelarse y de que llegasen a dominarnos reduciéndonos a la más terrible de las servidumbres; sería darles posibilidades para que, le que tanto nos ha costado, suprimir la piratería del espacio, volviese a renacer, a tomar auge y Dom-Ashar sería bastante más inclemente y más bárbaro que

Ammón-Sha. Bastantes preocupaciones tenemos para echarnos encima una más. Eso sin contar que nos han hecho mucho daño y que deben pagarlo. Ellos son los responsables de tantas y tantas muertes, tanto de un bando como de otro; naturalmente, a mí me duelen los míos: Buitrago, Pascual Barroso, Gutiérrez, Silva y todos los demás, pero también deben pagar las muertes de ellos.

—Eras duro, Luis, pero te vas volviendo cruel.

—¡Me voy volviendo realista, cada vez más! Y si fuera lo que debiera, te castigaría a ti también. Por desobedecerme, caíste prisionera y tal hecho me obligó a retrasar la puesta en marcha de mis planes y les abrió a ellos una serie de posibilidades que costaron la vida a bastantes de los nuestros.

—¡Pues haberme dejado en sus manos!

—Es lo que debiera haber hecho y lo que en ocasiones me reprocho. Únicamente me tranquiliza que lo que hice por ti, lo hubiese hecho por cualquiera otra persona antes que dejarla en manos de tales energúmenos...

—Eso quiere decir que soy yo la culpable de la actual situación...

—No. El verdadero culpable, el único culpable, soy yo por ser excesivamente blando. Pero ten en cuenta que de ahora en adelante no permitiré que nadie me desvíe de lo que considere mi deber, por duro que éste sea. ¡Ya lo sabes y díselo así a Rosa van Doen!

Sarita, al escuchar a Luis, dio un respingo, saltando de la silla y por unos instantes dio la impresión de que iba a abofetear a su prometido para finalmente volverle la espalda y salir dando un portazo a tiempo que gritaba:

—¡Está bien! ¡Eres cruel, te has vuelto malo y no quiero nada contigo! ¡Hemos terminado!

—¡Está bien! ¡Eso no deja de ser lo mejor que me ha ocurrido desde que salí de Madrid!

Un joven sargento que pedía permiso en aquel momento para entrar en el despacho de su jefe, estuvo a punto de ser derribado por la impulsiva Sarita y hubo de cogerse para no caer, quedando en ridícula postura que rectificó rápidamente colocándose en posición de firmes.

—Perdone, señor, pero no he podido evitarlo.

—No es necesario que se disculpe. Usted no ha tenido la culpa. ¿Qué ocurre?

—Comunican por heliógrafo, desde el *Escorpión Azul*, que se divisa algo extraño en el horizonte, ante nosotros. El teniente Prast le ruega que suba usted...

Rápidamente se dirigió Arana al *Escorpión Azul*, en el cual le aguardaba el teniente Prast, situado ante la pantalla de radar, como absorbido por ella. Tan pronto como Arana penetró en la cabina de

mando, el oficial se levantó y señaló para algo minúsculo que se reflejaba en ella.

—Vea eso, señor. Tiene toda la apariencia de ser un cuerpo celeste...

—¿Un cuerpo celeste? ¡Imposible! Estamos lejos aún de Saturno para que hayan entrado en nuestro radio ninguno de los satélites que le acompañan y no hablemos de Urano...

—Eso mismo he pensado yo, señor, pero, sin embargo, ahí lo tiene...

Levantóse Arana y se dirigió al telescopio electrónico que llevaban en la cámara de observación, y por unos instantes se entregó a la observación, a la exploración del horizonte que se abría ante él. El teniente Prast se apercibía perfectamente de la ansiedad que dominaba a su jefe, pero no se atrevió a interrogarle hasta que aquél hubo dejado el aparato:

—¿Y bien, señor?

—Me parece que no cabe duda alguna. Se trata de un cuerpo celeste. Véalo usted mismo. Ahora lo tiene bastante más cerca.

Aplicó Prast la vista al telescopio y, pese a lo preparado que se hallaba ya, no pudo evitar un grito de asombro.

—¿Como es posible? ¿Cómo nuestros geógrafos no lo han descubierto? Porque no debe ser pequeño. Si me lo permite, voy a efectuar las mediciones pertinentes por medio del radar. Tan pronto conozcamos la distancia a que se halla, podremos saber aproximadamente su diámetro, su volumen...

—Vaya, teniente. Es urgente que haga usted esas mediciones. Tal vez ello nos obligue a corregir la velocidad para buscar asilo en él. Mientras usted efectúa las mediciones, yo continuaré mis observaciones desde aquí.

La rapidez de desplazamiento de la isla y el navío sideral hacía que el fenómeno aparecido en el espacio se viera por momentos con mayor claridad y Arana, convencido de que se trataba de un nuevo planeta, disparó varías placas fotográficas, las cuales entregó inmediatamente al laboratorio para que fueran reveladas y se obtuvieran copias de ellas.

Luis Pradera, oficial jefe de los laboratorios, no tardó en regresar con las fotografías, mostrándoselas jubilosamente a Arana.

—Ahí tiene, señor. Como verá, aparece rodeado de una capa de atmósfera en un todo semejante a la que rodea la Tierra. Por unos momentos he llegado a pensar que nuestros aparatos de orientación están averiados y que lo que tenemos ante nosotros es la Tierra.

—Para eso sería necesario que el universo se hubiese desquiciado. Observe que este planeta no lleva el acompañamiento de la Luna

—Ya lo he pensado y es lo que me ha desengañado.

El teniente Prast entró en aquel momento y se dirigió a Arana, mostrando alegría en la expresión:

—Tiene un diámetro ligeramente superior al de la Tierra, señor, ya que rebasa los trece mil kilómetros cumplidamente y nos hallamos a una distancia de 720.000 kilómetros, es decir, que a la velocidad que llevamos, podremos estar sobre el planeta en un plazo no superior a las dos horas...

—Está bien, teniente. Que se encargue Austin de hacer el cálculo para, teniendo en cuenta la velocidad de marcha de ellos y la dirección de ambos, determinar la corrección a hacer para encontrarnos en un punto determinado. Dispongan también dos de nuestras «zapatillas volantes» para que puedan hacer un viaje de exploración, pero teniendo en cuenta las limitaciones que impone el radio de acción de nuestras «zapatillas» y que no deben penetrar en la esfera de atracción de tal planeta, ya que, dada la distancia, cuando lleguen allí andarán escasos de combustible y tal vez no pudiesen vencer luego la fuerza de gravedad para salir.

—De acuerdo, señor.

—Que vayan comunicando el resultado de sus observaciones.

—Las emisoras de las «zapatillas volantes» no alcanzan a esa distancia, señor.

—Debe tener en cuenta que nos vamos acercando, pero de todas formas puede establecer una cadena de aparatos para hacer la transmisión.

—Sí, señor. A la orden.

—Un momento, teniente Prast.

—Diga, señor.

—Que nadie deje traslucir lo que ocurre. Sería fatal para el ánimo de nuestras gentes que se abriese una esperanza y que luego, por cualquier causa, resultase fallida.

—Comprendo. Daré la orden.

Pasó Arana a la cabina de mando del navío y, desde allí, pudo presenciar cómo las veloces «zapatillas volantes» despegaban, perdiéndose inmediatamente de vista por la velocidad endiablada a que marchaban, pudiéndolas seguir por medio de la pantalla del radar, pero perdiéndose finalmente hasta para ésta.

Y no habían transcurrido quince minutos cuando llegaron los primeros resultados de las observaciones, confirmando las primeras impresiones recibidas, dando entonces Arana la orden de aumentar la velocidad para, de acuerdo con los cálculos de Austin, el maravilloso electrorrobot, encontrarse con el misterioso planeta.

Arana dio orden de comunicar por heliógrafo a Oramas, en la isla, para que reforzase las guardias cerca de los prisioneros y, sin entrar en lucha, estrechase en lo posible el cerco tendido en torno a los hombres

sintéticos.

—Ellos no poseen instrumentos que les permita saber lo que ocurre hasta momentos antes de tomar tierra, si es que nos decidimos a hacerlo, pero Dom-Ashar es inteligente y se dará cuenta inmediatamente de que sucede algo anormal e intentará aprovecharse de ello. Debemos tomar todas las precauciones habidas y por haber en tal momento crucial de nuestro errar por el universo.

—¿Tiene explicación científica la presencia de este planeta en tal lugar del espacio?

—Indudablemente, aunque los hombres no seamos capaces de darla. Todo lo que sucede tiene una explicación, aunque nosotros no la veamos. Nuestros científicos, nosotros mismos, nos habremos de conformar por el momento con lanzar una teoría; teoría que se mantendrá con el correr de los años o que caerá destrozada como tantas han caído por las demostraciones posteriores, hechas al poseer mejores medios de observación, unas veces, al entrar en liza cerebros mejor preparados, carentes de prejuicios, en otras ocasiones. De una forma o de otra no tiene gran importancia.

—¿Y qué explicación daría usted a este fenómeno, señor? —insistió Prast

—Bien reciente tenemos el caso de Sambia, el diminuto planeta, producto de una conmoción geológica a centenares de millones de años luz de aquí. Es posible que este planeta aparecido ahora ante nosotros tenga la misma procedencia…

—Pero Sambia llevaba más de cincuenta años agazapado, por decirlo así, entre los satélites de Júpiter.

—¿Y qué significan cincuenta años en estas inmensidades del espacio? Es como una décima de segundo en nuestras vidas o aún menos. Tal vez este planeta que tenemos en nuestro horizonte sea una parte del planeta Orka, destrozado por la terrible colisión que dio origen también a la formación de Sambia, o puede ser una masa desprendida de alguna estrella y que no acaba de hallar su centro. Puede afincar en nuestro sistema o continuar su vida errante hasta que se sienta atraído por alguna estrella potente y se incorpore a su sistema. Puede que esté afincado ya y que su órbita de traslación penetre dentro de nuestro sistema, sin que por ello se sienta necesariamente atraído por nuestro Sol. Lo único que pido es que tenga unas ciertas condiciones de habitabilidad que nos permitan rehacernos, ganar el tiempo que necesitamos para luego poder regresar a la Tierra…

Una nueva serie de informes de los especialistas que habían ido en las «zapatillas volantes» interrumpieron las conversaciones de los dos hombres. Tras estudiarlas concienzudamente, Arana se dirigió a Prast:

—Parece que el volumen es ligeramente superior al de la Tierra, correspondiendo con la diferencia de diámetro casi, y que la fuerza de gravedad es, sin embargo, ligeramente más baja.

—¿Cómo puede explicarse eso?

—Por su juventud. No es un planeta totalmente formado, con toda seguridad. Es muy posible que esté viviendo una fase similar a la vivida por nuestra Tierra hace doscientos o trescientos mil años... Y si es así, amigo Prast, siento que lo vamos a pasar bastante mal... —añadió Luis Arana con un cierto dejo de amargura en la voz—. Aunque siempre será preferible eso a que nos resulte un planeta viejo, totalmente agotado, sin posibilidad alguna de vida y a punto de desintegrarse en el espacio.

—¿Podría ocurrir eso, señor?

—Pueden ocurrir muchas cosas y más malas que buenas. Pero no debemos dejarla traslucir a la gente por muy doloroso que resulte ocultar lo que conocemos de verdad...

Continuaron llegando las noticias sin interrupción, y hasta el aparato que iba en vanguardia, comunicó que había tenido que luchar terriblemente contra la fuerza de atracción del nuevo planeta. Esto le había llevado a hacer un consumo extraordinario de combustible atómico que le obligaba a regresar corriendo al *Escorpión Azul*. Sin embargo le había permitido hacer observaciones de suma utilidad, entre ellas un estudio, aunque superficial, de las capas atmosféricas superiores del nuevo planeta y obtener una visión de conjunto bastante exacto del aspecto exterior de éste.

La atmósfera, a treinta mil metros de altura, era de una composición similar a la de la Tierra a la misma altura, aunque bastante más fría; en cuanto al suelo del nuevo planeta se veía cubierto de grandes extensiones blancas que hacían suponer fuesen nieve y hielo, y de otras grandes extensiones líquidas que hacían pensar, unas, en inmensos lagos; otras, en verdaderos mares, existiendo también, por la zona ecuatorial, regiones verdes. No se había logrado una exploración completa, pero aquello, de momento, era suficiente.

Y con el resultado de las últimas observaciones, ya se decidió Arana a trasladarse a la isla, donde Oramas le aguardaba con verdadera impaciencia.

—¿Qué ocurre, señor? Me he apercibido de la salida de las «zapatillas volantes».

—Sí. Han salido en viaje de exploración...

Y a continuación refirió el descubrimiento del nuevo planeta.

—Cabría pensar en la conveniencia de que nuestra isla tomase tierra o no. De mantenerse en el aire consumiría constantemente combustible hasta llegar a agotar nuestras reservas, y por otra parte,

el gran espejo no podría ser aprovechado como fuente de energía y calor, ya que la isla se habría de mantener constantemente dando vueltas en un sentido u otro en torno al planeta, marchando siempre en la misma dirección en gracia a la velocidad adquirida y que se debería mantener continuamente, pero sin poder realizar maniobra alguna a nuestra conveniencia. Y si tomamos tierra con ella, el gran espejo tampoco podría ser aprovechado a menos que se encontrase una montaña bastante alta donde situarlo. Regulando la orientación de sus caras podría encontrar una cantidad suficiente de calor para permitirnos vivir en unas condiciones climatológicas bastante benignas, pues de lo contrario, temo que vamos a perecer de frío.

Don Damián Naranjo fue consultado también por Arana, así como alguno de los técnicos y científicos libertados de Sambia, y se decidió que la isla debía tomar tierra si existían posibilidades de ello. Acordada tal cosa, el señor Naranjo se dispuso a tomar sus precauciones en el taller para que lo que llevaba progresado no se echase a perder en el golpe, y se pensó también que el *Escorpión Azul* debería soltar sus amarras de la isla y permanecer en el aire hasta que se viese la conveniencia de tomar tierra a su vez

—¿Qué hacemos con los hombres sintéticos?

La pregunta la dirigió Oramas a Luis Arana, y éste respondió:

—No tenemos más remedio que dominarlos y desarmarlos antes de que tomemos contacto con la superficie del nuevo planeta, de lo contrario, aprovechando la confusión que se producirá, podrían huir y sería terrible. Es posible que, sin necesidad de ellos, tengamos en el nuevo planeta suficientes contrariedades y enemigos para que nos lleven de cabeza, y sería absurdo que por una negligencia tuviésemos esta preocupación más.

Varios especialistas, provistos de escafandras de zirconio, motores personales y sopletes atómicos, cortaron los cables metálicos que unían el navío sideral a la isla artificial, y minutos después se percibió en uno y otro el choque con la masa atmosférica del nuevo planeta, sintiéndose a continuación la atracción que la masa del mismo ejercía sobre ambos, poniéndose en funcionamiento los dispositivos de nivelación para adaptarse a la navegación en las nuevas condiciones.

Arana, personalmente, planeó un sencillo plan de ataque a los rebeldes y se dispuso a llevarlo a cabo inmediatamente; y mientras Oramas, en la superficie de la isla, atrajo la atención del enemigo aumentando los efectivos que cercaban y aún estrechando el cerco, Arana, con otro grupo menos numeroso, se dirigió a las entrañas de la isla, dispuesto a realizar una perforación que le permitiera salir a la espalda misma del grupo rebelde antes de que éstos se dieran cuenta de sus intenciones.

Dom-Ashar y sus hombres se hallaban medio agotados por la falta

de subsistencias, pero ante la inminencia del peligro, reaccionaron, y el caudillo de los hombres sintéticos se dirigió a Oramas.

—¡Di a tus hombres que se detengan inmediatamente! ¡Que no den un solo paso más o cumplo la amenaza que os hice el primer día!

La voz del guerrero sambio dominó por unos momentos en el silencio de la isla, llenando de pavor a los espíritus pacíficos que vivían en ella y que, por orden expresa de Arana, ignoraban aún lo que sucedía. Dom-Ashar se sintió por unos momentos dueño de la situación observando a las gentes que se hallaban en la popa de la isla; pero Oramas, con su respuesta, comenzó a desconcertarlo:

—Puedes hacer lo que quieras, Dom-Ashar; nos es indiferente. Tus barbaridades no nos pueden causar perjuicio alguno. Ya no vamos errantes por el espacio, sino que hemos entrado en la órbita de un planeta. Esto quiere decir que estás totalmente vencido y que debes entregarte si quieres esperar algo de nuestra clemencia...

—¡Eres un farsante! —respondió el sambio con estentórea voz—. No creas que vas a engañarme fácilmente. Haz que tus hombres se retiren inmediatamente a los lugares donde se hallaban o no respondo de mí. ¡Y óyeme bien! O me dais víveres suficientes para que yo y mi gente no padezcamos o inicio el ataque, destrozándolo todo. Fíjate bien en estos hombres. Están aguardando a que yo levante la mano para lanzarse. Fíjate bien en sus expresiones y te darás cuenta que sólo la muerte será capaz de detenerlos una vez los haya lanzado...

—¿Víveres, Dom-Ashar? No seas absurdo. Mientras no depongáis las armas no tendréis nada, y la muerte se apoderará de vosotros; os está cercando ya, no la podréis evitar...

Dom-Ashar hizo un ademán de impotente rabia, dando la sensación de que se iba a lanzar contra Oramas, y lo hubiera hecho al no ver que éste vestía una flexible armadura de zirconio que le protegía el cuerpo contra las armas atómicas y las descargas eléctricas. El resto de los hombres sintéticos, al ver la actitud agresiva de su jefe, habían salido de la especie de marasmo en que se hallaban sumidos a causa de la debilidad y daban la sensación de que era irremisible que se lanzaran a la lucha, que ni aún el propio Dom-Ashar lograría evitarlo.

Y en aquel momento de extraordinaria tensión se produjo la perforación del piso a espaldas de los hombres sintéticos, y por el amplio orificio abierto surgió Arana seguido de sus hombres, todos ellos equipados con armaduras de zirconio para resistir con probabilidades la embestida de la horda. Con la celeridad que le distinguía, sin preocuparse de los demás ni aún de sí mismo, lanzóse Arana, irrumpiendo entre los hombres sintéticos, derribando los que halló a su paso hasta llegar a Dom-Ashar. El caudillo de los sambios se vio totalmente sorprendido y no tuvo ni ocasión de echar mano de su

arma, ya que, antes de que lo lograra, le había apresado Arana de una de las manos, haciéndole una torsión de brazo que arrancó un rugido al furioso Dom-Ashar.

Los hombres que acompañaban a Arana atacaron a su vez con ímpetu irresistible sin preocuparse excesivamente del exterminio personal de sus enemigos, sino atentos a estorbar la acción de los mismos, impidiéndoles emplear las armas para dar ocasión a que los hombres que se hallaban bajo el mando del teniente Oramas más numerosos, llegasen para impedir la lucha. Las órdenes de Arana, dentro de procurar evitar las bajas propias, eran las de hacer prisioneros y evitar en lo posible el derramamiento de sangre.

La mayor parte de las armas de los hombres sintéticos rodaron por el suelo en el primer choque, y Arana, ansioso de poner fin a la situación, viendo que sus hombres se desenvolvían según las órdenes recibidas, golpeó duramente a Dom-Ashar, buscando la parte de rostro que éste tenía al descubierto. El cabecilla quiso recoger su fusil desintegrador que había caído al primer choque y tal movimiento fue su perdición, ya que Arana aprovechó para colocar la zurda entre ceja y ceja, haciéndole retroceder, atenazándole luego de nuevo y lanzándolo por el aire en rápida voltereta.

Al caer el caudillo de los hombres sintéticos quedó medio conmocionado y el momento fue aprovechado por Arana para sujetarlo con una dolorosa presa que le impedía todo movimiento a tiempo que le colocaba la aguda punta de un puñal a la altura de uno de los ojos.

—¡Ordena a tus hombres que se entreguen o te mato y los aniquilo a ellos a continuación! ¡Vamos, deprisa!

Dom-Ashar jadeaba espantosamente, pero viendo que su vida peligraba, realizó un esfuerzo y dio la orden que se le pedía. Su voz, resonó cortada, pero poderosa, dominando el estruendo de la lucha que quedó suspendida en el acto.

Rápidamente los hombres sintéticos fueron desarmados y el propio Dom-Ashar, desarmado y desposeído de la malla metálica que lo convertía punto menos que en invencible.

—¡Teniente Oramas! —llamó Arana.

—A la orden, señor.

—Esos hombres deberán ser encerrados, pero no permitirá que nadie se acerque a ellos, a excepción de los encargados de su custodia, que deben ser hombres de nuestra tripulación

—Sí, señor.

—En cuanto a Dom-Ashar deberá ser conducido, con ese otro sujeto del traje invisible, al *Escorpión Azul*. Estarán incomunicados y debidamente amarrados. Se les alimentará, pero sin exceso. Una vez en tierra, veremos lo que hacemos con ellos.

La rápida victoria levantó en parte los decaídos ánimos de muchos de los tripulantes de la isla, y Arana aprovechó el momento para comunicarles que se dispusieran a tomar tierra en el nuevo planeta. Con sencillez les hizo ver que no había opción a otra cosa y que debían prepararse para una vida de lucha y privaciones, de trabajo y amarguras.

—El azar nos ha elegido para colonizar un nuevo mundo y debemos aceptar la desintegración con alegría y aplicarnos a la tarea con fe. Somos los adelantados de España y por lo mismo debemos vencer. Ignoro si en el lugar donde vamos a posarnos existen otros habitantes de nuestro tipo o si encontraremos seres monstruosos, inconcebibles para nosotros, pero lo que sea, debemos enfrentarlo. Y de nuestro esfuerzo depende que algún día podamos volver a nuestra Tierra, a reunirnos con los que allí nos esperan, que deben vernos llegar con la alegría del vencedor, jamás con la tristeza del vencido.

Las palabras de Arana lograron los efectos apetecidos por éste, y viendo la buena disposición de sus forzados pasajeros, se dirigió a la cabina donde se hallaba el puesto de mando dispuesto a dirigir la difícil maniobra de entrar en contacto con el nuevo planeta, al que mentalmente había dado ya un nombre, el nombre con que pensaba bautizarle tan pronto pisara sus tierras, el nombre del entrañable compañero caído en la lucha: Buitrago.

CAPÍTULO VII

BUITRAGO, EL NUEVO PLANETA

Arana, con todos los aparatos de control a la vista, inició maniobras en la medida de lo posible, ordenando que se redujese la velocidad de marcha, acusando el altímetro inmediatamente el descenso en busca de la tierra, lejana aún. La isla interplanetaria había iniciado su vuelo, gracias a los aparatos de estabilización, casi paralela a la corteza del planeta; y bajo los asombrados ojos de los viajeros comenzó a desvelar un paisaje de blancura extremada, apenas entrevisto entre las espesas formaciones de nubes, pero al aminorar la velocidad se inició una penetración lenta, susceptible de ser corregida tan pronto como se considerase necesario.

La penetración habíase efectuado por uno de los polos del planeta, y durante centenares de kilómetros, mientras descendían muy poco a poco, el paisaje resultó invariable, quedando luego atrás las formaciones de nubes para penetrar en una zona donde el Sol, aunque sin demasiada fuerza, alumbraba la tierra. Tras la masa nevada se divisaron extensiones no demasiado excesivas dé agua, donde también el hielo estaba presente, y cuando todo esto fue quedando atrás, llegó el turno a masas sólidas de un color entre grisáceo y verdoso. Los detectores acusaron su formación abrupta, llena de bruscos desniveles, y la isla hubo de continuar su marcha aunque reduciendo la altura de vuelo a unos cinco mil metros. Así llegó una zona cubierta de nubes bajas, y apenas pasada ésta, una masa de verdura, de un verde oscuro, impresionante. De nuevo se divisaron pequeñas extensiones de agua, a manera de grandes lagos, y la profundidad de cuyas aguas fue medida por medio del radar, demostrando que no eran profundas y que podían servir para posarse en ella la mole inmensa de la isla. Por medio de las ruedas giroscópicas de estabilización se logró una pequeña maniobra a tiempo que se restaba velocidad, y la isla fue descendiendo sensiblemente hasta que los detectores registraron el contacto con el agua, en cuyo momento la volvió a levantar Arana ligeramente para dejarle caer de nuevo. Pese a todos los cuidados, la toma de contacto se hacía a una velocidad excesiva, pero que era el mínimo a que respondía la isla, y el paisaje desfilaba ante los ojos de los semiatontados viajeros a una velocidad de vértigo.

Al nuevo choque con el agua se levantaron verdaderas olas de espuma, que casi llegaron a cubrir el techo de la isla, llenando de pavor a los impresionados viajeros. Dio orden Arana de ir mermando la velocidad, obedeciendo las máquinas inmediatamente, pero pese a

ello aún se precipitó la pesada estructura de la isla contra una de las orillas, arrasando la vegetación acuática que se le oponía hasta frenar bruscamente al chocar contra la tierra de la orilla. La isla crujió de proa a popa tal que si hubiese llegado el final de sus días y los hombres, pese a estar advertidos, salieron lanzados por el aire para estrellarse contra el suelo o contra los diversos accidentes de la superficie de la isla, quedando muchos de ellos inmóviles, conmocionados, mientras otros se ponían trabajosamente en pie ansiosos del espectáculo que se desarrollaba ante su vista. La isla quedó inmóvil, empotrada en la orilla, y por unos instantes reinó un silencio profundo, de mal agüero, que inmediatamente se vio roto por el vuelo de extraños seres que huyeron, lanzando al aire poderosos graznidos mientras la tierra se estremecía bajo las pisadas de centenares de pezuñas que huían, invisibles entre la vegetación, pero que imprimían a ésta un violento vaivén de oleaje que, desde la altura de la isla, resultaba verdaderamente impresionante.

Arana abandonó entonces su cabina y se sumó a los que contemplaban el oleaje para inmediatamente, tras lanzar ligeras exclamaciones de aprobación, dirigirse a don Damián Naranjo que se hallaba a su lado:

—Le agradeceré que cuanto antes se cerciore de que no hacemos agua, de que la isla ha sido capaz de resistir el choque sin resentirse. Sería una inmensa suerte para nosotros.

—Eso espero. Al menos, la forma en que ha quedado, me hace abrigar esa confianza.

La inmensa mole había quedado con la superficie, y más de lo que constituía la primera planta, con toda su serie de ventanillos, fuera del agua; quedando dentro de ésta la segunda planta, empleada como bodegas, donde se almacenaban los víveres y otra serie de materias.

La segunda preocupación de Arana fueron los prisioneros, pero éstos habían resistido magníficamente el choque, resultando algunos ligeramente conmocionados, conmoción de la que se repusieron inmediatamente sin necesidad de ser atendidos.

Sarita Naranjo, que había asumido la tarea de enfermera, coincidió con Arana en las cercanías del departamento de los prisioneros hacia el cual se dirigía la muchacha. Era la primera vez que se encontraban desde su última disputa, y Arana, tras verla pasar luciendo un altivo gesto, se volvió, contemplándola con socarronería.

Y al llegar a la altura del centinela, la muchacha se vio detenida.

—Lo siento, señorita, pero está prohibido el paso,

—Será para otros, pero no para mí que vengo a cumplir con mi misión de enfermera practicante, ¿o es que no ve la cruz roja del uniforme?

—A pesar de ello, necesita un permiso especial que deberá venir

firmado por el comandante Arana.

La joven no acusó el golpe aunque su altivez sufrió rudamente y se volvió hacía donde se hallaba.

—Bueno, Luis. Dile al centinela que puedo pasar.

—Permite que disienta. Tus servicios no son necesarios ahí dentro. Ya los he visto yo.

—Te preocupan mucho esos hombres, Luis. Ahora comprendo que yo estaba equivocada y que no tienes el corazón tan duro como creía. Me di perfecta cuenta hace un rato, cuando los redujisteis, que hicisteis lo imposible por salvarlos, por no tener que matarlos. Hasta al propio Dom-Ashar, del cual pudiste deshacerte fácilmente... Me ha agradado y estoy dispuesta a rectificar...

Sarita esperaba que sus palabras, su acento, su presencia, derritieran el hielo que les separaba, pero Luis le respondió con mordacidad:

—Es mejor que no rectifiques, porque te equivocarías una vez más. Esos hombres me preocupan, pero no en el sentido que tú crees. Me preocupan, porque los necesito, mejor dicho, los necesitamos todos nosotros, y quiero que paguen la deuda que tienen contraída. Si me acompañas, me comprenderás mejor.

Como hipnotizada siguió la muchacha a Arana, y cuando regresaron a la superficie de la isla, el hombre la condujo hasta la proa, mostrándole entonces el paisaje selvático ante ellos

—¿Ves todo eso que tenemos ante nuestra vista y adivinas lo que nos es imposible ver? Pues todo ello está lleno de peligros y asechanzas para nosotros y, sin embargo, lo tenemos que someter; por que de ello debemos sacar nuestro sustento y una cantidad de materias que precisamos si queremos volver algún día a la Tierra; y para conseguirlo, tendremos que regarlo con nuestra sangre, y muchos de los nuestros quedarán ahí para siempre. Y esos hombres sintéticos constituirán nuestra vanguardia, serán la fuerza de choque que ahorrará muchas de nuestras vidas... Ellos serán los que nos abrirán el camino y recibirán los primeros y más duros golpes...

Sarita se quedó muy seria, contemplando a Luis con naciente alarma que parecía iba a transformarse en horror cuando de improviso cambió su expresión iniciando una risa fuerte, burlona, que remató con punzante ironía:

—¿Y crees que te obedecerán? Se dejarán matar antes. Ellos no son como esa otra gente ciega que te sigue, que te obedece, que te cree un semidiós. Ammón-Sha los creó sin razón y ese será tu castigo a tu dureza, tu soberbia...

—No lo creas, Sarita. Puedes cesar de reírte porque no saldré burlado. Esos hombres obedecerán porque les someteremos a determinadas operaciones como el propio Dom-Ashar ha hecho con

algunos. Y los convertiremos en seres obedientes y útiles. ¿Por qué crees que no han sido ejecutados los traidores? ¿Por compasión? Pues estás totalmente equivocada. No han sido ejecutados porque entre ellos está el hombre capaz de transformar esos cerebros, de convertirlos de seres inútiles y peligrosos, en seres obedientes y útiles, Ya te advertí que no tendría compasión de nadie, ni aun de ti misma, así es que todo esto no te puede extrañar...

Por los labios de Arana vagaba una sonrisa fría, dura, y Sarita sintiose ganada por el horror.

—No. No puede extrañarme. Debí preverlo y ahora comprendo lo ciega que he estado...

—¿Y qué quieres? Yo antes tampoco acababa de comprenderlo, pero ahora que me veo enfrentado con una serie de hechos siento que es necesario ser duros, inconmovibles, si queremos salir adelante. No sé si estas gentes acobardadas que están a nuestras espaldas se lo merecen, pero yo debo hacerlo porque lo exige nuestro progreso y nuestra seguridad, los compañeros que me fueron confiados y que están codo a codo conmigo y los que cayeron en la lucha y cuyo sacrificio no debe ser estéril. Ten en cuenta, querida, que estamos escribiendo historia, sangrante historia que luego debe ocupar unas líneas en los textos escolares para ejemplo de futuras generaciones.

Sarita se sintió incapaz para contestar a Arana, pero se mantuvo aún un rato a su lado como fascinada para luego, de improviso, volverse bruscamente y echar a correr mientras Arana permanecía inmóvil en el sitio, abstraído, con la mirada perdida ante sí, tal que si tratase de arrancar sus secretos a aquella masa de espesa vegetación de extrañas formas que tenía ante él, de flores gigantescas de extraños colores, de troncos retorcidos en inverosímiles posturas y formas. Aquello que tenía ante si le podía plantear toda una serie de problemas a cuál más arduo, desde el aire y el agua hasta los seres vivos vistos y los que se habían mantenido ocultos por la masa de verdura. Todo se hallaba en silencio en aquel momento y, sin embargo, sentía que la vida palpitaba detrás de todo aquello.

Al fin pudo arrancarse a su abstracción y se dirigió al laboratorio, donde los técnicos trabajaban; se hallaba impaciente por conocer los informes que les había pedido sobre el aire y el agua, esperando que uno y otra fuesen aprovechables, les permitiesen salir libremente del recinto cerrado de la isla. Después vendría el momento de analizar las plantas y los animales, según fueran capturando ejemplares, para saber cuáles podían ser alimenticios y cuáles no.

Y los primeros informes que recibió, resultado de los análisis fueron francamente decepcionantes.

—El aire tiene oxígeno, pero no en cantidades suficientes para nuestras necesidades, pero esto, en realidad, sería lo de menos, pues la

presencia en él de sustancias tóxicas para nuestros organismos es lo que realmente nos lo hace irrespirable.

—¿Sustancias tóxicas? ¿De qué tipo?

—De tipo metálico. Óxidos y otros que aún no hemos podido determinar exactamente...

—¿Y el agua?

—Exactamente lo mismo. Esas sustancias metálicas, tóxicas todas ellas, están presentes también en el agua en cantidad superior aún a como están en el aire. He ordenado filtrar agua y espero lograr solidificar esos componentes metálicos que se hallan en estado de disolución y estudiarlos luego.

—Es verdaderamente extraño, porque existe un reino vegetal y un reino animal que viven y que, según eso, debieran estar intoxicados.

—También yo he pensado en ello, pero el hecho de que vivan nos demuestra que han sido capaces de adaptarse al medio o sencillamente que, como productos del mismo, han nacido en condiciones de supervivir en él. Resultará de sumo interés el ir capturando ejemplares, tanto animales como vegetales, para estudiarlos. No me extrañaría que el metal, al igual que en el aire y el agua, estuviera presente en ellos en grandes cantidades.

—¿Han pesado el agua?

—Sí. Y su peso específico es ligeramente superior al del agua en la Tierra. Me refiero, naturalmente, al agua de lluvia, destilada. Esto quiere decir que el metal, que aún no hemos logrado identificar, es bastante ligero. Tan pronto como tenga resultados más exactos se los comunicaré.

—Está bien, gracias... De todas formas, como las reservas de agua que tenemos no son excesivas, deberán ir filtrando incesantemente y llenando todos los depósitos, pero después de filtrada, deben volver a analizarla para asegurarnos que la podemos usar con tranquilidad. Y en todo caso, deberemos utilizar a uno de esos hombres sintéticos como cobaya...

Del laboratorio de análisis pasó Arana al puesto de mando y allí se encontró con Gramas.

—Las cosas no van a resultar demasiado fáciles La naturaleza que nos rodea nos es adversa y debemos conquistarla muy lentamente, con gran sentido. Desgraciadamente no poseemos suficiente número de escafandras para que podamos salir todos a tierra a trabajar y a luchar, a lo que sea necesario.

—Pero tenemos caretas de tipo antigás, con dispositivo de filtros purificadores del aire. Tal vez nos sirvan...

Arana contempló a Oramas con viva satisfacción, con verdadera alegría.

—¡Es cierto! ¡Ha sido una gran idea! ¿Cómo no se me ha

ocurrido?

—No debe acaparar todas las ideas, señor. Los demás también debemos pensar algo, ayudarle...

—Tiene razón, Oramas. Y mientras unos luchan en los laboratorios y otros en los talleres, vamos a ocuparnos nosotros de la penetración física en la nueva tierra. Y para ello necesitamos hombres, muchos hombres que sean duros, capaces de luchar contra los elementos adversos. Debemos, pues, preparar nuestras fuerzas de choque.

—¿Nuestras fuerzas de choque?

—Sí. Los hombres sintéticos. Haga el favor de hacer venir al doctor Kamoto. Pero que lo traigan custodiado para que comprenda que debe ganarse la libertad y la vida...

No mucho después, uno de los siete rebeldes, un japonés alto y desgarbado, enjuto y de facciones inmóviles, tal que si las escondiera tras una máscara, comparecía ante Arana. A ambos lados del japonés hallábanse dos hombres armados para hacerle resaltar mejor su condición de prisionero, pero el nipón no parecía afectado por tal alarde y se enfrentó con Arana en actitud un tanto impertinente y hasta desafiadora.

—No tiene usted miedo a la muerte, ¿verdad, doctor?

—No. No la temo.

—Bueno. Eso es porque no la ha visto demasiado cerca, pero si se empeña, yo se la mostraré y entonces comenzará a temerla. Pero le necesitamos y no pienso matarle.

—Y yo no pienso servirle.

—Me servirá de todos modos. Si no quiere servirme como cirujano, me servirá como cobaya, aunque prefiero lo primero y estoy seguro que usted también. El agua, el aire que nos rodea, están envenenados. ¿Quiere servirnos usted como cobaya para saber hasta qué clase de trastornos son los que causa?

En el rostro del japonés se reflejó, por unos instantes, el pánico, y Arana, que no le perdía de vista, sonrió comprensivo.

—Veo que me da la razón. Lo que necesito de usted es que opere el cerebro de esos hombres sintéticos y restablezca la normalidad en ellos. No diga que no sabe hacerlo, ya que usted es especialista y ayudó en tal tarea al doctor Trogen. Los operará usted a todos y no se le morirá ninguno, ¿me entiende? Con ello habrá ganado usted la vida. Luego, el resultado de las operaciones y su comportamiento pueden hacer lo demás: que llegue a tener la misma libertad que todos y que sea usted considerado un ciudadano más.

El japonés permaneció en silencio unos momentos, reflexionando y al final respondió:

—¿Cuándo debo empezar?

—Cuanto antes. Le autorizo a elegir sus ayudantes, pero no olviden que estarán bien vigilados, que la naturaleza que nos rodea nos es completamente hostil y que Dom-Ashar se halla en el *Escorpión Azul* dando la vuelta al planeta y bien vigilado además...

* * *

Los días pasaron en la isla en actividad febril sin que, pese a la continua vigilancia que se mantenía, se descubriese ninguno de los seres animados vistos el primer día. Pese a ello, los vigilantes tenían la sensación de que eran curiosamente observados por centenares de ojos y a veces percibían como el mar de verdura que tenían enfrente se movía en suave oleaje, claro indicio del movimiento de seres animados que se escondían en la extensa masa.

En las noches, espantosamente oscuras, era cuando el espacio parecía hervir en torno a la isla artificial, pudiéndose escuchar horribles graznidos, gritos de terror, de presa herida, casi humanos. En ocasiones percibíanse también fuertes golpes contra los flancos de la isla, especialmente en la parte de ésta que se hallaba hundida en el agua y de haber habido luz se hubiera visto luchar ferozmente a monstruos de enormes dimensiones, se hubiera logrado tomar fotografías y películas interesantísimas.

Y al fin, cuando ya los hombres sintéticos estuvieron repuestos después de la operación sufrida, y se pudo comprobar que respondían a lo que de ellos se esperaba, se dispuso la primera expedición en la que debían tomar parte Arana, cuatro científicos de los que se hallaban prisioneros en Sambia y cuatro tripulantes del *Escorpión Azul*, de los destacados en la isla, al mando directo de un sargento. Todos ellos llevaban trajes y escafandras de zirconio G, que los hacían punto menos que invulnerables e iban armados de subfusiles desintegradores y pistolas eléctricas, además de fuertes cuchillos de monte: el arma ultramoderna, complementada con el arma primitiva que, pese al avance de los siglos, no había perdido su terrible eficacia.

Como avanzada de esta élite, rompiendo marcha y flanqueándoles, iban los hombres sintéticos, un grupo de cuarenta. No se disponía de armaduras y escafandras de zirconio para todos y se les había provisto de caretas con filtros para purificar el aire y de trajes de mallas metálicas que les podían proteger contra golpes de armas primitivas e incluso zarpazos de fieras. Los hombres sintéticos iban armados con sus poderosos subfusiles eléctricos y pistolas desintegradoras, amén de unos sables cortos de tipo similar a los «bolos» filipinos y que les debían servir para abrirse paso entre la maleza, abriendo la senda a los exploradores.

Para el momento de saltar a tierra los expedicionarios, cesaron

todas las actividades en la isla y los habitantes de la misma, hombres y mujeres, se congregaron en la inmensa plataforma, manteniéndose en emocionante silencio, dedicando cada cual en su interior una plegaria por aquellos seres que se arriesgaban a la aventura.

No se ocultaba a nadie que, pese a lo bien pertrechados que iban, podía terminar todo de una manera fatal.

A una orden de Arana, el compartimiento estanco de proa se abrió y los expedicionarios saltaron a él, cerrándose herméticamente a sus espaldas la compuerta para evitar que el aire envenenado del planeta penetrara en la isla. A continuación se abrió la compuerta exterior y el comandante Arana fue el primero en salir, descendiendo majestuoso por la pasarela tendida momentos antes hasta tierra.

Sarita, viéndole avanzar decidido, sin importarle el peligro, seguro de sí como siempre, sintió que le odiaba y que le quería inmensamente y por unos instantes se apercibió de que Rosa van Doen la contemplaba curiosamente, tal que si adivinase la batalla que se libraba en su interior.

Apenas hubo puesto en tierra los pies, sintiose Arana rodeado de los hombres sintéticos y vio cómo éstos, obedientes a les instrucciones recibidas, se apresuraban a limpiar con seguros golpes de sus cortos sables, abriendo un espacio amplio en torno a ellos, espacio que permitió que todos los componentes de la expedición se pudieran agrupar en orden dispuestos a iniciar la marcha.

Las «zapatillas volantes» del *Escorpión Azul* que en el ínterin de aquellos días habían acuatizado próximos a la isla, se lanzaron también al espacio y comenzaron a maniobrar graciosamente sobre el grupo expedicionario. Se iniciaba la gran aventura y el primer acto de Arana, antes de echar a andar fue darle nombre, majestuoso al ademán, digno el continente, sintiéndose descendiente de aquellos que, siglos antes habían posado sus plantas por primera vez en otros planetas, en otras tierras donde la civilización brillaba ahora en todo su esplendor. Y los que le acompañaban le oyeron pronunciar con profunda emoción el nombre: Buitrago…

CAPÍTULO VIII

HOMBRES VEGETALES

Todo, en torno a ellos, era silencio, interrumpido exclusivamente por los secos golpes de los sables al ir abatiendo la tupida vegetación y apartándola luego a ambos lados para ir abriendo camino. Los ojos de los expedicionarios contemplaban maravillados el soberbio espectáculo que les era permitido ver de cerca en toda su variadísima gama de formas y colores.

Uno de los científicos había ido escogiendo, guardando diversas formas y ejemplares de la interesante flora, ansiando el momento de llegar a estudiarla detenidamente en su gabinete del laboratorio, allá en la isla.

Rápidamente iba progresando el grupo, siguiendo los hombres sintéticos con su fino instinto las rutas dejadas por los animales bajo la espesa capa de verdura, cuando de improviso se oyó un grito pavoroso, un grito que paralizó la progresión de todos, dejándolos en suspenso y haciendo que giraran rápidamente. Arana intuyó que había sucedido algo que se salía de la normal comprensión de aquellos hombres y corrió hacia el lugar de donde había partido el grito, donde los hombres sintéticos manifestaban una excitación poco corriente en ellos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién ha gritado?

Un coro de voces agitadas, pero incomprensibles por la misma excitación de los que las producían respondieron a las preguntas de Arana, quien únicamente comprendió, por los gestos y los ademanes, que había desaparecido un hombre. Las expresiones de los hombres sintéticos reflejaban asombro, incomprensión, miedo, y Arana tendió la vista en derredor suyo, tratando de adivinar dónde podía estar el desaparecido, cuando sus ojos fueron atraídos por algo que llamó grandemente su atención: una flor gigantesca que crecía casi en el suelo, sobre un robusto tallo, aparecía sacudida por unos leves movimientos internos y Arana, herido por una repentina idea, saltó sobre ella y la atacó por el tallo con una descarga de rayos desintegradores. La flor sufrió entonces una convulsión más violenta que las anteriores, pero con gran asombro por parte de Arana, permaneció en el sitio y entonces el comandante del *Escorpión Azul* arrancó rápidamente un machete de manos de uno de los hombres sintéticos y atacó al tallo de la flor que, finalmente, quedó tronchada, segregando por la herida recibida un líquido blancuzco y que exhalaba un olor penetrante, fuerte.

El especialista en botánica, intuyendo algo de lo que sucedía, corrió junto a Arana y llegó en el momento en que éste, con cuidado, pero con decisión atacaba a la flor, rasgando su único y carnoso pétalo en forma de campanilla y arrancando de las entrañas de ella al hombre sintético, el cual, una vez fuera, se derrumbó, privado de sus sentidos.

Hallábanse cerca aún de la isla y Arana ordenó que el hombre fuera atendido rápidamente en ella, designando a los cuatro hombres que debían conducirlo allí y mientras, el sabio botánico examinaba detenidamente la planta, estudiando su composición, recogiendo en un botellín parte de líquido que, en abundancia, encontró en el interior de ella.

—¡Una planta carnívora!... —exclamó Arana

Pero el botánico contempló a Arana con expresión de perplejidad.

—Temo que no sea eso precisamente, sino hombres vegetales, por cuya causa carecen de la facultad de desplazamiento que poseemos nosotros, pero en lo demás... Tienen ojos y oídos y no sé hasta qué punto poseerán cerebro, porque para eso necesitaría hacer un estudio más detenido, pero no me extrañaría que lo poseyeran como lo poseen los animales...

El sabio extrajo su cuchillo y con la punta del mismo atacó una especie de vástago enhiesto que surgía del centro de la flor, por su parte alta, y arrancó de uno de ellos una esferita brillante, cristalina, la cual, aún en manos del sabio, se contraía y dilataba periódicamente.

—¿Ve usted, comandante? Tengo la seguridad de que esto es un ojo y esta especie de perforación que tiene debajo el mismo vástago debe corresponder al oído o a los órganos de respiración, caso de que ésta no la hagan por los poros, cosa que no tendría nada de particular...

El sabio mostró entonces a Arana una materia dura, de apariencia córnea, pero con reflejos metálicos, que había arrancado a la flor del mismo lugar que había segregado el jugo.

—¿Ve esto? Deben ser los restos del último banquete y que, por su naturaleza, aún no los ha podido digerir.

—¿Puede decirme qué tipo de material es?

—Imposible. Pertenece a una naturaleza que sólo es semejante a la de nuestra Tierra en su apariencia... Temo que nos aguardan aquí bastantes sorpresas.

El resto del equipo científico se había reunido con Arana y el botánico y contemplaban con ojos que reflejaban su estupor los restos del ser vegetal, que había intentado devorar al hombre sintético.

—Lo más extraordinario de todo, ha sido la reacción que ha ofrecido al descargarle una emisión de rayos desintegradores que no le han hecho mella aparentemente, aunque parecía sentirlos sobre su

estructura.

Al hablar dirigíase Arana particularmente al eminente físico que les acompañaba y el cual examinaba el tallo de la planta con el entrecejo fruncido.

—Estos días nos hemos vuelto locos tratando de estudiar lo que nos rodea, en particular ese metal ligero que al parecer se halla presente en todo, pero se ha resistido en algunas facetas a nuestros análisis sin embargo, ahora, ante el fenómeno sucedido, parece que comienzo a comprenderlo. La composición del átomo de este miembro de otros mundos, de otros sistemas, posiblemente a centenares de miles de años luz de nosotros, no es idéntica a la del átomo nuestro. Por eso no se produce la reacción en cadena y nuestras armas atómicas, de estar todo ordenado en el mismo sentido, están condenadas al fracaso en este planeta. Nuestras armas atómicas no nos servirán aquí más que para emplearlas contra nosotros mismos, a menos que logremos el sustituto de nuestro uranio, capaz de producir idéntica reacción en los átomos con que debemos enfrentarnos... Seguramente es por eso por lo que este metal ha resistido todos los bombardeos atómicos a que le hemos sometido.

Arana contempló por unos instantes el subfusil atómico que empuñaba su mano izquierda y haciendo un leve encogimiento de hombros se lo colocó en bandolera, empuñando con fruición la pistola eléctrica.

Un nuevo grito estentóreo, horroroso, se produjo entonces en la vanguardia del grupo y cuando Arana y su acompañante se volvieron hacia el lugar en que se había producido, llegaron aún a tiempo de ver cómo un árbol de no excesiva altura, pero ancho y con gran cantidad de ramas, había cogido con una de éstas a uno de los hombres sintéticos y, pese a los esfuerzos de éste por desasirse del mortal abrazo, trataba de llevarlo hacia el centro del árbol, donde se podía apreciar una boca que se abría convulsiva, segregando un líquido fuerte que expandía por el aire un olor semejante al que ya habían percibido al arrancar la flor gigante: el jugo gástrico.

Pero en esta ocasión, los hombres sintéticos no habían permanecido inactivos y siguiendo el ejemplo que momentos antes les había dado Arana, se habían lanzado en defensa de su compañero, atacando al árbol con duros golpes de machete, tratando de destrozarlo. Pero el árbol resistía bien los golpes, aunque estos le producían heridas y se defendía a su vez con furia, tratando de coger con sus otras ramas prensiles a sus atacantes. Daba la sensación de ser un gigantesco pulpo vegetal y se mostraba tan furioso como uno de tales colosos marinos. La lucha era desigual y durísima y uno de los hombres sintéticos, viendo en peligro a sus compañeros, apuntó contra el árbol su fusil eléctrico. Afortunadamente Arana, que llegaba

corriendo, detuvo su acción, desarmándolo de un manotazo, haciéndole comprender con el gesto que aquello podía resultar fatal a sus compañeros.

Iba a desaparecer la primera de las víctimas por la monstruosa boca cuando Arana atacó a su vez descargando un furioso golpe de machete que arrancó de cuajo la rama y ésta cayó pesadamente al suelo arrastrando consigo al hombre, al cual soltó, si bien aún estuvo moviéndose unos momentos, retorciéndose como pudiera hacerlo una serpiente. El ejemplo de Arana cundió entonces y la mayoría de los hombres se lanzaron sobre el árbol, atacando a sus ramas que rápidamente fueron cayendo una tras otra y uno de los hombres hubo de saltar para esquivar el ataque del propio tronco, que con sus fauces abiertas se lanzó a prenderlo. El botánico, en tanto, sin intervenir en la lucha, manifestaba su alegría de una forma nerviosa, como podría hacerlo el niño que suspira por una bicicleta, y de pronto se encuentra con ella.

—¡Estamos ante una auténtica fauna vegetal! Es lo más asombroso que he visto en mi vida y ya no me duelen todas las penalidades soportadas hasta aquí.

Al hablar iba retrocediendo para mejor abarcar el espectáculo e insensiblemente fue penetrando en el terreno no limpio todavía y una flor gigante se enderezó a sus espaldas, abriendo sus poderosas fauces, dispuesta a tragárselo. Uno de los hombres sintéticos se dio cuenta del peligro que corría el sabio y apuntó rápidamente contra la flor su fusil de rayos eléctricos. Asustado el sabio, creyendo que el hombre sintético aprovechaba la confusión del momento para atacarles, retrocedió aún más a tiempo que levantaba su arma y entonces se sintió cogido y levantado por el aire; pero el hombre sintético corrigió la puntería y disparó al tallo de la flor. El espacio se llenó unos instantes de cegador chisporroteo mientras el sabio prorrumpía en un grito de socorro, y la flor, bien tocada, quedó carbonizada, y soltando su presa, que rodó por el suelo.

Arana dio entonces la orden de replegarse a la zona que había sido limpiada de vegetales y corrió en auxilio del científico, ayudándolo a, levantarse.

—Temí —murmuró éste— que uno de nuestros acompañantes sintéticos aprovechaba la confusión para asesinarme.

—Eso temí yo al verle accionar, pero inmediatamente vi como la flor se erguía a sus espaldas y, le atacaba. Naturalmente que hubiese resultado usted un bocado un tanto indigesto, pero así ha sido mejor. Además, este primer encuentro contra tales monstruos vegetales, ha servido para despertar en los hombres sintéticos un sentimiento de solidaridad para con nosotros, que les hemos defendido. Esta primera impresión grabada en sus cerebros, un tanto primitivos, será

imborrable y será muy difícil ya que logren lanzarlos en contra nuestra. Creo que ya no tendría inconveniente alguno en soltar al propio Dom-Ashar en la seguridad de que al menos estos, no lo seguirían.

En el espacio que quedaba libre de asechanzas procuró Arana situar convenientemente a los hombres para que pudieran escucharle y para que al mismo tiempo vigilaran y se dirigió a ellos:

—Tenemos ya algunas experiencias que no debemos olvidar. Primera, que nuestros rayos atómicos son inútiles en esta naturaleza. Segunda, que estos seres vegetales que nos atacan son vulnerables a la electricidad y al arma blanca y que, por tanto, son éstas las que debemos emplear contra ellos. Pero debemos tener en cuenta que los rayos eléctricos no se le deben dirigir cuando uno de nosotros esté en contacto directo con ellos porque podríamos resultar carbonizados. No olviden que la naturaleza de estos seres están compuestas en gran parte por metal, y que éste es un buen conductor de la electricidad, y si el profesor se ha salvado de ser carbonizado ha sido gracias a que su traje de zirconio está forrado de caucho y éste ha hecho las veces de aislante... pero cualquiera de ustedes —añadió señalando a los hombres sintéticos—, hubiera perecido irremisiblemente.

Arana pensó por unos instantes que debía dar la orden de continuar, pero inmediatamente comprendió que tal cosa resultaba demasiado arriesgada. Prácticamente estaban poco menos que desarmados, ya que los fusiles atómicos no les servían de nada y los eléctricos, no en todas ocasiones se podían emplear. Además, sus pistolas, del mismo tipo, no tenían apenas potencia, con lo que, la mayoría de los expedicionarios, quedaban a expensas de sus cuchillos de monte o sus cortos sables y esto debía considerarse insuficiente, máxime, ignorando la calidad de los enemigos que deberían enfrentar y que no tendría nada de particular que fuesen más terribles aún que los monstruosos seres vegetales que les acechaban.

E iba a dar ya Arana la orden de retirada cuando comenzó a oírse como el retumbar de un lejano trueno y la tierra en que se posaban dio te sensación de que temblaba. Por unos instantes sintiose Arana sobrecogido ante el temor de verse sorprendido por un fenómeno sísmico, pero inmediatamente comprendió lo que era. El ruido aquel se había producido también en el momento en que la isla había tomado contacto con la tierra y el comandante del *Escorpión Azul* lo relacionó inmediatamente con las bestias que habían huido a su presencia y las cuales no habían vuelto a ser vistas.

Y ahora volvían. Volvían a pesar del miedo que en aquella ocasión habían mostrado y que habían mantenido en los días siguientes al no acercarse... Aquello significaba que un enemigo más poderoso les acosaba, obligándolas a huir y ese enemigo no podía ser

otro que el hombre u otras bestias más poderosas. Tales razonamientos fueron hechos con rapidez vertiginosa, de forma instintiva y comprendió al mismo tiempo que no tenían ocasión de huir, dando la espalda, ya que podían ser alcanzados y destrozados sin opción a defenderse…

Y con la claridad de visión que le adornaba, situó a la gente, formando una especie de cobertura con los que poseían fusiles eléctricos, ocupando él el vértice de tal cobertura, dirigida en punta de flecha contra el enemigo que se aproximaba. Para ello requirió él mismo uno de los potentes fusiles y en tal orden ordenó la retirada sin perder la cara al lugar por donde el fenómeno se producía.

El pavoroso ruido iba adquiriendo volumen hasta notarse de una forma clara que se trataba de rápidas pisadas de bestias y a poco aparecieron éstas en la zona despejada que los hombres habían abandonado. Formaban ellas un extenso frente y marchaban compactamente unidas, formando una masa de cabezas y cuernos que se alzaban al aire unos, que embestían furiosos a los pequeños obstáculos que se oponían a su paso otros, y daban la sensación de la clásica «estampía» de ganado, desbordándose incontenible. Tales animales no eran de excesiva alzada, sino ligeramente mayores y corpulentos que los jabalíes adultos de gran talla, y su forma era parecida a la del rinoceronte, con la estructura de su único cuerno enhiesto en la nariz. Pero su avance resultaba pavoroso y se necesitaba de un esforzado ánimo para enfrentarse con aquella alocada fuerza.

Y fue Arana quien dio ejemplo disparando el primero contra uno de los que marchaban en cabeza. El animal alcanzado por la descarga eléctrica, cayó fulminado, arrastrando en su caída a sus seguidores, pero el alud continuó su avance imponente, que daba la sensación de ser incontenible. De nuevo disparó Arana y a la vez que lo hacía él dispararon los hombres que formaban la cobertura, siguiendo la orden de Arana, eligiendo el centro de la manada que, ante los repetidos fogonazos y las repetidas bajas, comenzó a vacilar mientras las alas, más asustadas aún de lo que estaban, continuaron el avance arrollador. Los hombres disparaban con febril velocidad, tratando de dar abasto, de evitar que las bestias llegaran hasta ellos, pero por unos momentos pareció que iban a fracasar en sus propósitos y ser arrollados y terriblemente pateados. Hubo instantes que el centro de la masa llegó escasamente a cinco metros de ellos, pero el denuedo con que actuaron realizó el milagro y la masa, aterrorizada por los terribles fogonazos eléctricos que se producían ante ella y obstaculizaba su avance por los cuerpos que se iban amontonando, se fue dividiendo, partiendo cada rama hacia un lado y tomando direcciones diametralmente opuestas. Desde la isla se apercibieron del

terrible peligro que corría el grupo expedicionario y Oramas preparó rápidamente una expedición de socorro, pero cuando ésta se disponía, ya el peligro había sido vencido.

Pero aún no se había ni medio desvanecido la nube de polvo que las bestias habían producido cuando aparecieron corriendo por el mismo lugar que ellas nuevos seres de sorprendente aspecto. Pero estos seres no daban la sensación de ser bestias, sino seres inteligentes, aunque sus inteligencias fuesen rudimentarias, estuviesen en una de los primeras fases de su desarrollo. Y tales seres no venían a pie, sino que montaban una especie de briosos corceles de gran alzada y fiero aspecto, y los cuales no portaban tipo alguno de brida, sino que eran mandados con la presión de las rodillas, agarrándose los jinetes a ellos por las crines, fuertes y abundantes, que cubrían la parte dorsal del cuello. Tales corceles, al igual que las huidizas bestias y que los mismos seres que los montaban, tenían una piel formada por placas brillantes, con reflejos metálicos, graciosamente superpuestas al estilo de los peces y que podían mover a su antojo, tal como hacen los pájaros con sus plumas. Tal piel daba la sensación de constituir una coraza protectora y la presencia de tales seres arrancó a Arana, que era el más cercano a ellos una exclamación que debería servir en adelante para designarlos:

—¡Hombres acorazados!

La avanzada de los hombres acorazados, al ver el extraño grupo de seres que tenían ante sí, tan diferente a todo lo que hasta el momento habían visto, detuvieron casi en seco sus corceles, levantando la mano diestra para indicar a los que les seguían que debían detenerse también. Pero más que miedo, parecían sentir curiosidad hacia aquellos que, con sus escafandras y sus caretas de filtro, ofrecían tan extraño aspecto. Y satisfecha la primera impresión de curiosidad, dieron la sensación de que comenzaban a considerar su fuerza destructiva por la gran cantidad de bestias que, en breve espacio de tiempo habían derribado, oponiéndose a ellas de frente, sin temor alguno. Esto infundió en ellos un sentimiento de respeto que les llevó o deponer su actitud un tanto levantisca, bajando las armas que esgrimían, armas primitivas todas ellas: flechas, hachas y mazas, éstas últimas, recubiertas de púas metálicas.

Por su parte, los expedicionarios, al detenerse los extraños seres, también pudieron contemplarlos a su sabor, viendo que eran altos y bastante bien formados y que hasta la piel del rostro la llevaban recubierta de escamas, si bien éstas eran de menor tamaño que las de otras partes del cuerpo, especialmente las de la espalda, pero lo que más llamó la atención de los seres de la Tierra, fue la conformación del rostro y cabeza, cuya parte superior tenía la forma de un huevo de tamaño gigantesco. Los extraños seres poseían tres ojos, dos de ellos

similares a los de los hombres y situados de una manera parecida, aunque más separados, y él tercero, de mayor tamaño y muy semejante al ojo de un pescado, lo llevaban en la parte central de la frente y bastante alto y carecían en absoluto de pelos, ya que no se podía dar el nombre de tales a unas cerdas espinosas que les protegían los ojos formando arco sobre ellas.

El físico llegó hasta el lugar donde Arana se hallaba y le deslizó al oído:

—Esto debe ser el hombre de este planeta y como verá, se hallan en estado primitivo aún. Pero observe cómo, a la vista al menos, no tienen oídos ni nariz.

—Ya me he fijado. Me agradaría hacerme amigo de ellos y examinarlos más de cerca.

—También podríamos capturar uno y así los estudiaríamos detenidamente. Sería una magnífica experiencia que necesitamos si hemos de residir aquí.

—No. No quiero ser yo quien rompa las hostilidades. En ese sentido, prefiero dejarles la iniciativa. Cuando descubramos el lugar donde residen y nos movamos por aquí con más conocimiento y seguridad, les podríamos hacer una visita, pero en son de paz, llevándoles algunos presentes, algunas cosas que despertasen su interés.

—Supongo que no pensará poner en sus manos armas atómicas…

Arana sonrió comprendiendo la ironía y en aquel momento, los extraños seres, a una orden gutural del que parecía ser su jefe, fueron retrocediendo lentamente, sin perder la cara a los hombres de la Tierra.

Una de las plantas devoradoras intentó atrapar a uno, pero rodó primero ella limpiamente cercenada por un rápido golpe de hacha…

CAPÍTULO IX

LA BESTIA PREHISTÓRICA

Arana, rodeado de su principal núcleo de colaboradores, daba fin al breve informe que le había sugeridos los resultados de la primera salida.

—El hecho de que la composición del átomo en este planeta difiera de la del nuestro, nos obliga a la absoluta economía de nuestras reservas en este sentido. No podemos emplear ni un miligramo de uranio en nada, so pena de que nos condenemos nosotros mismos a no salir jamás de aquí, a menos que consigamos descubrir algún yacimiento del mineral correspondiente a nuestro uranio que pueda permitirnos lograr la desintegración atómica, la reacción en cadena y el aprovechamiento de tal energía. Así pues, nuestros exploradores del aire deberán hallar un lugar donde poder situar el espejo gigante y emplear éste, debidamente orientado, como fuente de energía. Y tanto los grupos de tierra como los del aire, deberán equiparse con detectores que nos permitan descubrir en el menor tiempo posible algún yacimiento del necesario metal. Con ello nuestros talleres podrán entrar en una fase de producción intensiva y el plazo de permanencia obligada en este planeta se vería sensiblemente acortado. En cuanto a nuestras armas, es una necesidad adaptarlas a las condiciones que la naturaleza de este planeta nos plantea. Así, los rayos desintegradores quedan desterrados hasta que puedan ser producidos por el correspondiente del uranio que buscamos Hasta entonces, deberemos dar preferencia a las armas eléctricas y a las explosivas, aunque sin olvidar nuestros machetes, nuestros cuchillos que, en una naturaleza como la que nos rodea, son de gran utilidad. Por tal motivo, todo ser que salga de la isla, deberá ir equipado con granadas explosivas (atómicas o con otro tipo de explosivos), subfusil eléctrico, machete y cuchillo, como mínimo. En cuanto a nuestras «zapatillas volantes» que se emplearán únicamente en misiones de reconocimiento, habrá que cambiarles también el armamento, equipándolas con arreglo a las necesidades. Y ahora, señores, deberá cada cual irse a trabajar a su especialidad a fin de lograr cuanto antes un conocimiento exacto del medio en que nos desenvolvemos y de las posibilidades que nos ofrece. No olviden que si no logramos extraer alimentos de tipo vegetal o de tipo animal a esta tierra, nos veremos prontamente condenados al hambre y a la inanición…

En días sucesivos, aunque con una lentitud desesperante a veces,

por lo enmarañado de la vegetación, fue adelantando la penetración, orientada desde el aire por los aviones de reconocimiento hacia unas altas montañas vecinas en las que confiaban poder situar el gigantesco espejo y en las que, según las señales de los detectores, era posible que encontrasen yacimientos del tan ansiado metal. Lo abrupto de la masa montañosa, una verdadera cadena que separaba la zona que podía considerarse cálida de la helada, había impedido el aterrizaje de las «zapatillas volantes» y el nuevo problema que había surgido ante los hombres de la Tierra era el procedimiento a emplear para transportar el espejo gigante hasta el lugar donde debía ser colocado.

Y los expedicionarios, entregados a su fatigosa tarea en la que se relevaban con frecuencia, no dejaban de sentir una viva extrañeza al no hallar a su paso ni un solo animal, a excepción de los seres vegetales, los cuales, una vez conocidos y descartada la sorpresa, iban dejando de ofrecer el peligro de los primeros momentos.

El estudio de las plantas devoradoras u hombres vegetales, había mostrado que éstas respiraban por una especie de poros que tenían por toda la superficie de su cuerpo, que las materias tóxicas que contenía el aire eran detenidas por unos filtros, siendo transformadas una parte de ellas en materias necesarias para el organismo vivo y eliminadas el resto. Pero el mantener continuamente en torno a su cuerpo estas materias tóxicas hacía que los hombres vegetales no pudiesen ser tomados como alimento por los seres de la Tierra, ocurriendo algo similar con el resto de las plantas que se habían logrado en aquella zona, cosa que preocupaba bastante a Arana.

Finalmente un día, hallándose ya en las estribaciones montañosas, flanqueados por una de las partes por un verdadero bosque, sobrevino la presencia de la bestia y su furioso ataque.

Arana, que dirigía como de costumbre el avance, fue el primero en presentirlas más que en verlas. Percibió como el rebrillar de un ojo monstruoso en la espesura del bosque y aún no había tenido tiempo casi de dar el aviso cuando vio surgir una masa enorme, de un color acerado por el lomo y un azul desvaído por el vientre y parte delantera del cuello. Oyó el resoplido violento y percibió el vaho en el aire mientras la masa, de patas no excesivamente largas pero vigorosas, avanzaba velozmente. Era Arana uno de los que se hallaban más alejados de la zona donde se produjo el ataque y así vio como los hombres sintéticos, sorprendidos, dispararon sus fusiles eléctricos; pero las violentas descargas no parecieron afectar lo más mínimo al gigantesco animal, que, dando un bramido de furor, alcanzó a los primeros hombres, lanzándolos por el aire con su empuje, para continuar su avance sin hacer caso de ellos tratando de alcanzar a los que, viendo el fracaso de los subfusiles eléctricos, trataron de salvarse huyendo.

Dos hombres más fueron alcanzados, pero en esta ocasión la bestia se revolvió contra ellos, tomando rápidamente a uno entre sus fauces, en las que desapareció a tiempo que se oía un siniestro crujido.

El horror paralizó por unos instantes la acción de los hombres y sólo Arana, que bajo la protección de su armadura de zirconio conservaba la serenidad, en vez de huir salió al encuentro de la bestia, llamando su atención por medio de gritos para hacerla abandonar a los que perseguía y ordenando a los hombres que le acompañaban que fuesen desplazándose hacia el refugio de la montaña.

La bestia pareció sorprendida por unos instantes, pero se revolvió rápida y en tal preciso momento Arana disparó contra su estructura una granada atómica capaz de perforar la coraza de un tanque. La bestia, al sentir el impacto, dio un terrible salto acompañado de un espantoso berrido que hizo estremecer el bosque, llevando el pavor a los ánimos más esforzados, y aunque con un amplio boquete abierto en su pecho, boquete por el que brotaba un verdadero torrente de sangre, tornó a la carga, revolviéndose de nuevo, tratando de alcanzar al veloz Arana, que rápidamente había cambiado de lugar. Las fauces de la bestia se cerraron con terrible estrépito, dando la sensación de que habían logrado alcanzar al esforzado comandante y sus hombres cerraron los ojos aterrorizados. Pero Arana había esquivado con un prodigioso salto, y cuándo la bestia abría la boca de nuevo le lanzó dentro una granada explosiva, corriendo entonces con celeridad pasmosa, pero no en línea recta donde la bestia le hubiera aventajado, sino trazando violentos zigs-zags, dando tiempo a que la nueva explosión se produjera haciendo desaparecer destrozada la cabeza del animal que se derrumbó pesadamente, revolcándose aún por unos instantes, haciendo retemblar la tierra, desprendiendo de ella piedras que salían lanzadas con terrible potencia.

Pero el lapso de tiempo para reponerse no fue muy largo, ya que no se había extinguido el eco de la explosión cuando ya aparecían por el mismo lugar del bosque dos bestias más, bastante más corpulentas aún que la anterior, que salieron corriendo en dirección a donde la primera había caído. Al llegar a su lado se detuvieron unos instantes olisqueando el cuerpo caído, para inmediatamente levantar desafiadoras la cabeza, lanzando sendos terribles berridos, a tiempo que buscaban con ojos y olfato a los enemigos que habían causado la muerte de la primera, y apenas los divisaron se lanzaron contra ellos en furiosa carga.

Arana indicó con el ademán y la voz a sus hombres que debían dividirse y actuar tal como él lo había hecho y dio el ejemplo atrayendo la atención de una de las bestias, corriendo delante de ella tal como había hecho con la otra, para detenerse de repente al abrigo de una roca y disparar contra ella una granada atómica; pero en esta

ocasión la celeridad de la carrera y la rapidez con que hubo de disparar, le restó ocasión de apuntar debidamente y la granada perforó uno de los brazuelos de la bestia, destrozando la pata que quedó colgante, cortando la carrera del animal que, al sentirse herido, lanzó varios escalofriantes berridos. Pero no por eso se mantuvo quieto, aunque hubo de aminorar la velocidad, arrastrándose de costado, saltando y tratando de alcanzar con sus saltos a Arana con el propósito de aplastarlo.

El movimiento de la bestia impedía que Arana terminase con ella de la forma que había hecho con la anterior y retrocediendo unos metros volvió a disparar otra granada atómica que le destrozó otra de las patas, inmovilizándola, y siendo entonces relativamente fácil para el español disparar una nueva granada que destrozó la cabeza del animal.

Aún hubo de buscar Arana refugio entre unos peñascos para librarse de la lluvia de tierra y piedras que el animal lanzaba y, finalmente, cuando éste hubo muerto, pudo preocuparse de la suerte que habían corrido sus compañeros con el otro animal, llegando a tiempo de ver caer a éste con la cabeza destrozada por una certera granada.

La lucha con las terribles bestias, aunque victoriosa, había costado la vida a cinco de los hombres sintéticos, uno de los cuales se lo había tragado la primera bestia, y otros dos hombres sintéticos, más el ayudante del geólogo, habían quedado mal heridos: el último, pese a ir protegido por la armadura de zirconio, que había salido del lance bastante destrozada.

Rápidamente ordenó Arana que los heridos fuesen puestos a salvo en la zona montañosa ante el posible ataque de otras bestias semejantes, y aún no se había iniciado el traslado cuando la parte media de la montaña comenzó a vomitar hombres acorazados, montados todos ellos en sus gigantescos corceles, formando una extensa línea que avanzó a paso normal en dirección a donde los hombres de la Tierra se hallaban.

Arana ordenó entonces que se depositaran los heridos de nuevo en el suelo y que se dispusiesen los hombres a hacer frente al ataque de los extraños seres si éste se producía, pero los hombres acorazados, tal que si se diesen cuenta de los recelos de Arana y sus amigos, levantaron las palmas de sus manos al aire, queriendo demostrar con ello sus buenas intenciones.

Comprendió Arana que no debía temer por allí ningún peligro y siguiendo sus instrucciones, adoptaron sus hombres una actitud tan pacífica como la de los hombres acorazados, cuya línea se detuvo cuando estaban a cincuenta metros escasos de ellos, destacándose entonces tres guerreros, magníficos ejemplares de la raza.

Hízose Arana acompañar entonces por dos de sus hombres e imitando a los hombres acorazados, les salió al encuentro, deteniéndose antes de llegar a la altura de ellos.

El que parecía jefe de los indígenas se destacó, llegando hasta Arana, le tomó la mano y se la llevó a la frente al tiempo que pronunciaba en un idioma gutural y monosilábico algo que el terrestre no entendió, pero que agradeció con una leve inclinación de cabeza, expresándose a su vez en tono elogioso, pese a tener la seguridad de que no era entendido.

Entonces el caudillo de los indígenas hizo una clara alusión a las bestias muertas, señalándolas con respetuoso temor e inclinándose ante Arana con muestras de admiración extrema. La mímica era tan gráfica, tan exacta, que a Arana no le costaba trabajo seguir el curso de las ideas del hombre primitivo, al que sonrió con indulgencia a tiempo que le daba las gracias por su elogioso comportamiento. A esto respondió el hombre acorazado sacando un tosco cuchillo que llevaba pendiente de un costado y dirigiéndose a la bestia más próxima cortó de ella con extrema habilidad un pequeño trozo de carne, comiéndoselo e indicando luego con su mímica a Arana que daba fuerza, una fuerza prodigiosa.

—Gracias, amigo. Te entiendo bastante mejor de lo que puedo hacerme comprender de ti, y posiblemente no te das cuenta del servicio que me estás prestando. Porque imagino que si vosotros podéis comer de esa carne, también nosotros podremos comerla...

El comandante español, con el ademán, hizo comprender al indígena que le regalaba dos de las bestias, las dos mayores, y el hombre, al comprender lo que Arana le decía, mostró una viva alegría, volviendo a tomar la mano del español y a colocársela sobre su cabeza en señal de respeto y gratitud. Después se volvió hacia la extensa fila de hombres que aguardaban pacientes y les dirigió una serie de palabras monosilábicas, según ellos hablaban. Los hombres, al recibir la noticia, lanzaron al aire estentóreos gritos de alegría y pusieron sus cabalgaduras a galope, llegando hasta pocos pasos de Arana donde las frenaron en seco, y tras hacer un rápido saludo, descabalgaron y cuchillo en mano se lanzaron sobre las bestias que les habían sido regaladas, troceándolas en breve espacio de tiempo. Cuando hubieron terminado, hicieron lo propio con la otra, pero los trozos de carne, verdadera montaña, fueron puestos cerca de donde se hallaba Arana y el jefe de los indígenas hizo comprender al hombre de la Tierra que estaban dispuestos a transportarle la carne y a ayudarle a llevar sus heridos. Aceptado y agradecido el ofrecimiento, los hombres acorazados se dividieron y mientras uno de los grupos se dedicó a transportar la carne de las bestias que les habían sido cedidas hasta sus guaridas, el otro grupo, cargando con la carne de la otra bestia y

con los heridos, debidamente acondicionados en unas parihuelas, que fueron construidas en un momento se dirigieron hacia la punta del lago donde la isla artificial se hallaba atracada.

Al llegar ante ella, pese a las invitaciones que se les hicieron para que subieran, rehusaron entrar, demostrando un respetuoso temor hacia ella y tras otras nuevas protestas de gratitud y amistad, se alejaron en dirección a las estribaciones donde tenían sus guaridas.

El físico de la expedición se dirigió a Arana:

—He estudiado detenidamente, en la medida de lo posible, a estos hombres y ya sé dónde tienen los órganos de respiración y auditivos. Los primeros, a ambos lados de la tráquea, y los segundos, en los laterales del cuello. Son unos orificios apenas visibles. Por eso ladean el cuello de esa forma peculiar, según de dónde llega el ruido o la voz.

—Algo así me ha parecido observar. Pero yo me hallaba preocupado por otro asunto. Esta mañana hemos ganado una de las batallas más interesantes desde que nos hallamos en Buitrago. Al lograr matar a esas gigantescas bestias hemos conseguido la admiración de estos seres primitivos y al regalárselas, su agradecimiento. Por el lugar en que habitan estos hombres, imagino que deben vivir exclusivamente de la caza y que las bestias que hemos exterminado deben ser su pesadilla.

—Pero ellos las deben matar también a juzgar por el conocimiento que tienen de su carne.

—Sí. Pero para ello tendrán que reunirse en grupo bastante numeroso, atacarlas con sus armas primitivas y luego, cuando se ven perseguidos, huir velozmente en sus corceles. Y abatir una sola de esas bestias les debe costar un trabajo ímprobo y algunas víctimas, aunque ello esté compensado luego por las tres toneladas de carne útil que se les pueda sacar, según he podido calcular... Ya ha visto usted el desastre que hemos padecido nosotros, pese a nuestras armas.

—Ha sido el terrible fracaso de nuestros fusiles eléctricos, algo inexplicable.

—Sí. Algo que deberemos estudiar en esta compleja naturaleza. He llegado a pensar que las bestias esas deben poseer alguna materia aislante que las defiende. Me fijé en la primera bestia que abatimos y las placas del lugar donde recibió la descarga eléctrica estaban afectadas por ésta.

—Problemas, problemas, problemas... Surgen por todas partes, en cada metro cuadrado de superficie. A veces imagino que no vamos a ser capaces de salir de aquí, que vamos a vagar errantes por los espacios siglos y siglos hasta que choquemos con otro elemento errante como nosotros o nos barra algún cataclismo.

—No debernos ser pesimistas. Todo nuestro problema estriba en saber penetrar la naturaleza que nos rodea, desmenuzarla. Tiene que

responder forzosamente a un orden, a un sistema y tan pronto podamos dar con ello no resultará difícil arrancarle lo que necesitamos. Los seres que pueblan el planeta nos dan su ejemplo, adaptándose a unas condiciones adversas y nosotros debemos ser lo mismo. Ahora sabemos que tenemos unos magníficos auxiliares en estos seres primitivos, pero nobles y sencillos. Debemos ligarnos a ellos, aprender su idioma, conocer sus experiencias por rudimentarias que sean. Ellos pueden salir beneficiados también y nuestro paso por aquí les habrá resultado provechoso. Y ha sido la bestia prehistórica quien nos ha unido.

—Tiene razón, comandante. Me marcho a estudiar. Cuando cambio impresiones con usted me siento otro hombre y estoy seguro de que triunfaremos...

El científico, tras estrechar la mano de Arana, se separó de él, tomando el camino del laboratorio. Algo hizo comprender en aquel momento a Arana que no se hallaba solo, pero al volverse no vio a nadie, si bien percibió en el aire el levísimo vaho de una respiración.

Rápido, seguro de no dar tiempo al menor movimiento del ser invisible, atacó Arana, atenazando los hombros del que podía ser su enemigo, para seguidamente y una vez localizó los brazos, aferrarlos, retorciéndoselos para obligarle a soltar el arma, si es que llevaba alguna.

Pero en vez de responder el ruido de un arma al caer, se produjo un lamento, una exclamación de dolor lanzada por una garganta femenina.

Reconoció inmediatamente Arana por la voz a Sarita Naranjo y con rápido movimiento le descubrió la cabeza, que quedó visible en el aire.

—Debí haber imaginado que eras tú. ¿De dónde has sacado este traje invisible? —interrogó Arana con dureza de expresión.

—Haz el favor de no hablarme en ese tono.

—Está bien —dijo entonces Arana con dulzura—. ¿De dónde has sacado eso?

—Así ya está mejor. Es que yo también quiero ayudarte y...

Arana la interrumpió con expresión de burla

—¿Has intentado ayudarme? ¡Empiezo a temblar! Tantas veces como lo has intentado ha caído algo terrible sobre nosotros... ¿Qué has hecho ahora?

Pero a Sarita no le avergonzó el tono que empleaba su prometido y respondió, levantando su cabecita con expresión de triunfo:

—Me sentí detective y fingiéndome amiga de Rosa van Doen la saqué de su encierro y la dejé libre, haciendo al cabo del rato que me despistaba de ella.

—¡Estás loca!

—No lo creas. Cuando se creyó sola y libre, tomando sus precauciones, penetró en la isla, descendiendo hasta la última planta. Yo la seguía empleando el mayor sigilo posible y vi como al llegar a un determinado lugar se detenía para asegurarse de que no era espiada. No me vio por milagro.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Abrió un departamento ignorado de todos, ya que da la sensación de que no hay puerta y se coló dentro. Entonces yo avancé rápida y la sorprendí en el momento que se ponía este traje. La ataqué y como afortunadamente el traje a medio colocar le entorpecía los movimientos, me fue fácil derrotarla y, ¿qué dirás que encontré allí? ¡Un verdadero arsenal de armas, escafandras y armaduras como la que llevaba Dom-Ashar! Y varios trajes de éstos, que hacen a uno invisible. No puedes imaginar lo que me alegró el hallazgo, por la utilidad que nos puede reportar y porque al caer en nuestras manos significaba que el enemigo ha perdido ya todas sus posibilidades. Rosa van Doen se puso furiosa, pero yo la amarré bien y la he vuelto a encerrar. ¿Y sabes lo que me ha dicho? Que soy una niña estúpida que no te merezco y que no se explica como un nombre como tú ha podido fijarse en mí.

—¿Y tú qué le dijiste?

—No tuve valor para contestarle. Comprendí que tenía razón. En, un instante me hizo ver lo tonta que he sido, lo importuna y lo reventante. Ahora comprendo que tenías motivos no sólo para despreciarme, sino para abofetearme. ¿Me perdonarás algún día? —interrogó, acercándose a él sin casi atreverse a levantar la vista.

—Naturalmente que sí. Cuando se quiere como yo te quiero se perdona siempre, a menos que...

—¿A menos qué...?

—A menos que la falta vaya contra nuestro propio amor... Pero tú...

—Yo te quiero demasiado. Tanto, que he estado a punto de ahogar a Rosa...

—¿Otra vez con ella? ¿Pues qué pasó?

—Tuvo la avilantez de decirme que estaba locamente enamorada de ti y que haría lo imposible por enamorarte. Y lo dijo como si me despreciara... Y me confesó que si se había aliado a Dom-Ashar, si le había ayudado, había sido por despecho, porque comprendió que tú me amabas. ¿Y sabes cuál fue el precio que puso a su colaboración? Tú. Dom-Ashar te hubiera entregado a ella, que te hubiera convertido en su esclavo...

—Reconocerás que hubiera sido una agradable y dorada esclavitud —respondió Arana fingiendo que se relamía de placer.

Pero Sarita le cortó en seco, dándole un cariñoso bofetón y

corriendo luego detrás de él, que fingió huir para esquivar el castigo.

—¡Toma! Y como vuelvas a decir una cosa así, soy capaz de poner en libertad a Dom-Ashar y entregarle el arsenal de armamento…

El amor les hacía olvidar la horrible situación.

FIN

EL MISTERIO DE LOS HOMBRES DE PIEDRA

es algo apasionante y real en un planeta errante, procedente de otra galaxia a miles de años de luz de nuestra Tierra.

Un pueblo supercivilizado y reducido se desarrolla totalmente aislado del resto del planeta. Y dentro de él conviven la raza de los «elegidos», su creación, los hombres de piedra, que llegó a rebelarse y sacudir el yugo de la servidumbre y que exigen víctimas humanas para ofrecerlas a sus bárbaros dioses, y los hombres-bestias, sumidos en la esclavitud y que sólo aguardan su momento... Encerrado todo ello entre paredes naturales de más de diez mil metros de altura.

Y sólo existe un camino para llegar a ellos y libertar a la víctima elegida...

EL MISTERIO DE LOS HOMBRES DE PIEDRA

es dinamismo, acción, emoción y pasiones desatadas.

Es una creación de

ALF. REGALDIE

el mago de la novela, y que aparecerá en el próximo número de la

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio 5 pesetas.

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura